

Barbara Comyns

La hija
del veterinario



Lectulandia

«Enseguida me di cuenta de que en ninguna parte estaría peor que en casa».

Alice vive con su madre enferma y su padre, un veterinario despótico y brutal, en una vieja casona de un oscuro barrio de Londres. Encima de la chimenea tienen un cráneo de mono, y en el suelo la piel de un gran danés. La madre muere, y el padre la reemplaza por una tabernera que no tarda en comportarse como una indecente madrastra. Alice tiene, pese a todo, un joven que la admira, Ojitos, y un don «peculiar» que le da paz... pero del que no se atreve a hablar con nadie. Además, ella no quiere ser «peculiar». La hija del veterinario (1959) es una novela inquietante y fantasiosa, pero perfectamente controlada por una voz narrativa delicada, intencionada e inteligente.

Barbara Comyns confirma en ella su singular humor, su maestría para un punto de vista familiarizado con la catástrofe y con esas «pequeñas cosas que nunca se olvidan».

Lectulandia

Barbara Comyns

La hija del veterinario

ePub r1.0

x3l3n1o 11.01.14

Título original: *The Vet's Daughter*
Barbara Comyns, 1959
Traducción: Catalina Martínez Muñoz
Diseño de portada: Pepe Moll de Alba

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

La hija del veterinario se publicó por primera vez en 1959 (Heinemann, Londres). La introducción que acompaña esta edición procede de una reedición de 1980 (Virago, Londres).

Introducción

Nací en Warwickshire, en una casa a orillas del Avon, en una familia de seis hermanos. Nuestro padre, parcialmente retirado, dirigía una empresa química en Midland. Era un hombre impaciente y violento, que unas veces nos malcriaba y otras veces nos tenía aterrorizados. Nuestra madre era mucho más joven y casi siempre estuvo inválida. La recuerdo sobre todo tumbada en una hamaca, a la sombra, en algún rincón del jardín, leyendo y comiendo cerezas, que le gustaban muchísimo; o en invierno, al lado del fuego, abriendo y cerrando las manos delante de las llamas, como si quisiera conservar su calor. Su mono se sentaba encima del guardafuegos y hacía los mismos movimientos. Cuando tenía alrededor de veinticinco años, un buen día se quedó sorda, y hablábamos con ella con el lenguaje de signos. Tuvimos poco trato con nuestra madre antes de que se quedara sorda. Nos crió nuestra abuela, una mujer de armas tomar, con ayuda de institutrices y criados. Rara vez nos relacionábamos con otros niños y pasábamos la mayor parte del tiempo paseando en barca y pescando. Es un milagro que ninguno nos ahogáramos, porque solo dos sabían nadar. Nos educaron institutrices con escasa formación para enseñar nada; algunas se quedaban varios años, pero otras se marchaban enseguida. Tenían nombres extraños, como señorita Glide y señorita Vann, o la exótica señorita Bonfellow, que siempre llevaba un sombrero con plumas doradas y cuando se fue lo tiró al río.

Empecé a escribir a los diez años, normalmente ilustrando mis relatos, y no sé qué me gustaba más, si escribir o dibujar. Por aquel entonces mandaron a mi hermana mayor a un famoso internado femenino, pero se sentía perdida y añoraba nuestra casa, así que se escapó a los pocos días y nos dio un susto de muerte, hasta que la encontraron en la estación del ferrocarril de un pueblecito, comiéndose los panecillos que le había dado el amable jefe de estación. Con el tiempo nos mandaron a mis hermanas y a mí a un internado, para hijas de caballeros, que supuestamente era «un hogar lejos del hogar». No sé por qué nos sacaron de allí de la noche a la mañana cuando yo tenía quince años. Tal vez fuera por problemas económicos. Mi padre llevaba años viviendo de rentas. No volví a estudiar hasta después de su muerte, cuando tuve edad suficiente para matricularme en una escuela de artes y oficios. Primero fui a una en Stratford-on-Avon, y luego me marché a Londres para estudiar en Heatherley, cuando estaba a la vuelta de Baker Street y la dirigía el señor Massey. En esa época, era la única escuela de Londres donde los alumnos podíamos dibujar del natural sin pasar un año entero dibujando estatuas, que generalmente eran moldes de escayola. No pude quedarme en Heatherley tanto como me hubiera gustado, porque se me acabó el dinero.

Conseguí trabajo en una pequeña agencia de publicidad, dibujando, mecanografiando, redactando textos sencillos y visitando clientes. Me pagaban un

suelo miserable y vivía en un cuartucho que me costaba once chelines a la semana, cerca de la estación de Mornington Crescent. Era un barrio sórdido y decadente, pero céntrico, y me gustaba que Dickens y algunos personajes de sus libros hubiesen vivido allí. Fue entonces cuando descubrí las bibliotecas públicas y empecé a leer hasta emborracharme de libros. Tanto leer no le sentó bien a mi escritura, que se volvió imitativa y engolada. Finalmente, antes de dejar aquel cuartucho lleno de humedad para casarme, me armé de valor y destruí los cuentos y las novelas sin terminar que había escrito a lo largo de esos años.

Me casé con un artista al que conocía desde que éramos pequeños. Nos conocimos en un antiguo lugar de enterramiento anglosajón mientras estaban haciendo unas excavaciones, cerca de mi casa, pero no nos vimos asiduamente hasta que los dos nos fuimos a vivir a Londres. Teníamos poco más de veinte años cuando nos casamos, y fue un desastre por muchas razones. Después de dos hijos y muchos problemas, nos separamos más o menos amistosamente.

Mientras estaba casada trabajé como modelo de artistas y a veces posaba con mis hijos. Como ganaba muy poco, al verme con dos bocas que alimentar me hice empresaria por desesperación: me dediqué a remodelar casas antiguas y transformarlas en apartamentos, y abrí un negocio de venta de coches raros, principalmente Delages y Lagondas. Las cosas me iban bastante bien hasta que empezó a acercarse la guerra. Me quedé sin inquilinos en las casas y nadie quería comprar mis magníficos coches antiguos, que acabaron en un desguace.

Cuando empezó la guerra me fui a vivir al campo con los niños y allí conocí a una familia compasiva que me dejó vivir en una zona de su casa a cambio de cocinar. Los niños estaban felices, y eso me gustaba, pero me sentía muy sola y frustrada hasta que me prestaron una máquina de escribir y volví a mis textos. Empecé escribiendo una novela que tenía la guerra como telón de fondo, pero cambié de opinión y pasé a escribir *Sisters by a River*, donde reviví mis años de infancia. Una vez terminada, la guardé en una maleta, con las fotos antiguas.

Regresamos a Londres en 1942. Mucha gente hizo lo mismo y eso me permitió volver a alquilar mis apartamentos. Me dediqué a la compraventa de muebles antiguos y pianos de cola, que eran mucho más rentables. Además, criaba caniches y con el dinero que ganaba vendiendo los cachorros pagaba el colegio de los niños. A la vez que hacía todo esto, seguía escribiendo.

Cuando estaba trabajando en *Y las cucharillas eran de Woolworths*, un amigo encontró el manuscrito de *Sisters by a River* mientras miraba algunas fotos de familia y pensó que valía la pena publicarlo. Tras varios comienzos fallidos se convirtió en la serie titulada *Lilliput*. Finalmente Eyre and Spottiswoode quiso publicarla y, como para entonces había terminado *Y las cucharillas*, los dos libros salieron a la vez. En esa época conocí a mi segundo marido. La vida era perfecta, si no fuera por las

bombas, que empezaron a caer un par de días después de que nos conociéramos. Nos casamos y nos fuimos de luna de miel a Snowdonia, a una casa de campo al lado de una cascada que nos prestó Kim Philby. Fue allí donde se me ocurrió la idea para escribir *La hija del veterinario*, aunque entonces solo tomé algunas notas y pasé los dos años siguientes trabajando en un libro sobre Leigh Hunt que abarcaba trece años de su vida. Tuve que investigar mucho, y me encantó —tenía la sensación de estar compensando todo lo que no había estudiado de joven—, pero no descubrí nada nuevo de Leigh Hunt y el libro no llegó a encontrar editor.

A continuación escribí *Who Was Changed and Who Was Dead*, basado en una serie de artículos de prensa sobre una epidemia de envenenamientos por hongos en un pueblo de Francia, del que también se hizo eco una publicación médica. Lo ambienté en el pueblo donde pasé mi infancia, me dejé llevar por la imaginación y lo escribí casi sin darme cuenta. Cuando terminé este libro repasé mis antiguos cuadernos de notas y encontré el esquema de *La hija del veterinario*. La historia original se situaba en Gales, y la madre era el personaje principal, pero, en cuanto me puse a escribir, la trama y los personajes cambiaron, y otra vez el libro volvió a escribirse casi solo. Trabajaba entre las cinco y las siete de la mañana, cuando nadie podía molestarme, pero tenía la novela en la cabeza a todas horas, soñaba con ella por las noches y a la mañana siguiente cambiaba capítulos enteros. Escribía como si estuviera viendo una película y di muchos paseos por Battersea y Clapham, en coche y andando, para ver ese mundo con los ojos de Alice.

Cuando la novela se publicó, en 1959, fue muy bien acogida por la crítica, y de vez en cuando vuelve a cobrar una forma nueva: primero fue una serie de la BBC, después se adaptó para el teatro y, recientemente, Sandy Wilson la convirtió en un musical.

BARBARA COMYNS, 1980

Capítulo I

Un hombre de ojos pequeños y bigote anaranjado se acercó a hablarme cuando estaba distraída. Echamos a andar juntos por una calle bordeada de setos de ligustro. Me contó que su mujer era miembro de la hermandad evangélica de Plymouth, y le dije que lo sentía, porque vi que era un pobre hombre, que estaba destrozado, y me pareció que eso era lo que necesitaba oír. Pensé que si fuera un caballo llevaría protecciones en las rodillas. Llegamos a un arco grande y rojo que cruzaba el camino por debajo de las vías del tren como un denso arco iris; cerca de allí se encontraba la casa de un veterinario, con una lamparilla en la puerta.

—Disculpe, tengo que irme —dije, y dejé al pobre hombre entre los setos de ligustro.

Entré en la casa. Era mi casa, y olía a animales, aunque tenía los suelos de linóleo. Mi madre estaba en el vestíbulo oscuro. Me miró con sus ojos tristes, casi ocultos por los párpados gruesos, pero no dijo nada. Era menuda y tenía los hombros caídos y los dientes torcidos, por lo que, si hubiera sido un perro, mi padre la habría sacrificado.

—Madre —dije—, huele a repollo. Ya debe de ser la hora de comer.

Me miró asustada y se escondió en la cocina, levantando las manos pequeñas como levanta un gatito las almohadillas. Fui al comedor con la intención de poner la mesa, pero mi madre ya se había adelantado y, aunque la plata estaba reluciente, el mantel tenía unas manchas de salsa que intenté tapar con los saleros, sin conseguirlo del todo. Había encurtidos en frascos de distintos colores. El agua parecía estancada en la jarra de cristal, pero mi padre bebería cerveza.

El comedor estaba en penumbra, porque un acebo sucio tapaba la ventana. Solo se notaba que era verano en que la chimenea estaba cubierta con un papel plisado y manchado de hollín. Delante había una alfombra hecha con la piel de un gran danés, y en la repisa tallada el cráneo de un mono con su dentadura completa, como si fuera a ponerse a hablar cuando lo miraras.

Nos sentamos los tres a la mesa y comimos fiambres. Era lunes. Nadie decía una palabra, y solo se oía el ruido de los cubiertos. Mi madre soltó una leve risita al caérsele una cucharada de puré de patata. Mi padre se mordió el bigote negro, con las puntas enceradas. Yo sabía que en el armario del baño guardaba un frasco de un líquido incoloro, con una etiqueta en francés, con el que se teñía el bigote y las cejas de un negro aterrador; no me gustaba que se pusiera ese producto, porque le daba un aire maligno.

Después de comer ayudé a mi madre a recoger la cocina. Miré por la ventana, vi las casas iluminadas por el sol y pedí permiso para dar un paseo por el parque con mi amiga Lucy. Como de costumbre, mi madre contestó que se lo preguntara a mi padre,

así que fui a la clínica. La puerta estaba entreabierta, sujeta con la herradura de un caballo, pero sin caballo, y me asomé a mirar. Mi padre le estaba cosiendo el párpado a un pequinés. Lo había anestesiado con cloroformo, pero no soportaba verlo cosiendo a un perro, así que me fui sin decir nada. El olor a cloroformo aún me perseguía cuando salí al encuentro de mi amiga.

Dimos un paseo por Battersea Park. Lucy tenía un pelo muy liso y largo que le caía por la espalda como el agua de un grifo. El mío era amarillo claro, como una campana deslucida. Íbamos cogidas de la mano, porque Lucy era sordomuda; su madre intentaba convertirla en costurera, convencida de que era un buen oficio para una sordomuda. Teníamos las dos diecisiete años. Las madres estaban sentadas en los bancos verdes mientras los niños jugaban en la hierba tiznada de hollín, lanzando pelotas y aros relucientes. Nos acercamos a ver los pájaros y vimos que una orquesta tocaba a lo lejos. Los soldados querían acercarse a nosotras, hasta que nos veían hablar con las manos. Después fuimos a ver los vapores de recreo y las barcas del río. Parecían fardos de papel de colores cargados de paja, y pasaban muy deprisa. Un hombre con la cara negra nos saludó con la mano desde una gabarra que transportaba carbón, y le devolvimos el saludo, porque sabíamos que no podía detenerse. Se estaba en la gloria en la orilla del agua, pero pronto tendríamos que volver a casa por las calles calurosas y feas, entre las casas amarillas y rojas. No sé qué le pasaría a Lucy cuando llegó a casa, pero a mí mi padre me dio un bofetón y me obligó a limpiar las jaulas de los gatos.

Esa noche mi padre se fue a jugar al billar, y mi madre y yo nos quedamos tranquilamente en el jardín de atrás, que tenía una tapia de ladrillo cubierta de hiedra oscura. Mientras zurcíamos los agujeros de las sábanas, mi madre me habló de la granja de Gales donde vivía cuando era pequeña. Me contó que había montañas muy altas y cabras sin domesticar, con unos cuernos enormes y retorcidos, y lagos tranquilos de aguas oscuras y gélidas, alimentados por los arroyos de montaña, y me habló de la cascada que había al lado de la granja y que era su única fuente de agua. Me gustaba oír hablar a mi madre, aunque cuando mi padre estaba en casa se limitaba a susurrar.

El día casi tocaba a su fin y era como la mayoría de los días que yo recordaba: todo estaba oscurecido por la sombra de mi padre, por la limpieza de las jaulas de los gatos, por el olor a repollo, a gas y al aroma de mi padre. A veces había momentos de paz, y el sol brillaba en la calle. Así era mi vida casi siempre.

Por la mañana bajaba las escaleras oscuras y veía a mi madre trajinando por la casa, siempre pegada a la pared. Llevaba el pelo, sin vida, sujeto en una maltrecha cola de caballo que más bien parecía la cola de un burro. Corría de un lado a otro con cepillos, escobas y jarras de agua hirviendo que llevaba a la habitación de mi padre, además de su desayuno. Los arenques ahumados, los huevos con patatas fritas y el

beicon churruscado desaparecían en el piso de arriba mientras nosotras comíamos pan rancio con mermelada en la cocina. Cuando hacía frío nos acurrucábamos junto al fogón grasiento, y mi madre se tapaba el pecho plano con una bata rosa que estaba hecha una pena.

Ya se había vestido cuando mi padre bajaba con paso firme, bañando la casa con olor a colonia. Para entonces yo estaba limpiando las jaulas de los animales. Los gatos no paraban de maullar, y los perros, con sus ojos tristes, ladraban y aullaban, siempre esperando. Si aquél no hubiera sido un barrio pobre, la gente se habría quejado. También teníamos un loro muy chillón, pero sus dueños nos pagaban ocho chelines a la semana por soportarlo, así que valía la pena. Esa mañana, mientras limpiaba las jaulas, observé a mi padre, que estaba sentado delante de su escritorio. Era un escritorio con un fuelle de madera que parecía casi un órgano. Mi padre se puso a morderse las uñas mientras esperaba al vivisector que pasaba a recoger los animales que nadie quería. Se los llevaban a mi padre para que los matase, pero él se los vendía a este hombre. Cuando llegó el vivisector, salí a abrirle la puerta y lo miré con cara de susto, pero me apartó de un empujón, entró en la consulta de mi padre y dio un puntapié a la herradura de caballo para cerrar la puerta. Poco después pasaron los dos a la clínica. Los vi mirar a un cachorrito rubio que tenía una carita muy risueña. El perrito se puso a dar volteretas y a jugar con la punta del zapato del vivisector. El hombre ofreció a mi padre una libra por el cachorro, otra por la gata atigrada y sus gatitos. A mi padre le pareció bien y le regaló un conejo tuerto para completar el lote.

Cuando el vivisector se marchó en su carro, con los animales metidos en sacos, mi padre guardó el dinero en un billetero de piel de cerdo y se puso a mordisquear una pastilla de regaliz. Luego me dijo que llevase a un perro a Knightsbridge, al otro lado del río. Me alegré de poder salir de casa, pero me hizo ponerme una bata blanca, para que pareciese la ayudante del veterinario. Me fui con el perro entre los setos de ligustro, que estaban en flor y desprendían un olor dulce. El viento del verano arrastraba las bolsas de papel que se habían quedado atrapadas entre las verjas de hierro, y un hombre muy anciano nos miraba fijamente desde una ventana sucia, como si nunca le hubiera dado la luz del sol y se hubiera pasado la vida entera encerrado en aquella habitación oscura. Llegué a una calle de almacenes altos por la que pasaban los tranvías que cruzaban el río. Subí a un tranvía y me instalé en el piso de arriba, porque iba con el perro. La marea estaba baja, y los botes amarrados cerca de la orilla estaban volcados sobre un costado. Una luz preciosa lo envolvía todo.

Tuve que seguir el camino andando cuando llegamos a Fulham Road. Cuanto más me alejaba, más bonita se volvía la ciudad. La mayoría de las casas estaban pintadas de blanco o de color crema, y tenían persianas y jardineras llenas de flores. Los niños paseaban tranquilamente con niñas entradas en años que empujaban enormes

cochecitos de bebé. Los cochecitos tenían capotas con flecos, y la carita de los bebés reposaba sobre una almohada con volantes. Las tiendas eran tan grandes en esa zona de la ciudad que casi me parecían irreales. No me imaginaba comprando en ninguna, aunque era evidente que otros no sentían lo mismo, porque entraban en tropel cuando unos hombres con bigotes tan grandes como el de mi padre les abrían las puertas. Las aceras eran tan amplias que había espacio para todos, y me sentí acobardada, con mi bata blanca, entre aquellas mujeres tan bien vestidas, con sus faldas vaporosas y sus guantes largos. Las muchachas, lozanas y guapas, paseaban con sus madres, muy elegantes y casi igual de guapas, aunque al lado de sus hijas parecían flores imperecederas que habían pasado todo el invierno dentro de casa.

El perro iba trotando en un extremo de la correa cuando cruzamos la calle y llegamos a una plaza con viviendas de fachadas planas. Le entregué el animal a un tendero de rostro serio, que lo cogió como si fuera un paquete y me dio con la puerta en las narices. Me quedé allí, con mi absurda bata blanca, mirando las casas bien cuidadas, la agradable plaza ajardinada, a las mujeres con sus parasoles, y a los bebés como flores dormidas en sus carritos. A la puerta de algunas viviendas esperaban caballos y carruajes, con cocheros de librea, y también pasaban coches de motor, grandes y relucientes como monstruos fabulosos. Todo me parecía suntuoso y seguro, hasta una paloma gorda que huía de un gato enorme y gris. Me quedé un rato al sol y pensé: «Algún día tendré un bebé con almohadas de volantes, y hombres mucho más grandiosos que mi padre me abrirán la puerta de los comercios, incluso puede que las dos puertas a la vez».

Capítulo II

Una vez a la semana nos quedábamos solas, sin mi padre. Ese día mi padre alquilaba un carro, se iba a dar vueltas por Londres en busca de animales enfermos y a veces los traía a casa. A mi madre y a mí nos gustaban esos días. Ella a veces cantaba las tristes canciones galesas de cuando era joven, aunque últimamente le había dado por decir: «Alice, ¿de verdad se ha ido? ¿Podrías ocuparte de todo, para que yo descanse un poco?». Subía sin fuerzas al piso de arriba, se acostaba debajo de un edredón viejo, relleno de plumas de gallinas de montaña muertas desde hacía mucho tiempo, y se metía en la cama un ladrillo caliente, para estar más a gusto. Yo le llevaba tazas de té con leche, pero ella no quería comer nada, porque tenía dolores que iban y venían. Le gustaba estar sola.

Esos días me ocupaba de la casa y sacaba a los perros hasta el arco, para que hiciesen sus necesidades. Si podía me escapaba un momento a casa de Lucy y la veía coser con su madre en la salita, rodeadas de telas, patrones de papel y alfileres por todas partes. A veces las telas eran preciosas, suaves y muy brillantes, aunque en general eran toscas y apagadas. A la madre de Lucy no le gustaba que me quedase mucho rato, para que Lucy no dejara de coser al ponerse a hablar conmigo con las manos, pero Lucy sonreía, sin dejar su tarea, y yo sabía, por su expresión, que se alegraba de verme.

Un día, cuando volvía de casa de Lucy, vi el sombrero de mi padre en el recibidor y supe que estaba en casa. Siempre me imaginaba a mi padre con chistera, pero aquel sombrero era un bombín. Estaba mirando el sombrero cuando salió de la consulta dando gritos, con algo que parecía una rata enorme debajo del brazo. Resultó ser una mangosta. Pidió a voces su cena y preguntó por mi madre. Me habría pegado, de no haber sido por la mangosta. Me fui corriendo a la cocina y vino detrás de mí, exigiendo un plato de leche para el animal. Dijo que la mangosta tenía que vivir en la cocina, que necesitaba estar en un sitio caliente. A mí no me hizo ninguna gracia, porque me acordé de que esos bichos comían serpientes vivas.

Cuando me quedé sola con la mangosta, mi madre entró sigilosamente en la cocina. Seguía doblada de dolor.

—No le digas que me he acostado —dijo—. Enseguida me encontraré mejor. ¿Qué es ese bicho tan espantoso? ¿Tenemos que tenerlo aquí?

Asentí con la cabeza mientras freía un poco de pescado para mi padre. Una tristeza más honda de lo normal me invadió al ver que mi madre estaba de verdad muy enferma. Muy preocupada, me acerqué torpemente para pasarle un brazo alrededor de los hombros delgados y caídos.

—¡No, no! Que no se te queme el pescado —susurró—. Y no te olvides de calentar el plato. Ya me encuentro mejor. Yo haré la cena.

Nos inclinamos las dos sobre el fogón al oír unas pisadas fuertes dando vueltas por el comedor. Terminamos de preparar la cena de mi padre y se la llevé en una bandeja. Resolló con impaciencia mientras yo dejaba la comida en la mesa, y luego se sentó y se la comió como si estuviera muerto de hambre, aunque era más temprano de lo normal.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con los animales —dijo, señalando con la cabeza el cuarto donde los guardaba—. ¡Hale, ve, y no te quedes ahí mirándome con la boca abierta!

Di de comer a los animales y saqué a los perros hasta el arco rojo. Cuando volví, mi madre estaba casi recta, y el dolor le había dado una tregua. Oímos salir a mi padre, y el resto de la tarde fue muy apacible, menos porque teníamos una mangosta en la cocina. De pronto empezó a llover, y hasta la tierra del jardín olía de maravilla. Lucy me había prestado un libro, *Pomeroy Abbey*, de Ellen Wood. En la historia aparecía un fantasma de rostro lívido y labio leporino. Me senté en una silla de mimbre desvencijada y estuve leyendo hasta que oscureció y mi madre encendió el candil de gas, que lanzaba un silbido muy suave. Tuve que dejar al fantasma del señor de Pomeroy en la torre oeste («tiene una aterradora expresión de reproche») para cumplir con la última tarea del día, que consistía en preparar las bandejas del desayuno, cubrir al loro con una tela —un trozo de franela de un camisón viejo— y dejar en el comedor un poco de jamón para mi padre, cuando volviera ya de noche.

Acostada en la cama, a la luz de una vela, leí que el señor de Pomeroy en realidad no era un fantasma, sino que su hermano le había volado la mitad inferior del rostro de un disparo. Me moría por saber qué pasaría después, pero oí volver a mi padre, y sabía que, cuando se hubiese comido el jamón, se acercaría a mi puerta, así que tuve que apagar la vela.

Soñé que iba andando, descalza, por un jardín cubierto de nieve, y que llevaba un parasol abierto sobre la cabeza. Un político muy corpulento venía hacia mí por una terraza. Se acercó tanto que nuestros hombros se rozaron y saltaron chispas. De los árboles llegaban gritos y gemidos sofocados, como de mujeres que sufrían, y pensé: «Se me ha olvidado cubrir la jaula del loro». Y me desperté en mi cama.

La nieve del jardín había desaparecido, pero los gritos seguían oyéndose.

Salí al pasillo, vestida con un camisón largo que Lucy había confeccionado con una manta, y me puse a escuchar. Los gritos venían de la habitación de mi madre. Eran horrorosos, y me arrepentí de haber estado leyendo la historia del señor de Pomeroy: quizá alguien le había volado la cara de un disparo en plena noche. Fui a su puerta y, aunque mi madre había dejado de ser religiosa, oí que le estaba suplicando a Dios, a grito pelado, y vi la luz encendida por debajo de la puerta. Decidí entrar. Aunque retorcida de dolor y anegada en llanto, su cara seguía intacta. Estaba acostada, con su dolor, en la cama de latón reluciente, y al principio no se dio cuenta

de que yo había entrado.

—¡Madre! —dije. Dio media vuelta y me vio por el rabillo del ojo.

—Calla, cariño. Que no se entere tu padre —susurró—. No puedes hacer nada.

A pesar de sus protestas, para que no hiciese ruido, le preparé una bolsa de agua caliente y le llevé un vaso de leche templada, pero poco más podía hacer por ella, y no dejó de gemir. Por fin se quedó dormida, y eso me alivió mucho. Estaba encogida debajo de la colcha guateada como una colmena. Seguía moviendo una mano, pero el resto de su cuerpo se quedó inmóvil. Me dio mucha pena de ella y supe que no tardaría en morir, que su amable y pequeña presencia desaparecería de la casa y entonces me quedaría sola con mi padre. No quería dejarla, así que me senté a su lado hasta que amaneció. La enagua de mi madre y los corsés descoloridos y tristes esperaban en una silla de madera.

Pasaron varios días antes de que viniera el médico. Fue mi padre quien lo llamó. Hasta él se dio cuenta de que a mi madre le pasaba algo. La vio doblada en el comedor, encima del aparador, y bramó con furia:

—Por Dios, mujer, di que llamen a un médico. ¡Y, si no te puede curar, quítate de mi vista!

Mi madre salió del comedor a duras penas, y oí que subía las escaleras a cuatro patas, como un animal. Hacía un ruido que daba mucho miedo. Mi padre se quedó escuchando, mordiéndose el bigote y, cuando oyó que la puerta del dormitorio se cerraba, casi salió corriendo de la casa. Volvió enseguida y se encerró en la consulta, y poco después llegó el médico.

Era un médico judío, que vivía al final de la calle. Era un hombre muy mayor y de aspecto sucio, pero muy amable. Después de examinar a mi madre, entró en la consulta a hablar con mi padre. Desde la cocina los oí hablar con voz muy seria. Antes de marcharse, el médico me llamó al vestíbulo. Me dijo que mi madre se estaba muriendo, y que lo único que podía hacer por ella era darle medicinas para aliviarle los dolores. Le agradecí tanto que hablase de medicinas contra el dolor que le di la mano y no podía soltarla. Prometió que mandaría a una mujer para que se ocupara de mi madre y de las tareas domésticas. Lo acompañé a su consultorio para que me diera las medicinas que aliviarían el dolor de mi madre. El sol calentaba tanto la acera que notaba el calor en las suelas de los zapatos. Me había olvidado de que fuera de casa era verano.

Al día siguiente llegó la señora Churchill. Abrí la puerta y me encontré con una mujer mayor, corpulenta, con una gorra de hombre, las piernas muy separadas y las medias arrugadas. Me habló con una voz ronca, muy cariñosa.

—Sí, querida —graznó—, he venido a ayudarte ahora que tu mamá está mala. ¿Ésa es la cocina, guapa? ¡Pero bueno! ¡Qué ratita tan mona!

Acarició la mangosta, que estaba atada a una silla cerca del fogón. Se quitó la

gorra y vi que tenía mechones de pelo rojizo y llevaba peinetas rosas. Subimos a la habitación de mi madre, que parecía invadida por la enfermedad y el olor empalagoso de los medicamentos. Sin embargo, pensé que mi madre estaba casi guapa y me imaginé cómo había sido de joven. Yo no debía cuidarla muy bien, porque la señora Churchill exclamó con voz ronca:

—¡Ay, pobrecita! Déjeme ponerla cómoda. —Se acercó volando a la cama y la desmanteló por completo. Trató las almohadas sin ninguna piedad y me pidió agua caliente para las toallas. Pensé que quería lavar las toallas, pero fue a mi madre a quien lavó con ellas.

La señora Churchill se encariñó con mi madre, y también era muy buena conmigo y con los animales, pero no le gustaban los hombres. «Mejor no hacerles ni caso», decía con mucho desprecio. Cuando mi padre se dirigía a ella, la señora Churchill sorbía por la nariz, como si le hiciera gracia, y en cuanto él daba media vuelta murmuraba: «Muy bien, Bigotes, muy bien». Era muy charlatana y se quedaba muchas más horas de las que le correspondía. Me hablaba de la gente a la que había servido cuando era joven, y de sus perros: «Tenemos la casa llena de pelos de perro, y a mí me gusta: alimentan las alfombras».

A pesar de los perros, por lo visto tenía un jardín maravilloso, con los senderos bordeados de trozos de porcelana rota de colores preciosos. Mientras tomaba una taza de té, me describía con voz soñadora todas las plantas que crecían en su jardín, una por una. «¿Te he hablado de la parra que he conseguido sacar de una semilla?». Otras veces decía: «Tan verdad como que estoy aquí sentada: mi girasol ya mide un metro y medio ¡y no para de crecer!».

Capítulo III

Llegó el otoño, y mi madre seguía agonizando en su habitación. Había mucha tranquilidad en su dormitorio, porque a mi padre le asustaba su enfermedad y nunca subía a verla. Los lunes por la mañana, mi padre me pedía el monedero de mi madre. Era negro y estaba muy raído. Yo se lo daba. Él metía cuatro soberanos y cuatro medias coronas, y el monedero cobraba vida de nuevo. Mi padre no soportaba tocarlo, y se lavaba las manos en la clínica inmediatamente después. Me ordenó que quitase la ropa que mi madre se ponía para salir de casa, que estaba colgada en el pasillo, y que tirase al fuego las zapatillas viejas que vivían debajo de la alacena de la cocina, como si fueran cucarachas.

Un niño que se llamaba Hank ayudaba a mi padre con los animales ahora que yo me ocupaba de la mayoría de las comidas, de hacer la compra y de cuidar de mi madre cuando la señora Churchill se marchaba. A pesar de la ayuda del pequeño Hank, yo no cuidaba de mi padre tan bien como mi madre, y a veces me daba un bofetón porque se me había quemado el beicon o porque el café estaba aguado. Una vez que le planché mal una camisa, se abalanzó sobre mí hecho un basilisco, como un toro bravo, como si fuera a embestir la camisa con la cabeza. Me agarré al fregadero, demasiado asustada para moverme. Se quedó parado delante de mí y vi que tenía los ojos inyectados en sangre. Solo llevaba puestos los pantalones y el chaleco, y era muy peludo. Agarró la camisa e intentó estrangularme con las mangas, apretando muy fuerte con esas manos tan grandes que tenía, pero el loro soltó una carcajada espantosa, como hacía a veces. Mi padre se quedó sin fuerzas y salió de la cocina dando tumbos mientras el loro seguía riéndose a carcajada limpia.

Ésa fue la única vez que mi padre se enfadó de verdad mientras mi madre estaba enferma. En general estaba bastante abatido y pasaba en casa el menor tiempo posible. Nunca preguntaba por mi madre. A veces el médico lo abordaba en el pasillo y no tenía más remedio que escucharlo, pero, normalmente, cuando llegaba el médico, él se marchaba.

Una mañana ocurrió algo terrible. Vino un hombre a tomar las medidas de mi madre para hacer su ataúd, como si ya se hubiera muerto. Dijo que venía por orden de mi padre. La señora Churchill lo echó enseguida, pero mi madre no paraba de preguntar: «¿Quién era? ¿Quién era?». Y tuvimos que inventarnos una excusa. Esa tarde mi madre empeoró. Empezó a gemir y a sollozar, y no había manera de consolarla. La gente que esperaba en el vestíbulo, con sus perros y sus gatos, oía sus gemidos. Se organizó una sinfonía tremenda: los tristes gemidos de mi madre, los chillidos y las carcajadas del loro, los aullidos y los ladridos de los perros, y el coro de maullidos plañideros que formaban los gatos. Mi padre salió de la consulta, con muy mala cara, y me dijo al oído:

—¡Haz que se calle! ¡No quiero oír ese ruido!. ¡No lo soporto, te lo advierto!

Subí a la habitación de mi madre. La señora Churchill la estaba abanicando con un periódico. El sol del otoño entraba por un hueco entre las cortinas, y vi que tenía las mejillas bañadas de lágrimas, por culpa del dolor, aunque tenía los ojos cerrados. Quería ayudarla desesperadamente, pero no podía hacer nada. Ya se había tomado su medicina, y el médico ya había venido a verla.

—¿Qué podemos hacer, señora Churchill? —grité con desesperación.

Me dio un golpecito con el periódico, para consolarme.

—No te pongas así, hija. ¿Por qué no vas a buscar al médico y le dices que vuelva? A lo mejor puede darle algo más, para calmarla un poco.

Salí corriendo y sentí un alivio enorme al verme en la calle, lejos del sufrimiento de mi madre. Las primeras hojas del otoño, muy amarillas y todavía tersas, empezaban a cubrir las aceras. Las margaritas asomaban entre las verjas del jardín del médico, pero ya había algunos crisantemos rosas que desprendían un amargo olor a invierno. Toqué la campana. Estaba colgada de una cadena, y en el mango habían escrito tirar, como si fuera un inodoro, y pensé que quizá lo habían escrito adrede, por ser la casa de un médico. El médico me abrió la puerta en persona. Llevaba puesto su abrigo oscuro, y al verlo al sol me di cuenta de que era muy viejo y estaba muy cansado. Me miró un momento, parpadeando.

—¿Tu madre no se encuentra bien? —dijo—. ¡Es una lástima! ¡Pobrecilla! —Y me hizo pasar al recibidor—. Voy a por algo para ayudarla. Espera aquí, hija. — Señaló una silla de madera, con el asiento en forma de escudo, tallado con un dibujo. El vestíbulo era mucho más grande que el de nuestra casa, y el suelo estaba cubierto de baldosas de colores. Una cortina de abalorios ocultaba el pasillo que llevaba a la cocina. Me fascinó el perchero de pared, con cabezas de leones que tenían argollas en la boca, pero el médico volvió enseguida y salimos juntos.

La gente ya se había ido de casa con los perros y los gatos, y mi padre también, pero el loro nos recibió con sus gritos estridentes y tropezamos con el pequeño Hank, que iba cargado con una cesta de paja sucia. No se oía nada en la habitación de mi madre. La encontramos adormilada, aunque no paraba de retorcer la colcha con la mano. El médico se fijó en sus facciones contraídas y vio que aún tenía las mejillas bañadas de lágrimas; abrió el maletín y le puso una inyección en el brazo. Me dio una caja de pastillas para que las tomara solo cuando tuviera muchos dolores. Dijo que dormiría profundamente un par de horas. La mano ya había dejado de moverse.

—¿Por qué no vas a comprar unas flores y un poco de fruta? Las mujeres necesitan pequeñas atenciones cuando están enfermas —dijo el médico. Echó un vistazo a la habitación deprimente y a la cama de latón hundida, y, aunque yo no podía hacer nada por cambiar la habitación, me avergonzó cuando habló de las flores. Podía haberlas comprado, pero ni se me había pasado por la cabeza. A mi madre

nunca le habían regalado flores. Y, desde luego, podía haberle comprado unas uvas. En los libros, la gente enferma siempre tiene uvas o melocotones en la mesilla. En cuanto el médico se marchó fui a buscar el monedero negro. Todavía no estaba del todo vacío, así que salí corriendo al mercado, donde los puestos centelleaban al sol, rebosantes de flores y fruta. Fue un cambio muy grande comprar cosas bonitas, en vez del eterno repollo y la fruta podrida de siempre.

La señora Churchill se había marchado, y estaba sola con mi madre cuando despertó de ese sueño profundo. Al ver la jarra de agua llena de varas de oro se quedó muy sorprendida.

—¿Las ha traído tu padre? —preguntó. Cuando le dije que las habíamos comprado por orden del médico pareció decepcionada. Luego vio las uvas rojas, en un cestito de mimbre, y se quedó pasmada—. ¿Eso también son órdenes del médico? Espero que tu padre no se enfade.

Mi padre no volvió, así que pude cenar con mi madre. Cubrí la bandeja con un paño de ganchillo, corté el pan y la mantequilla en rebanadas muy finas, y vi que a mi madre le gustó mucho. El dolor se había esfumado y, aunque parecía un poco ida, estaba mucho mejor que en las últimas semanas. No se comió las uvas, pero se quedó mirando las varas de oro con aire nostálgico, como si quisiera comérselas.

—La granja estaba llena de varas de oro; crecían silvestres. Y también de margaritas, de un color púrpura muy intenso, no como esas tan mustias que se ven aquí, en Londres. El suelo de Londres es muy ácido, como la vida que yo he llevado. ¡Ay, Alice, cuántas cosas te has perdido tú aquí! Yo fui muy feliz en la granja. El trabajo era muy duro, pero también tenía muchas compensaciones. ¡No sabes la alegría que daba encontrar por sorpresa un nido de huevos en un rincón! Al principio del año llevábamos los corderos a la cocina. ¡Tenías que haberlos visto tomando el biberón! Yo era la encargada de darles de comer.

También me encargaba de hacer la mantequilla, y mientras la batía leía un libro. El ruido de la batidora cambiaba de repente, justo cuando el dolor en el brazo empezaba a ser insoportable, y entonces sabía que la mantequilla ya casi estaba lista. La casa estaba rodeada de árboles y el suelo cubierto del musgo más verde que te puedas imaginar, y en verano, y a veces también cuando llovía, me quitaba las botas para andar descalza. No había ninguna carretera hasta la granja; íbamos por las vías de las minas de pizarra que había en la montaña. Cuando oía que una vagoneta se acercaba, tenía que salir corriendo y apartar los corderos de la vía.

Apartó la vista de las varas de oro y me cogió una mano con la suya, que era pequeña como las almohadillas de un gato.

—Alice —gritó—, no quiero dejarte aquí sola con él. Escribiría a casa para pedirles que te acogieran, pero allí ya no queda nadie. Mi padre y mi madre murieron poco después de que tú nacieras. Fue la nieve lo que mató a mi padre. Salió a rescatar

las ovejas y los corderos, resbaló con la nieve y se estrelló contra unas rocas. Murió a los pocos días. Yo quería volver a casa, para consolar a mi madre, pero tu padre no me dejó; y cuando ella murió de alguna enfermedad, unos meses más tarde, se peleó con mis hermanos por la herencia. No había nada más que la granja, y era justo que mis hermanos se quedasen con ella. Yo ya había recibido cien libras que me dejó mi abuela. Ésa fue mi dote. Creo que fue por la dote por lo que tu padre pidió mi mano. Evans, el cartero, también quería casarse conmigo. Se habría casado igual, aunque yo no tuviera dinero, pero mis padres no querían ni oír hablar de él. Y cuando Euan Rowlands, el veterinario, que llevaba en sus venas la sangre real de los Cadwallader vino a pedir mi mano, a mis padres les pareció un buen partido. Era un joven muy listo, aunque a mí siempre me había dado miedo. Una vez íbamos paseando por los brezales; era un día tan magnífico y tan feliz que todos los insectos estaban cantando, y, sin venir a cuento, tu padre empezó a hablarme de una tortuga a la que le había cortado la cabeza estando viva la pobrecilla. Dijo que era un experimento, pero a mí me pareció muy cruel. La vida de la granja es dura para los animales, pero no se los trata con crueldad.

Hundió la cabeza en las almohadas y cerró los ojos unos minutos; me pareció que se había dormido, pero volvió a abrir los ojos, tristes y sin vida.

—Me habría gustado anular la boda —siguió diciendo—, pero no quería disgustar a mis padres. Nos casamos en primavera, el día de San David. Decoraron la capilla con puerros y narcisos. Siempre recordaré el olor de los puerros: era tan fuerte que nunca más he vuelto a meterlos en casa. Creo que a tu padre tampoco le gustan. Alquilamos unas habitaciones encima de una tienda en Blaenau-Ffestiniog, en una casita de pizarra gris, pero yo estaba contenta. Tenía un grifo y un fregadero amarillo en la cocina; yo nunca había visto salir el agua de un grifo, y lo abría lo menos cien veces al día. Por aquel entonces tu padre era el ayudante del veterinario, y se enfadaba cuando el señor Davis, que era muy mayor, se llevaba el caballo, porque ¡él tenía que ir andando! Me obligaba a desatarle los cordones de las botas cuando volvía a casa y una vez me dio una patada en la cara, de lo furioso que estaba, y me rompió un diente. Después se arrepintió, y al día siguiente me regaló unos manguitos de piel, pero a mí no me hacía ninguna gracia tener un diente roto y contarle a la gente que me había caído por las escaleras o algo por el estilo. Hubiera preferido seguir con mi diente y quedarme sin los manguitos.

Se pasó un dedo por el pobre diente roto y continuó:

—¿Te he hablado de la señorita Thomas, que siempre estaba llamando a tu padre para que fuese a ver sus Dandie Dinmonts? Eran unos perros muy raros, pequeños, con el pelo de la cabeza plateado como el humo. No he vuelto a ver unos perros iguales. Ella no quería que el señor Davis se acercase a sus perros; siempre tenía que ser tu padre. Con el tiempo, él empezó a ir a su casa por las tardes, y jugaban juntos a

las cartas. Así que me quedaba sola, sin más compañía que la del grifo, y una no se puede pasar todas las tardes abriendo y cerrando un grifo. La granja estaba casi a quince kilómetros, y no podía ir andando hasta allí y volver antes de que se hiciera de noche. Me ponía a recordar cuando mis hermanos me llevaban con ellos por las tardes a la oficina de correos. Era el punto de reunión de todo el pueblo. Nos sentábamos en los bancos a charlar y a cantar; los hombres hablaban de política y las chicas hablábamos de las cosillas que íbamos guardando para cuando nos casáramos: hasta las que aún no tenían novio ya estaban haciendo el ajuar. A veces el cura se sumaba a nosotros y la conversación se centraba entonces en los asuntos de la parroquia. Terminábamos cantando himnos y, aunque yo tenía una voz muy fina, me gustaba mucho cantar. Mis hermanos se metían conmigo y me llamaban la ratita cantarina.

»Una noche en que ya no pude soportar la tristeza y la soledad fui a casa de la señorita Thomas, en las afueras del pueblo. Los vi a través de los visillos de encaje, a Euan y a la señorita Thomas. Tu padre estaba a sus anchas, sentado en una butaca, fumando un cigarro, como en su propia casa; y la señorita Thomas tocaba el piano a la luz de las velas. Y yo en el jardín, mirando por la ventana como una fisgona. Estaba embarazada de ti, y me dio mucha pena ver a mi marido tan contento en la salita de otra mujer. Hasta llevaba puestas unas zapatillas, con bordados de colores, que yo no había visto en la vida; seguramente se las había bordado ella. Eso sí, tengo que reconocer que, aunque parecía muy cómodo, también se le veía un poco harto de cómo tocaba el piano la señorita Thomas, con mucho alboroto. Estaba tocando *La oración de la doncella*, y aunque cruzaba las manos sobre el teclado y todo, aquello no era música. Mientras la observaba, no pude dejar de pensar que parecía una gallina vieja, de esas que solo sirven para hacer caldo, desplumada y bastante amarilla. Tenía el cuello esquelético, como si ya se lo hubieran retorcido. Me quedé en la ventana, mirando por los visillos. Entonces, la señorita Thomas volvió la cabeza hacia la ventana, le dijo algo a tu padre, se levantó de un salto del taburete y corrió a cerrar las cortinas. Después ya solo vi unas cortinas rosas iluminadas a contraluz.

»Nunca volví a ver a la señorita Thomas. Una o dos semanas después de esa noche la atropelló un carro que iba cargado con barriles de cerveza, y la mató. No la mató el caballo sino uno de los barriles, que salió rodando y la aplastó cuan larga era. Era muy poca cosa, la pobre mujer, y no pudo soportar el peso de un barril de cerveza. Era miembro del Movimiento por la Templanza, la señorita Thomas, y sus compañeras sintieron mucho su muerte y le enviaron una corona de violetas preciosa, tejida en forma de arpa.

Hizo una pausa y comprendí que estaba pensando en la muerte, que ya estaba muy cerca, y creo que las dos confiamos en que se le concedieran una o dos coronas de flores. Enseguida continuó:

—Creo que ya te he contado, Alice, que fue el dinero de la señorita Thomas lo que permitió a tu padre comprar esta casa y la clínica. Ella se lo dejó todo. Fue un escándalo en su día. A la gente de Blaenau no le hizo ni pizca de gracia, pero tuvieron que aguantarse. Se verificó el testamento y se comprobó que todo estaba en orden. Fue entonces cuando a tu padre se le ocurrió la idea de venir a Londres. Yo creo que fue un error y que el Londres que él imaginaba no tenía nada que ver con la realidad. Solo lo había visto una vez, cuando cruzó la ciudad en un coche desde la estación Victoria hasta Paddington, y debió de dar una vuelta bien grande (seguro que el taxista quería sacarle los cuartos) porque vio el palacio de Buckingham y la catedral de San Jaime, y Picadilly y Oxford Street, y Edware Road. Se figuró que todo Londres era igual, de casas grandes y calles amplias, y que, si había arrabales, estarían cerca de los muelles. Puso un anuncio para ofrecerse como ayudante de veterinario, y cuando recibió respuesta de un caballero que tenía una próspera clínica entre Clapham y Battersea, pensó que sería un buen sitio. El precio parecía muy razonable, con casa y todo incluido. El caballero decía que era una casa cómoda y bien amueblada, y Euan se imaginó que tendría columnas en la fachada y un tramo de escaleras en la entrada, con una puerta muy elegante. Recuerdo que llegamos a la estación de Euston y creí que estaba lloviendo, por lo oscuro que estaba todo, pero cuando salimos de la estación vi que el cielo tenía un color negro amarillento. Nunca había visto un cielo así. Fue el amarillo lo que me horrorizó. Las calles eran tan estrechas y tan miserables que Euan al principio pensó que nos habíamos equivocado de estación, que no estábamos en Londres. Después llegamos a unas calles algo mejores, pero no vimos ningún palacio; solo unas tiendas de muebles. Pasadas las tiendas de muebles la cosa mejoraba un poco, hasta que cruzamos el río.

»A mí me sorprendió mucho el río, tan grande, tan sucio y lleno de barcos. Había una mole de barco, negro, atracado cerca del puente, con lápidas y cruces en la cubierta. Me pareció una especie de cementerio flotante, solo que las tumbas estaban demasiado juntas para que los muertos pudieran descansar cómodamente.

»Luego llegamos a las calles pobres, miserables y estrechas. Euan iba en el coche muy abatido, todo su orgullo se había esfumado, y yo no me atrevía a decir ni mu. Tardamos un buen rato, o eso me pareció, hasta que llegamos a una cuesta. Pensé que todo sería mejor cuando alcanzásemos la cima, pero nos metimos por una calle lateral, pasamos por debajo del arco del tren y por fin llegamos a Glenmore Terrace. Tu padre se llevó una decepción mayúscula al ver la casa; no era ni mucho menos como se esperaba. ¡Pobre hombre! Dio una vuelta por todas las habitaciones, y todo le pareció decepcionante. Pero volvió a mí, durante algunos meses volvió a mí, hasta que la clínica empezó a funcionar, y entonces se interesó por otras cosas. Supongo que yo también lo había decepcionado...

Su voz se debilitó, como si se alejara por un pasadizo, pero de pronto reanudó su

relato:

—La foto nos la hicieron cuando llegamos. Tu padre no quería que en casa supieran que las cosas le habían salido mal, y le pareció una buena idea que enviásemos una foto como si viviéramos por todo lo alto; la verdad es que era un retrato precioso. Lo he escondido, porque me da mucha pena, pero me gustaría que tú lo guardases, Alice. Salimos sentados en el palco de un teatro, con unas cortinas de lentejuelas, y Euan lleva una chaqueta de esmoquin de terciopelo y una pajarita. Yo salgo con el pelo muy ahuecado y unos anteojos en la mano. Era una preciosidad, la foto, solo que el palco no era de verdad; era un decorado que había en el estudio, y había que subir por unas escaleras. Creo que a veces lo utilizaban también como púlpito, para retratar al cura, porque además de los anteojos había un Libro de Salmos.

Pensé que mi madre se había quedado dormida, pero entonces empezó a hablar de las montañas.

—Las he añorado mucho todos estos años, las colinas y las montañas. El sol se ponía muy deprisa, y las nubes se enredaban en las cumbres. Unas son oscuras y están cubiertas de árboles; otras son más rocosas y están tapizadas de brezo, llenas de insectos que cantan en verano; y hay también otras a las que yo llamaba libros, porque son como capas de pizarra plana, como pilas de libros gigantes de color gris. Las orillas del lago eran de musgo marrón oscuro. Una vez vi a una niña flotando en el agua. Estaba muerta, pero no me dio miedo, porque parecía una cosa muy pura, deslizándose con los ojos abiertos y su vestidito azul. Era Flora, una niña que llevaba tres días desaparecida... La señorita Thomas tenía un cuenco de porcelana en el alféizar de la ventana, lleno de bolas de cristal grandes, de muchos colores... Era raro que una mujer soltera tuviese cosas así, pero... yo las vi...

Capítulo IV

Un indio con turbante vino a por la mangosta y se la llevó debajo del abrigo. La cocina estaba mucho más limpia sin el bicho, y yo no tropezaba con los platos de leche en el suelo cuando iba con prisa. El indio me regaló un frasco de colonia, pensando que había tratado bien a su mangosta, pero no era verdad, así que se lo di a la señora Churchill, porque a ella sí que le gustaba el animal. También le gustó cómo olía la colonia, y me alegré mucho, porque mi padre había herido sus sentimientos, la había llamado «arpía asquerosa» cuando la sorprendió brillantando el suelo de la clínica, con su gorra de paño colgada en la punta de la escoba.

Las flores seguían vivas en la habitación de mi madre, y ella en la cama, muy callada, contemplándolas. Había hablado tanto la noche anterior que estaba agotada, sin fuerzas siquiera para comerse las uvas, aunque creo que se alegraba de tenerlas allí. El médico vino a verla y, cuando ya se marchaba, consiguió pillar a mi padre en el vestíbulo. Entraron juntos en el comedor y los oír hablar con voz apagada mientras preparaba la carne de los animales en la cocina. Hank vino a llevarse los cuencos, uno por uno. Era un chico más pequeño de lo normal, quizá porque no comía lo suficiente. Su madre era una viuda holandesa, muy pobre, que por alguna razón se había quedado atrapada en Clapham, y Hank era el mayor de cinco hermanos. A veces lo veía comerse las galletas de los perros a escondidas, detrás de una puerta, y una vez lo vi comiendo una sardina cruda. Su madre venía de vez en cuando a nuestra casa, desgredada, con el sombrero caído y los cuatro niños trotando a la zaga y haciendo mucho ruido, como si llevaran unas botas demasiado grandes. Yo creo que llevaban tacones de hierro, porque sonaban igual que los caballos.

Lucy vino por la tarde. Su madre le mandó que saliera a dar una vuelta, porque le dolían los ojos de tanto coser ropa de luto. De una manera muy triste, me dijo con las manos:

—No quiero quedarme ciega, además de sorda y muda. —Pero se animó cuando nos tomamos una taza de té en la cocina, y me contó que iba a ser aprendiz de costurera en una sastrería muy grande de Bayswater—. Mi madre va a dejar de coser, y será una oportunidad estupenda para mí. Allí hasta hacen togas para los juzgados.

Lucy sacó una cinta de medir que decía la buena fortuna y nos reímos de lo lindo. La medida de mi cintura decía: «El año que viene»; y la de mi muñeca: «Te quiere»; y la de mi nariz: «Un marino»; y la de mi cabeza: «Vas a recibir una sorpresa». Seguíamos riéndonos cuando oí entrar a mi padre, y supe que nuestro momento de felicidad había terminado y que Lucy tendría que irse inmediatamente. Oí que entraba en la clínica y le di a Lucy la oportunidad de huir. Cuando cruzábamos el recibidor vi el maletín de cuero negro de mi padre encima de la consola. A veces le salían manchas marrones, y mi madre las disimulaba con betún negro. Si por casualidad el

betún manchaba las asas del maletín, se montaba una buena, porque mi padre se manchaba los guantes, que generalmente trataban de pasar por amarillos.

Lucy ya se había marchado cuando mi padre salió de la clínica. En vez de ir a la cocina para exigir la cena, subió las escaleras y, para mi asombro, entró en la habitación de mi madre. Era la primera vez que ponía un pie allí desde que ella estaba enferma. Yo no daba crédito. Me quedé al pie de la escalera y oí sus voces. Me pareció que ella decía: «Eso no está bien. ¡Ay, Euan!». Y a continuación: «Por favor, trata bien a Alice. Sería mejor mandarla lejos de aquí». Mi padre no gritaba, ni parecía enfadado —lo cierto es que hablaba en un tono muy tranquilo—, así que volví a la cocina para preparar dos chuletas a la plancha y dos tomates cortados por la mitad, tomates ingleses de verdad. Sabía que eran ingleses porque la parte verde, la que había que quitar, olía muy fresca, a tomate.

Mi padre volvió a la consulta. Aunque tuvo que notar el olor de la comida, salió de casa inmediatamente. Un poco después subí a ver a mi madre, pero estaba dormida, como un bulto en su cama de latón. La casa estaba en silencio. Hasta los animales se habían callado, y casi me dieron ganas de que el loro soltara una de sus aterradoras carcajadas. Mi padre no volvía y mi madre seguía durmiendo. Su respiración se volvió más profunda. Me dio por imaginarme que la oía en todas las habitaciones, y lamenté que la señora Churchill no estuviera conmigo, hablándome de sus flores. «Una dalia enorme, con rayas; mide treinta centímetros de ancho y le están saliendo nueve yemas. ¿Te he contado que mis primeros crisantemos los saqué de unos esquejes que me dio el jardinero de un parque?», decía con ojos soñadores, mientras tomábamos un té del color de la caoba. Y yo me fijaba en sus peinetas rosas, como si estuviera hipnotizada, y sentía una extraña tranquilidad. La señora Churchill no estaba allí para tranquilizarme, pero cuando saqué a los perros para que levantaran la pata en el arco rojo me sentí un poco mejor, al cruzarme con la gente que subía la cuesta. En una farola había unos grillos cantando, o algo le pasaba al gas, aunque yo prefería que fuesen los grillos. Cuando volví a nuestra calle, me pareció que una silueta me hacía señas con la mano desde la puerta de casa, y me asusté al pensar que había pasado algo malo. La silueta se retorció y se movía como una sombra aterradoras. Grité: «Ya voy»; pero no paraba de retorcerse, y a mí me fallaban las piernas. Al acercarme vi que en realidad era la sombra de una bandera que alguien había clavado en un poste de su jardín, y la tela ondeaba en la noche.

Entré en casa y metí a los tres perros en sus jaulas. Normalmente gemían un poco, pero ese día se acomodaron en la paja, muy tranquilos, hechos un ovillo. Un gallo blanco y viejo que tenía un ojo hinchado estaba empujando la cabeza contra los barrotes de la jaula, y le di un puñado de maíz indio, para que lo picotease en la palma de mi mano. Era la mascota de un niño, y estaba muy bien domesticado para ser un gallo, mucho mejor que el loro, que me daba un picotazo siempre que podía.

Después cubrí al loro con el trapo de franela. Ya solo me faltaba preparar las bandejas del desayuno, y me quedé un rato con los animales para no oír esa respiración en toda la casa.

Cuando subía las escaleras volví a oír la respiración, ahora que la casa estaba en silencio. Entré en el dormitorio de mi madre y vi que seguía dormida. Tenía la cara muy colorada y hacía mucho ruido al respirar. Aunque me pareció un poco cruel, la zarandé para despertarla, pero siguió durmiendo, y la respiración se volvió más ronca. Yo no sabía si eso era bueno, esa manera de respirar estando dormida, o si tenía que avisar al médico, aunque ya no eran horas. Hasta tenía ganas de que mi padre volviera, porque no sabía qué hacer. Al final la incorporé y la recosté en las almohadas, para que no se ahogara, y me fui a la cama. Incluso con la puerta cerrada me parecía oír la respiración.

Estaba tan cansada que me quedé dormida casi tan profundamente como mi madre, pero también en sueños oía un ronquido. De repente me desperté y no oí nada; todo estaba en silencio. Poco después oí que mi padre entraba y subía a su habitación, cuando ya empezaba a clarear.

Volví a quedarme dormida y me desperté muy tarde. Oí la voz de mi padre, y me pareció que varias personas subían por las escaleras. Sin terminar de vestirme, entreabrí la puerta de mi dormitorio. Vi a una mujer a la que no conocía, con una jarra de porcelana en la mano. Entró en el cuarto de mi madre y cerró la puerta. Terminé de vestirme y bajé preparada para la que me caería por no haberle llevado a mi padre el desayuno a su habitación. Estaba en el comedor, hablando con alguien. La puerta se abrió de repente cuando yo pasaba por delante. El médico me saludó con su mano amarilla y marchita.

—Venga aquí, señorita, quiero hablar con usted.

Entré en el comedor y vi que el sol de la mañana dibujaba una escalera de Jacob en las paredes. Mi padre estaba apoyado en la repisa de la chimenea, de espaldas a mí, y, aunque siempre iba muy bien planchado, tenía la ropa arrugada, como si se hubiese acostado vestido. El médico empezó a hacerme preguntas. ¿Le había dado a mi madre alguna pastilla para quitarle el dolor? ¿Qué había comido y bebido exactamente después de que él fuese a verla? ¿Cuándo la había visto yo por última vez y cómo se encontraba? Respondí a las dos primeras preguntas pero, cuando llegué a la tercera, empecé a llorar, al comprender que tenía que haberle llamado. Intenté explicar mis sentimientos confusos y dije que no sabía qué hacer. Le conté cómo respiraba, pero yo no sabía si de verdad lo estaba oyendo o si lo estaba imaginando porque tenía miedo. Le dije que incorporé a mi madre y que intenté despertarla.

—¿No se habrá ahogado? —gemí—. ¡Por favor, no me diga que se ha ahogado! He visto a una mujer con una jarra de agua caliente. Si se hubiera ahogado no

necesitaría agua caliente.

Fue entonces cuando el médico me anunció que mi madre había muerto, y que yo no podía haber hecho nada para salvarla. Siguió acariciándome con las manos marchitas y trató de consolarme diciendo que habría sufrido mucho si hubiera vivido otras dos o tres semanas, porque mucho más no habría aguantado.

Cuando salí del comedor, dando tumbos, me vino a la cabeza un pensamiento escalofriante. Tal vez mi padre le había dado a mi madre algo para dormirla, como hacía con los animales a los que el vivisector no quería para sus experimentos. Mi madre se había quedado dormida, pero lo que hacía mi padre con los animales era ponerles veneno en la lengua, aunque él lo llamaba «dormirlos».

Esa mañana vino un hombre a tomar las medidas para el ataúd. Era el mismo al que habíamos echado dos días antes.

Capítulo V

Enterraron a mi madre tres días después, con una corona de crisantemos blancos. La señora Churchill compró una cúpula de cristal preciosa, llena de flores que se llamaban «inmortales», que vivirían para siempre en la sepultura de mi madre a menos que «esos gamberros la rompan a pedradas». Mi padre asistió al funeral y luego desapareció. Un suplente vino a ocuparse de la clínica. Era un joven de aspecto sano, con la cara velluda, una expresión feliz y un cuerpo que parecía el tronco de un árbol. Tenía los ojos azules, muy grandes, casi redondos, y decidí llamarlo «Ojitos», aunque su verdadero nombre era Henry Peebles. Fue el primer hombre que me trató con cortesía y consideración. Me di cuenta, aunque en ese momento no le di mucha importancia, porque estaba tan triste y tan perdida que la amabilidad casi me hacía sentir peor.

Ojitos se ocupó de los animales con ayuda del pequeño Hank, y la señora Churchill se encargaba de la casa y de las comidas, de manera que a mí solo me tocaba hacer la compra. La señora Churchill me decía lo que tenía que comprar, y mi padre dejaba dinero en el monedero viejo de mi madre antes de irse.

Creo que hasta entonces yo nunca había tenido tiempo libre. Merodeaba por las calles de Clapham y Battersea como si viviera en una pesadilla. Me asomaba a mirar por los escaparates de las tiendas de ropa de mujer de tallas grandes, y las matronas, muy sonrientes y agradables, con unos vestidos que parecían sacos, me miraban a su vez con los ojos brillantes. Paseaba por Clapham Common, donde ya empezaban a arder las hogueras del otoño, aunque las hojas apenas habían empezado a caer de los árboles y aún se vendían helados de cucurucho. Las voces de los oradores me sacaban de mi pesadilla. No entendía lo que decían, pero veía que casi todos estaban enfadados por algo. Oí tocar a la orquesta del Ejército de Salvación, y no sé por qué, me dio miedo. Me venían a la cabeza pensamientos terribles, de que mi padre había dormido a mi madre, y casi me daban ganas de gritarlos al compás de la música.

Encontré una iglesia muy bonita y tranquila en Battersea, a la orilla del río. Creo que era la iglesia de Santa María. Allí no tenía miedo. El jardín era muy pequeño, pero me encontraba muy a gusto viendo pasar las barcazas y oyendo los sonidos del río. A veces las barcazas amarraban en los muros de la iglesia, y el aire del otoño se llenaba de olores a comidas muy sabrosas. Battersea Park me gustaba más que Clapham Common, porque tenía más flores, y a veces descubría rincones nuevos que ni siquiera sabía que existieran. Encontré un riachuelo artificial con mucha vegetación en las orillas.

Debí de recorrer muchos kilómetros esas primeras semanas tras la muerte de mi madre, porque no soportaba estar en casa, siempre pensando en ella.

La casa estaba llena de pequeños recuerdos: una bolsa de redecilla mustia,

colgada detrás de la puerta de la cocina; un libro que decía la buena fortuna en un cajón del tocador; un helecho en la ventana del comedor que había muerto de olvido, cuando ella dejó de cuidarlo; y un guante negro... cosas así por todas partes.

Yo no había entrado en su dormitorio desde que murió. La señora Churchill lo limpió y dijo que había que cerrarlo hasta que volviera mi padre. «Querrá ver sus cosas», explicó, con un susurro áspero. Cerró la puerta con llave y dejó la llave en el escritorio de fuelle de mi padre.

En el acebo polvoriento del jardín principal vivía un mirlo soltero. Mi madre le tenía mucho cariño. En primavera cantaba como loco, confiando en atraer a alguna compañera, pero nunca se acercó ninguna, y mi madre se preocupaba mucho por él. Se exasperaba y decía: «Si dejara de una vez ese condenado acebo y se fuera a Clapham Common no tardaría en encontrar pareja. Ninguna hembra quiere hacer su nido en un acebo sucio». El mirlo seguía cantando en el acebo, pero mi madre ya no estaba.

De noche me quedaba sola en casa. Aunque dormía con la cabeza debajo de las mantas, oía unos crujidos espeluznantes en las escaleras, y a veces susurros al lado de mi cama. Le pregunté a la señora Churchill si podía quedarse a hacerme compañía, pero me dijo que a su marido no le gustaba que pasara la noche fuera de casa, además «tenía al hijo de su Vera con ella», porque su madre estaba en el hospital. Una noche los perros empezaron a aullar y a ladrar, y pensé que había pasado algo muy grave. Me quedé en la cama temblando, demasiado asustada para ir a ver si la casa estaba ardiendo, o si habían entrado ladrones por la ventana de la despensa. Por la mañana vi que la jaula donde vivía el gallo del ojo enfermo estaba en el suelo, y el pobre pájaro muerto.

Tres semanas después del funeral de mi madre, mi padre volvió a casa.

Capítulo VI

Mi padre llegó por la tarde, y no vino solo. Lo acompañaba una mujer alta y rubia que giraba los ojos cuando sonreía.

—Ésta es la señorita Fisher —dijo mi padre—, Rosa Fisher. Será mi ama de llaves y te ayudará mucho. Supongo que la señora Churchill sigue por aquí, ¿no? Pues ve a decirle que prepare una habitación para la señorita Fisher.

El taxista dejó la última maleta en el recibidor, y mi padre le pagó y cerró de un portazo justo cuando una banda de música alemana empezaba a interpretar *Tierra de esperanza y gloria* delante de casa. Mi padre entró en la clínica y me dejó con la señorita Fisher.

La desconocida levantó la voz por encima del barullo.

—Estoy encantada de conocerte. Tu querido padre me ha hablado mucho de ti. Habla mucho de su hijita. —Gesticulaba mucho al hablar, y tenía un acento tan afectado que me costaba entender lo que decía—. ¿Podría subir a mi cuartito a dejar mis cosas? No pasa nada si no está preparado. No sé si me esperabas.

—No —contesté—. No la esperaba.

Subimos y pasamos por delante de mi habitación. No pensaba ofrecérsela, y tampoco la de mi madre, que estaba cerrada a cal y canto. Supuse que mi padre no querría a la señorita Fisher en su espacioso dormitorio, así que solo quedaba el cuarto de costura, donde estaban la máquina de coser y el maniquí. Abrí la puerta y resultó que estaba lleno de baúles y de cajas, todo cubierto de polvo. Había una cama estrecha en un rincón, y un colchón fino enrollado como una salchicha; también había varias sillas y una mesa, pero no donde guardar la ropa. La señorita Fisher se sobresaltó al ver el cuarto, luego lanzó un grito y se llevó una mano al pecho.

—¡Dios mío, ese maniquí! Me ha dado un susto de muerte. —Miró la habitación con mucho disgusto y dijo—: No me imagino durmiendo en una habitación así. Hablaré con tu padre. Me gustaría ver tu dormitorio, querida, si es posible.

Me negué a enseñárselo, bajé corriendo en busca de la señora Churchill y le pedí consejo.

Estaba sacando de la alacena las tazas y los platos del té, de espaldas a la puerta, con las piernas tan separadas que de pronto me pareció que las tenía pegadas al cuerpo por fuera, como algunas muñecas. Se volvió rápidamente al oír mi voz. Tenía grandes noticias que darme.

—¿Sabes quién es ésa? Es Rosa, de La Trompeta. Atiende en el comedor y ayuda en la barra a veces. ¡Qué ama de llaves ni qué niño muerto! ¡Ésa es una fresca de mucho cuidado!

Le expliqué a la señora Churchill que no había una habitación decente para la fresca de La Trompeta, y que por lo visto le había echado el ojo a la mía.

—Ojalá pudiera cerrarla, pero ni siquiera tiene llave —dije con amargura.

Nos quedamos calladas y la oímos abrir todas las puertas, también la de mi dormitorio; todas menos la de mi madre, que seguía cerrada. Después bajó a la clínica a ver a mi padre, que estaba hablando con el suplente. Oímos que mi padre le decía: «Lárgate, ¿no ves que estoy ocupado? Ve a hacerte un té o lo que sea». Cuando entró en la cocina había perdido por completo su aire de afectación y no era más que una mujer alta y delgada que parecía bastante perdida y desairada. Se paró en el umbral, se quitó el sombrero y se puso a jugar con las cerezas artificiales que tenía de adorno. Más tarde descubrí que las cerezas estaban rellenas de algodón, porque arranqué una y la hice pedazos la primera vez que la señorita Fisher salió de casa sin su sombrero.

Estuvo un buen rato mirando el sombrero, hasta que la señora Churchill le preguntó:

—¿Qué haces aquí, Rosa Fisher?

—No es asunto suyo si el señor Rowlands quiere que sea su ama de llaves, siendo como es un pobre viudo.

—¡Un pobre viudo! ¡La señora Rowlands se revolvería en su tumba si supiera que una mujer como tú está en su casa! Vuelve a La Trompeta, que es donde tienes que estar.

La señora Churchill se inclinó sobre el fogón y puso el hervidor al fuego, de una manera muy expresiva, como si la cocina fuera de su propiedad, y la señorita Fisher se marchó dando voces:

—Se arrepentirá de esto. ¡La echarán a patadas, vieja burra!

Mi padre salió de la clínica y entró con la señorita Fisher en el comedor. Luego subieron al piso de arriba y oí que él decía: «Da lo mismo cuál sea tu habitación, Rosa, porque no estarás mucho en ella, ¿verdad?». Al cabo de un rato bajaron, y mi padre me dijo que hiciera un poco de té y que hirviera unos huevos frescos.

—Enséñale la cocina a la señorita Fisher y cuéntale todo lo que quiera saber —me dijo, al tiempo que hacía una señal con la cabeza a la señora Churchill, apuntando con el pulgar por encima del hombro para que lo siguiera. Cuando salieron de la cocina vi que ella se subía las mangas como si fuera a pelearse con él, pero poco después volvió llorando. Por suerte, la señorita Fisher ya estaba en el comedor, sentada con la mejor tetera de porcelana, esperando a mi padre.

Mi padre le dio a la señora Churchill una semana para dejar la casa. Nos sentamos a tomar el té y hablamos en voz baja.

—Es la ingratitud lo que más me duele. Después de todo lo que he hecho por tu madre. Si no fuera por ti me marcharía esta misma noche, pero no quiero dejarte con esa mujerzuela.

—¡Por favor, señora Churchill, no me deje aquí sola con ellos! —sollocé—. Quizá dentro de una semana ella se habrá marchado y podremos seguir como antes;

usted podrá seguir hablándome de su jardín y de su nieto, y pronto nos habremos olvidado de la señorita Fisher.

—¡Ay, madre! Eso me recuerda que hay que prepararle la habitación. Se va a quedar en la de tu madre, pero hay que limpiarla de arriba abajo, sacar todas sus cosas y llevarlas al otro cuarto. No me parece bien tratar así sus cosas, pobrecita.

Esa misma noche empezamos a vaciar la habitación de mi madre, y me dio mucha pena ver su ropa pequeña y mustia en el ropero. Me había olvidado de lo menuda que era. Al menos la señorita Fisher no podría quedarse con sus vestidos; sería horrible verla vestida con la ropa de mi madre. Encontré los manguitos que mi padre le regaló de recién casados. Olían a oso viejo. Había varios pares de botas negras con botones a un lado, zapatillas muy gastadas, con hebillas grandes, y un abrigo viejo de piel de foca que había sido de mi abuela. Mientras amontonábamos sus cosas en el cuarto de los trastos, oímos que mi padre salía con Rosa Fisher, y la señora Churchill dijo:

—¡Maldita sea el ama de llaves!

La señora Churchill hizo la cama y se marchó, y yo me quedé en el dormitorio de mi madre, vaciando los cajones en cajas de cartón y en un bolso de viaje. Prendí una cerilla para encender el candil, y a la luz verdosa vi las enaguas y los camisones que ella nunca volvería a ponerse, lacios y tristes. En la cama de latón donde mi madre había sufrido tanto ahora se acostaría la señorita Fisher. Los cajones pequeños estaban llenos de menudencias que mi madre había ido atesorando: guantes blancos, que parecían sin estrenar; fotos de su familia, ya desvaídas; un libro de oraciones con la cubierta de celuloide blanca; un joyero decorado con conchas que tenía un alfilerero en el centro, donde guardaba algunas joyas, varios prendedores llenos de pelos y relicarios de plata que en su día llevaban fotografías; y una cajita de oro en forma de corazón llena de brezo seco. Guardé las fotografías en el joyero y me lo llevé a mi habitación. Después encontré los retratos de mis padres muy bien vestidos, en el falso palco de teatro: mi madre estaba muy guapa y muy dulce, y mi padre muy erguido y muy imponente. Me aterrorizó pensar que solo habían pasado dieciséis años desde que se hicieron la foto. Intenté recordar si alguna vez los había oído charlando, como la gente normal, pero no pude; ni siquiera recordaba haberlos visto salir de casa juntos. A veces, cuando era pequeña, mi madre me llevaba a pasar unas horas al campo o a Wimbledon Common, pero él nunca venía con nosotras. A mi madre la trataba como si fuera despreciable y a mí ni me miraba. Nunca estaba con él de pequeña, y la única comida que compartíamos era la cena a media tarde. Un día mi madre me dijo que si yo hubiese sido un chico las cosas habrían sido distintas. Pero cuando me lo imaginaba dándole una patada a mi madre en los dientes, al poco de casarse, casi me parecía un acto de compasión que me mirase. Yo también podría haber acabado con una oreja deformada o cualquier otra desfiguración.

¡Pobre madre! Guardé las últimas cosas en el cuarto de los trastos y me fui a la

cama, pero justo cuando empezaba a soñar mi padre y Rosa Fisher volvieron a casa. Pensé que habían ido a un espectáculo de variedades, porque ella venía cantando y riendo al mismo tiempo, y hasta me pareció que mi padre se reía. Cuando pasaron por delante de mi puerta, ella dijo: «No vayamos a despertar a la niña». Debió de quedarse un momento parada, y luego exclamó: «Oye, me habías dicho que era una simplona. A mí me parece que no tiene un pelo de tonta». «¡Bah! No tienes que preocuparte por ella —contestó mi padre—. Siempre hace lo que se le dice». Luego se oyó como una pequeña escaramuza, Rosa empezó a reírse, y entraron en la habitación de mi padre. Por la mañana ella había vuelto a su dormitorio, porque me llamó y me pidió una taza de té.

—¿No prefieres tomarla en la habitación de mi padre? —dije, cuando se la llevé.

—No, se está vistiendo —respondió con un bostezo—. Oye, ¿qué has querido decir? ¡Si serás zorra! ¡Qué descarada!

Volví corriendo a la cocina y de pronto me sentí muy sucia y muy desgraciada, a pesar de que me había lavado esa mañana. Por lo que había dicho la señora Churchill, yo ya me había imaginado que mi padre y Rosa Fisher dormirían juntos, y sabía que eso era sucio y que no estaba bien. Pero me dio vergüenza haber hecho un comentario tan descarado. Decidí no volver a pensar en eso y, sobre todo, no mencionarlo.

Cuando me estaba secando las lágrimas oí que tocaban la campana de la puerta y adiviné que sería el señor Peebles, el suplente. Creo que no se dio cuenta de que había llorado, y, si lo hizo, se mostró tan educado y respetuoso como siempre, hasta me sonrió con esa expresión bondadosa y feliz. Le ofrecí una taza de té bastante pasado y estuvimos hablando un rato en la cocina, pero justo cuando nos empezamos a reír me acordé del desayuno de mi padre. El señor Peebles se ofreció a ayudarme, pero le dije que se fuera con los animales. Me sentí mucho mejor después de haberme reído y haber charlado un poco con alguien amable.

Vinieron los decoradores y la habitación de mi madre se volvió toda rosa, con unas cortinas rosas; la jofaina también era rosa y en la jarra había un ramo de rosas. Pensé cuánto le habría gustado a mi madre, pero casi me pareció como si nunca hubiera existido. Su dormitorio ahora era el dormitorio de la señorita Fisher.

Era horroroso tener a la señorita Rosa Fisher y a la señora Churchill juntas en la casa, porque no paraban de pelearse. Aunque yo le tenía mucho cariño a la señora Churchill, me alegré de que se marchara, para no oír los insultos que se decían a gritos de una habitación a otra y los silencios que casi daban escalofríos. Se fue con los ojos llenos de lágrimas. Me dio su dirección, escrita a lápiz en un sobre malva, por si necesitaba ayuda: «Porque parece que no tienes un solo amigo en el mundo. ¡Pobrecita mía!».

Pero la señora Churchill no era mi única amiga. El señor Peebles también era mi amigo. Y el día que se marchó me dijo que le gustaría seguir siéndolo. Pensé que era

una fórmula de cortesía, pero a los pocos días llamó a la puerta para invitarme a pasear en poni el domingo siguiente y, aunque yo sabía que mi padre me mataría si llegaba a enterarse, acepté la invitación. Acordamos vernos en la puerta de La Trompeta, porque era allí donde se alquilaban el carro y el poni, pero cuando se fue me arrepentí de haber elegido un lugar tan público. La verdad es que me daba pánico cada vez que pensaba en el domingo. Tenía la sensación de que los días pasaban más deprisa de lo normal, y el domingo llegó muy pronto.

Era un día de octubre muy luminoso. Hacía casi tanto calor como en verano y todo parecía estar a mi favor. Nadie se dio cuenta de que adelanté el reloj de la cocina un cuarto de hora para comer más temprano. Rosa Fisher a veces me ayudaba en la cocina, aunque normalmente se pasaba la mañana leyendo el *News of the World*, y, en cuanto la comida estaba lista, se la llevaba a su habitación rosa para seguir leyendo mientras descansaba. Lavé solo la mitad de las cosas y escondí las demás en el horno. Subí a mi habitación con mucho sigilo para cambiarme. La madre de Lucy me había hecho un vestido de sarga negro cuando murió mi madre, y tenía una chaquetita negra que hacía juego. Era un atuendo bastante lúgubre, pero muy bien cortado, y realzaba mi pelo rubio. Me vestí y bajé sin hacer ruido, pero, al pasar por delante del comedor, mi padre me llamó: «¡Alice!», y pensé que mi deliciosa tarde se había acabado. Asomé solo la cabeza, para que no viese que me había vestido. Estaba en la butaca de piel, con un aire muy taciturno, mordiéndose el bigote y mirando el acebo sucio por la ventana. Iba a escabullirme, porque me pareció que ya se había olvidado de mí, pero volvió la cabeza despacio.

—¿Adónde vas? —me preguntó con voz categórica. No tuve más remedio que mentir, así que crucé los dedos (porque se supone que si cruzas los dedos no es tan grave).

—Solo a dar una vuelta... con Lucy, espero, si la encuentro en casa.

Volvió la vista a la ventana y me dijo entre dientes que estuviera de vuelta a las cuatro y media, para preparar la cena. De buenas a primeras, me miró y me gritó:

—¡Me trae sin cuidado lo que hagas! ¡Lárgate de una vez!

Me fui. Salí corriendo y me sentí como si bailara por las calles. Cuando llegué a La Trompeta el carro ya estaba en la puerta, y el señor Peebles hablando con el mozo de cuadras. Me ayudó a subir al carro, me envolvió con una manta, a pesar de que hacía calor, y nos pusimos camino de Wimbledon Common. Veía la cabeza de la gente desde arriba, y las ancas redondeadas del caballo delante, con una cola preciosa, negra y larga, colgando del centro. Íbamos tan deprisa que tenía que sujetarme el sombrero, y me acordé de que una vez, hacía años, había dado una vuelta por esos mismos alrededores. Siempre había viajado en tranvías y en coches cerrados, pero nunca en un carro abierto, y no paraba de decirle al señor Peebles lo agradable que me parecía. De pronto me asusté y pensé que no estaba bien manifestar

tanto placer en presencia de alguien que era casi un desconocido. Continuamos el paseo en silencio, pero estábamos los dos muy contentos.

Cuando llegamos al Common fuimos hasta el molino, dejamos allí el carro y merendamos en la ladera de un bosque. El señor Peebles se había esmerado mucho con la merienda. Llevaba sándwiches de pepino, unas galletitas heladas, un hervidor y un hornillo de alcohol. Al ver el hervidor me entraron ganas de encender una hoguera, pero él dijo que estaba prohibido. Usamos alcohol de metileno y no violamos ninguna ley, más que la que me obligaba a volver a casa a las cuatro y media. Merendamos la mar de a gusto, y el señor Peebles me pidió que lo llamara por su nombre de pila, que era Henry; me eché a reír y le dije que yo le había puesto otro nombre: Ojitos; así que ahora lo llamaría Henry Ojitos. Se ofendió bastante, aunque al final también se rió; pero comprendí que había sido una grosería de mi parte, y me sentí culpable porque llevaba toda la tarde pensando: «¡Qué contenta estoy! La lástima es que no estoy con un hombre apuesto y romántico, que estoy con el pobre Ojitos, que es tan soso y parece la corteza de un árbol, con su chaqueta de tweed y sus botones de cuero». La verdad es que no era soso —decía cosas muy interesantes—, pero tenía la cara redonda y los ojos también redondos, y no paraba de parpadear.

Mientras merendábamos oímos un pájaro carpintero, el primero que yo oía en mi vida, y muchos graznidos en los árboles, de unos pájaros con las plumas anaranjadas, más grandes que las palomas, que a veces echaban a volar. Ojitos dijo que eran arrendajos y que hacían mucho daño, pero a mí me parecieron preciosos. Vi uno dando brincos y bailando encima de una tapia. Yo ya había estado en Wimbledon Common, pero nunca lo había pasado tan bien. Ojitos conocía los mejores sitios, los menos frecuentados. Paseamos por un bosque donde las hojas empezaban a cambiar de color. Varios jinetes nos adelantaron al galope, y vimos una culebra dormida y reluciente bajo el sol (culebrilla de cristal, se llamaba). Llegamos a un riachuelo de orillas altas, decoradas con acederas de un color oxidado y de laureles de san Antonio que casi parecían cardos. Aunque el agua corría muy deprisa, estaba un poco turbia, y allí no había ni plantas acuáticas, ni peces, ni vida de ninguna clase. Ojitos me explicó que estaba contaminada por las fábricas. Noté que los pájaros empezaban a hacer esos ruidos que hacen al caer la tarde, y de pronto sentí frío. Me acordé de casa. Volvimos rápidamente al carro, que habíamos dejado debajo de los árboles, con el poni de color ceniza. Cuando llegamos al molino, la mayoría de los carruajes y los coches a motor ya se habían ido, y el chico que se había quedado cuidando del poni parecía muy disgustado, hasta que Ojitos le dio seis peniques y las galletas que no nos habíamos comido. Yo le di al poni el pan de los sándwiches, sin el pepino.

El viaje de vuelta no me gustó tanto, porque tenía miedo de que mi padre me hiciese algo horrible. Me imaginé que empezaba a darme patadas hasta que me salía chepa, o que me destrozaba la cara. Ojitos estaba bastante preocupado y quería

acompañarme a casa, pero yo sabía que sería peor, y no quería verme humillada en su presencia.

Al despedirnos, en La Trompeta, me dijo que iba estar una o dos semanas fuera de Londres, pero que pasaría a verme en cuanto regresara. Aunque no fuese guapo, me alegró sentir que no estaba completamente sola.

Encontré la casa oscura y vacía. Encendí la luz del vestíbulo, y el loro empezó a chillar y a reírse, los perros a ladrar y los gatos a maullar, y fue como si la casa cobrara vida. En la cocina había una bandeja con platos sucios. Toqué la tetera y vi que estaba fría, así que deduje que hacía un buen rato que se habían ido y pensé que estaba a salvo. Sentí como si me quitaran un peso enorme de encima. Me apresuré a cerrar las cortinas y vi a Ojitos en la acera de enfrente, mirando la casa. Me sonrió y lo saludé con la mano.

Capítulo VII

Cuando me quedaba sola en casa con Rosa Fisher nos llevábamos bastante bien, aunque me obligaba a hacer la mayor parte de las tareas. Ella se sentaba a la mesa de la cocina enseñando las piernas bonitas y duras, y me miraba mientras yo trabajaba. Al principio me hablaba con ese acento tan fino y torturado, pero pronto soltaba una carcajada y se le formaban arrugas alrededor de los ojos. Su conversación era, en general, lo que se entiende por subida de tono pero, cuando decía algo pasmoso, como: «¡Ay, cuánto me gustan unos labios carnosos!», de pronto le cambiaba la cara por completo, se convertía en la de un payaso triste, y se lamentaba: «¡Qué dura ha sido mi vida!». Después se quejaba de no tener una salita de estar y de que la casa estaba «entregada a los malditos animales». Al loro ya lo habían desterrado al lavabo del piso de abajo, y, de puro aburrimiento, el pájaro había abierto en el suelo unos agujeros enormes, a picotazo limpio.

Cuando mi padre estaba en casa, Rosa me odiaba y me gritaba: «¡Quítate de mi vista, perra llorona!». Se afanaba en la cocina para preparar los platos que le gustaban a mi padre, como chuletas de ternera con champiñones y otros que a mi madre jamás se le habrían ocurrido. Olían de maravilla, pero nunca me dejaban probarlos. Ellos comían en el comedor y yo tenía que prepararme cualquier cosa y comer en la cocina. Cada vez me parecía más a una criada, y creo que mi padre estaba un poco preocupado. Un día me vio de rodillas en el suelo del vestíbulo, encerándolo, y me dijo: «¡Levántate! ¡No te arrodilles nunca, chica... como no sea para rezar!».

Veía muy poco a Lucy, porque estábamos las dos muy ocupadas. Ella ya era aprendiz en la sastrería de Bayswater y, aunque se quedaba libre a última hora de la tarde, yo entonces estaba lavando un increíble montón de platos y de cacharros que Rosa se las había ingeniado para ensuciar. De vez en cuando nos veíamos los domingos por la tarde y salíamos a pasear por Clapham Common. Los jóvenes querían hablar con nosotras, pero como casi siempre tenían los dientes picados, y una cara horrible que asomaba por debajo de las gorras de paño, nosotras los despreciábamos y seguíamos adelante, dando puntapiés a las hojas caídas. Aunque teníamos las dos diecisiete años, Lucy me había adelantado de repente. Me contaba historias de las chicas del taller de costura y, a pesar de que no las oía ni podía hablar con ellas, por lo visto se enteraba de todo lo que pasaba allí, y hablaba de ellas con mucha complicidad, de una manera casi ordinaria, que a mí me escandalizaba.

—Nuestra encargada, la señorita Burt, se cree que es la marquesa de Carabás. Tendrías que verla cómo entra en el taller, sacando pecho, como si fuera un cisne. Y el ascensorista, ¡ay, menudo fresco está hecho! Se agacha para mirar por debajo de las faldas cuando las chicas suben las escaleras. A mí todavía no me ha mirado, pero es que yo no subo mucho al piso de arriba, porque el taller está en el sótano. Muchas

de las costureras son inválidas. Llegan por la mañana con unas muletas enormes, como brujas montadas en sus escobas. La verdad es que yo prefiero mil veces ser sorda que coja.

Le hablé del señor Peebles, y hasta le dije que era casi apuesto, pero a Lucy no le impresionó lo más mínimo y me dijo que debía buscar trabajo fuera de casa, para ampliar mis horizontes. La verdad es que Rosa Fisher estaba ampliando mis horizontes a base de bien, y a mí no me hacía gracia, pero sí tenía ganas de irme de casa. A veces mi vida me parecía tan triste y sin esperanza que intentaba imaginarme en otro mundo. En esos momentos, los monótonos cacharros de la cocina se convertían en grandes flores exóticas, de repente me encontraba en una especie de jungla, y, cuando el loro decía algo desde el lavabo que ahora era su prisión, no era el loro, sino un pavo real. Veía unas hojas enormes, casi negras, perfiladas contra un cielo cegador, y los rayos del sol las atravesaban como espadas de oro; yo extendía las manos y sentía su tibieza. Me llegaba el olor de las flores, muy parecido al de las peonías, y también el olor a tierra mojada, a tierra desconocida.

Hasta que Rosa me pedía carbón, o que encendiera el gas. Entonces regresaba a la cocina, que estaba casi a oscuras, y olía a velas apagadas de un soplado.

Un día, cuando mi padre salió, Rosa me llamó al verme pasar por delante de la puerta del comedor, que no estaba cerrada.

—Ven a hablar conmigo, querida —me dijo. Entré y vi que había roto el cráneo del mono, con su mandíbula completa. Estaba hecho añicos en la chimenea. Vio que lo miraba y se echó a reír—. ¿No irás a reprochármelo? —gritó de pronto—. ¿Quién quiere ver el cráneo de un mono sonriendo a todas horas? Ayer le dije a tu padre lo que podía hacer con él, y no le gustó nada —soltó una carcajada—. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad, querida? ¡Ay, qué casa ésta!... ¡Con loros en el lavabo y cráneos de monos en el comedor! Y para colmo esa alfombra. No es más que la piel de un perro viejo. —Cambió de voz, y se puso «fina»—: Pero, ahora en serio, querida, quiero hablar contigo. ¿Sabes que tienes un admirador, un caballero?

Creí que iba a referirse al señor Peebles, pero era alguien muy distinto.

—El jefe de camareros del hotel Clarence. Es encantador... seguro que te gusta. Me sirvió un brandy doble y no paró de hablar de ti. Te ha visto con los perros y le pareces una monada. Dice que le gustan las chicas delgadas, pero admira sobre todo tu pelo. ¡Madre mía, qué cosas tiene! —Hizo un círculo con los ojos y volvió a reírse—. Bueno, qué, ¿no te interesa?

No me interesaba, solo tenía miedo. Rosa me hablaba a diario de mi admirador, el jefe de camareros, y yo lo aborrecía cada día más. Me apresuraba todo lo posible cuando sacaba a los perros. Y un buen día apareció el admirador. Lo reconocí nada más verlo, escondido detrás de un buzón. Llevaba una librea verde, horrorosa, y el pelo negro brillantado, sin sombrero. Ni siquiera parecía un camarero. Parecía más

bien un ascensorista, tal como yo lo había imaginado cuando Lucy me habló del hombre que miraba a las chicas por debajo de las faldas. Vi que me sonreía y salía a mi encuentro. Eché a correr y lo oí reírse. Logré escapar, aunque me enredé con las correas de los perros, y cuando volví la cabeza ya no estaba. De todos modos, me pareció seguir oyendo su risa. A raíz de esto le pedí a Hank que sacase a los perros, y aunque algunos días lo arrastraban y volvía con las rodillas llenas de sangre, no cambié de opinión. A veces me sentía cruel al ver al pobre chiquillo bajando la cuesta zarandeado por los tirones que daban los perros.

Cuando Rosa volvió a hablarme del jefe de camareros, que tenía un nombre horroroso, Cuthbert («Aunque quiere que tú lo llames Bertie»), le dije que estaba segura de que lo había visto vestido de librea y que me había parecido repulsivo. Pero ella se rió.

—Es el jefe de camareros. Él mismo me lo dijo, y hablamos mucho de vinos y esas cosas. Tienes mucha suerte, porque es todo un caballero. La verdad es que intenté seducirlo, pero eres tú quien le interesa. Supongo que le gustan las jovencitas, claro que tú eres muy guapa. Tendrías que arreglarte un poco y rizarte el pelo. Podíamos probar un día con mis tenacillas. —Al cabo de un rato mi padre volvió a casa y Rosa se olvidó del repugnante Cuthbert; al menos nunca hablaba de él delante de mi padre.

Una mañana Henry Peebles vino a ver a mi padre, para invitarlo a dar una charla a unos estudiantes de veterinaria. Muchas veces decía que mi padre era el mejor veterinario con el que había trabajado, y yo veía que, aunque no lo admiraba como hombre, sí admiraba su trabajo. Me sorprendió ver cómo se iluminaba el rostro oscuro y tosco de mi padre, y lo animado que parecía mientras discutían los detalles.

Yo estaba dando de comer a una camada de cachorros de setter irlandés. Tenía que poner un plato de leche a cada uno de los diez cachorros, para asegurarme de que recibían la cantidad exacta. La tarea llevaba su tiempo, porque apenas estaban aprendiendo a lamer, y a veces la leche se enfriaba y había que volver a calentarla, pero era adorable ver cómo se sostenían, con las patitas todavía muy frágiles, y cómo se lamían la leche del hocico los unos a los otros. Ojitos y mi padre examinaron a los cachorros y les palparon las articulaciones para comprobar que no tenían raquitismo. Ojitos dijo que solo se quedaría unas horas en Londres y le preguntó a mi padre si podía llevarme al zoo. Dijo que allí aprendería muchas cosas. A mi padre le pareció bien. Estaba tan contento que habría aceptado cualquier cosa, y subí corriendo a vestirme. Temía que cambiase de opinión y de pronto dijera que no me dejaba, pero cuando volví seguía charlando con Ojitos, muy animado.

Rosa se había unido a ellos. Noté que estaba muy enfadada porque yo iba a salir.

—¿Y qué pasa con la compra? Todavía no ha ido a la compra —dijo.

—Tendrás que ir tú, por una vez —replicó mi padre. Ella empezó a soltar

maldiciones en presencia de Ojitos, y mi padre volvió a enfadarse y me gritó—: Bueno, si vas a irte, date prisa.

Rosa entró en la clínica y cerró de un portazo. El loro empezó a chillar. Seguía chillando cuando bajábamos la cuesta a paso ligero.

—¿De verdad quieres ir al zoo? —le pregunté—. Se parece demasiado a mi casa. —Ojitos dijo que lo había propuesto porque sabía que a mi padre le gustaría, pero que podíamos hacer lo que yo quisiera—. Preferiría comer en un restaurante bonito y ver tiendas. —Y eso hicimos. Creo que a él no le hizo mucha gracia, pero parecía un hombre muy poco egoísta y se conformó.

Cruzamos el río y todo era precioso, aunque no había jardineras ni macetas con flores en las ventanas y tampoco persianas. Fuimos a los almacenes Harrods, y un hombre con muchas medallas nos abrió la puerta. Pisamos sobre alfombras que eran como el musgo del bosque del que me hablaba mi madre. Subimos en un ascensor, muy deprisa, y tuve la sensación de que se me descolocaban las tripas; si no hubiera sido porque había otras personas, me habría sentido como si estuviera volando. Vimos telas brillantes y sombreros maravillosos, unos anchísimos y otros con la copa muy alta, con plumas y lazos de terciopelo, para que pareciesen más altos todavía. Había abrigos de piel que costaban cien libras, y en otra sección abrigos de paño, muy estrechos por abajo y con las mangas amplias y caídas. También había un departamento de muebles, y me senté en algunas sillas. Entendí por qué Rosa se quejaba de nuestro comedor. Ojitos quería comprarme cosas —guantes largos y un cofre de terciopelo verde, bordado con unas tijeras en forma de cigüeña, con las hojas de las tijeras haciendo las veces de picos—, pero yo no quise aceptarlas, por si eso significaba que luego tendría que casarme con él. En el departamento de artículos de escritorio había plumas estilográficas con lápices a juego, y no fui capaz de resistirme. Siempre había querido una pluma, aunque no tuviese a quién escribir, pero me pareció que por ella bien valía la pena correr el riesgo de casarme con Ojitos. Me dejaron probar varias plumas, para que eligiera la que más me gustase. Escribí: «Alice, Alice, Alice», con letras muy grandes, y elegí la de trazo más fino, porque vi que podía hacer unas volutas y unas florituras maravillosas. Ojitos cogió entonces una pluma y escribió: «Alice Peebles», con una caligrafía muy firme, y nos quedamos mirándonos hasta que la dependienta nos preguntó con impaciencia: «Bueno, ¿han encontrado ya alguna que les guste?».

Comimos en un hotel, muy cerca de Harrods. Era un sitio muy elegante, pero me decepcionó un poco que la mayoría de los comensales fuesen personas bastante mayores, gordas y de mediana edad. Yo esperaba ver gente joven y guapa, o, mejor dicho, gente mala: mujeres con sombreros enormes y los ojos pintados de negro y hombres con monóculos. Los camareros eran muy educados. Había uno muy grande, barrigudo y con la espalda muy recta. Ojitos dijo que era el jefe de camareros. A mí

me dio terror y casi no pude tragar nada más; por suerte ya casi habíamos terminado de comer. No paraba de pensar que el camarero me observaba, con unos párpados muy gruesos. Mientras tomábamos el café en unas tazas con el borde dorado, le hablé a Ojitos del espantoso admirador con el que Rosa intentaba emparejarme. Me di cuenta de que se disgustaba, y sentí mucho haberlo mencionado. Su expresión bondadosa se convirtió en un mohín y en un gesto de preocupación. Estuvimos en silencio unos minutos, hasta que dijo:

—Me temo que Rosa es una mujer muy peligrosa y muy mala, y no me gusta que esté cerca de ti. —Parpadeó con tristeza—. Pase lo que pase, no aceptes conocer a ese hombre, a ese camarero. Ojalá no tuviera que salir de Londres, pero tengo que ir a Hampshire sin falta. Mi madre no se encuentra bien últimamente; al parecer ha despedido a la mujer que se ocupaba de la casa y le hacía compañía, y me he comprometido a cuidar de ella. Vive sola, y eso es lo peor que le puede pasar. —Miró su reloj. Vio que estaba a punto de perder el tren, y me arrepentí de haberle estropeado la comida. Antes de despedirnos me dio la dirección de su madre y me dijo que le escribiera si pasaba cualquier cosa—. Tal vez quieras escribir de todos modos; puedes hacerlo con tu pluma nueva —añadió. Y le prometí que escribiría. Era lo menos que podía hacer.

Nos despedimos, crucé el río y volví a casa. Esa noche me corté un poco el pelo para hacerme un flequillo. Intenté estrechar el bajo del abrigo, pero no lo conseguí.

Capítulo VIII

Era una mañana de domingo, y la gente mayor pasaba a mi lado como olas tristes y grises camino de la iglesia. Las calles olían a la carne asada que preparaban las madres, y las aceras estaban húmedas y cubiertas de hojas pisoteadas. Había un perro en la calle, ladrando a la nada. Al acercarme, me ladró a mí, hasta que un hombre le tiró una piedra y se fue corriendo y aullando. Yo volvía de probarme mi traje nuevo, uno gris, muy bonito, con un ribete trenzado y la falda con mucho vuelo por detrás, casi como una cola. Fue Rosa quien convenció a mi padre de que necesitaba ropa nueva. La madre de Lucy me la estaba haciendo. Me gustaba ir a probarme en domingo, porque Lucy estaba en casa. Se sentaba en el taburete del piano y se ponía a girar mientras hablaba con las manos. Yo no podía decir nada, porque tenía que estarme quieta mientras su madre daba vueltas con los alfileres en la boca. A Lucy le gustó mucho mi flequillo y a mí su peinado, que parecía un llamador: una doble trenza recogida en la cabeza con un lazo negro y enorme. Una vez, cuando me acompañó a la puerta, me enseñó un libro que parecía un álbum de autógrafos. Me explicó que, si te frotabas la cara con las hojas, desprendían un polvillo que mejoraba mucho el cutis. Lucy siempre había tenido un tono de piel verdoso. Ahora tenía la piel blanca, pero yo pensé que la prefería verde.

Cuando volví a casa, Rosa y mi padre estaban bebiendo oporto en el comedor. El guiso de ternera que estaba al fuego casi se había secado y las zanahorias se habían pegado al fondo de la cazuela. Añadí más agua y unas bolas de masa de harina. Las bolas se hincharon, se hicieron muy grandes y empezaron a bailar en la salsa hirviendo, y la cocina se llenó de vapor. El agua caía por las ventanas como si estuviese lloviendo por dentro. Empezó a parecerme que oía llover. Luego me pareció ver la lluvia, y fue como si llegara una inundación, como si todo se llenara de agua gris plateada y yo estuviera flotando. Llegué a una montaña de agua muy oscura y, al alcanzar la cima, la montaña se convirtió en un jardín acuático donde todo brillaba. Aunque el agua corría con mucha fuerza, siempre trazaba las mismas formas, unas formas preciosas, y había fuentes, árboles y flores resplandecientes como masas de hielo en movimiento. Me pareció de una belleza increíble y me sentí privilegiada de poder verlo. Entonces llegaron unos pájaros enormes que volaban muy despacio y también eran de agua. A veces las nubes los ocultaban, pero al cabo de un rato aparecían de nuevo, muy orgullosos, siguiendo cada uno su propia ruta. Este mundo de ensueño no duró demasiado, porque la neblina lo fue borrando poco a poco; algo me estaba haciendo daño en la cabeza. No sé cómo, me caí en el suelo de la cocina y me di un golpe contra el cubo del carbón. Me manché el pelo, aunque por lo demás todo volvía a ser como antes de ver el jardín acuático: el guiso de ternera y el vapor; y oí las voces de Rosa y de mi padre a través de la pared.

Mi traje estaba listo y fui a recogerlo. Me lo dieron en una caja muy elegante que Lucy se había llevado a hurtadillas del taller de costura. Me lo probé en mi dormitorio. Me subí a una silla para ver bien la falda en el espejo, que era diminuto, y comprobé que era muy amplia, que flotaba alrededor de mis tobillos y era un poco más larga por detrás. Entonces me acordé de que en alguna parte había leído algo sobre las faldas cojas, y me dio mucha pena. Me ceñí la falda a las piernas, pero no quedaba bien. Un día Rosa me dijo que no tenía suficientes pantorrillas, y que a los caballeros les gustaban unas buenas pantorrillas. Y pensé: «Que se vayan al diablo los caballeros; nunca he visto a ninguno que me gustara».

Bajé de la silla y fui corriendo a enseñarle a Rosa cómo me quedaba el traje. Pellizcó la tela, tiró de ella y la palpó con el pulgar y el índice.

—Estás muy guapa, aunque yo habría preferido una tela más elegante —dijo. Luego anunció que al día siguiente me llevaría a tomar el té a un local nuevo que acababan de abrir en High Street, donde servían unos dulces que llamaban repostería, y los clientes eran damas y caballeros muy finos—. Te va a sorprender mucho la gente que va allí. —De pronto se echó a reír y empezó a mover los ojos y a decirme que era «graciosísima», aunque yo no había abierto la boca.

Me sentí bastante boba y, al salir, me encontré con mi padre en el vestíbulo. Como no me lo esperaba, lo vi con mucha claridad: no era tan grande como a mí me parecía; tenía un tamaño bastante normal, y las mejillas caídas, bastante cetrinas y tristes. Solo el bigote seguía siendo el de siempre: negro, feroz y con las puntas tiesas. Al verme, señaló con la cabeza hacia el comedor.

—¿Está Rosa ahí? —preguntó.

Y entró cuando le dije que sí. Oí voces airadas. Me enteré de que mi padre estaba enfadado porque Rosa había salido a comer con otro «caballero», un «viajante encantador al que conozco desde hace mucho tiempo». Cuando me habló del viajante, me lo imaginé vestido con un capote enorme, con olor a trenes y un sombrero de piel de venado, cargado con un montón de baúles de cuero; pero no era de esa clase de viajeros, ni mucho menos: era un hombre que llevaba una maleta con aceite capilar e intentaba vendérselo a los boticarios. Me quedé en mi dormitorio hasta que cesó la disputa. Luego fui a hacerle compañía al loro, al lavabo del piso de abajo, porque el pobre seguía allí como si lo hubiesen clavado. La casa estuvo un rato en silencio, hasta que mi padre y Rosa aparecieron muy arreglados, anunciaron que salían y me dijeron lo que tenía que hacer en su ausencia.

Capítulo IX

Rosa cumplió su promesa y me llevó a tomar el té, a pesar de que los cachorros de setter no paraban de aullar y el pequeño Hank no era capaz de hacerse con ellos. Me sentí muy culpable por dejarlo solo. Teníamos también un pato agonizante, porque había comido semillas de laburno y necesitaba muchos cuidados; no había manera de aplacar su sed. Entré en la clínica para darle a Hank las últimas instrucciones. Me miró y, al ver mi traje nuevo, exclamó: «¡Ay, señorita!», y hasta los cachorros se callaron un momento. Rosa estaba en la puerta.

—¡Date prisa! —gritó—. Olvídate de esos bichos.

Cuando cruzamos la verja de hierro oxidada apareció una niña con un gato en una bolsa. La cabeza del gato indignado asomaba por el borde de la bolsa, y el animal gemía como un bebé. Me paré para esperar a la niña, pero Rosa me pellizcó en el brazo.

—Vamos, por Dios. Estoy harta de todo esto —dijo. Y dejamos a la niña plantada. Me volví a mirar por encima del hombro y la vi en la puerta, hablando con Hank. Supe que mi padre se enfadaría. Podía tratarse de una emergencia que necesitaba una atención inmediata. Una vez alguien vino corriendo con un gato enloquecido dentro de una bolsa. Habían estado a punto de asarlo en el horno, por un descuido. Le pedí a Rosa que me dejase volver, y le conté lo del gato asado, pero me contestó con mucha impaciencia—: ¡Déjate de tonterías! ¿Es que nunca quieres divertirte un poco? ¡Mira que eres agonías! —dijo. Y seguimos adelante.

Llegamos a High Street. La calle estaba llena de gente que iba de compras con muchas prisas, en todas las direcciones. Las niñas llevaban los sombreros calados hasta las cejas y el pelo ondulado flotando al viento, y los niños, paliduchos, iban comiendo manzanas de caramelo y arrastrando las puntas de las botas por el suelo. Quise pararme a mirar el escaparate de una floristería, pero Rosa me metió prisa, como si fuésemos a perder un tren. Había una sombrerería fascinante, con pelucas maravillosas y maniquíes de cera, hombres y mujeres que se sonreían como alelados y que parecían de otro mundo, pero Rosa tampoco me dejó mirar las caras inocentes y sosas de los maniquíes y las pelucas que parecían hongos. Un olor a pan recién hecho y caliente se me metió por debajo de las faldas a través de una rejilla que había en la acera; habíamos llegado al salón de té. En el escaparate había una tarta nupcial de siete pisos, decorada con una cubierta blanca y plateada, con palomas, flores y zapatitos de plata. Y pensé: «Si los hombres fueran como los héroes de los libros, ¡qué maravilloso sería casarse y tener una tarta tan bonita!». Rosa también miró la tarta con añoranza.

—Seguro que, si me casara con tu padre, nunca me compraría una tarta nupcial, porque es viudo y esas cosas. —Y puso cara de payaso triste, hasta que entramos en

el salón. Entonces empezó a sonreír y a girar los ojos.

No era ni mucho menos tan lujoso como el restaurante del hotel al que me había llevado Ojitos, pero era bonito y limpio, y el mantel estaba almidonado y blanquísimo. Rosa no paraba de decir lo elegante que era todo, de admirar la tetera de plata y los tenedores pequeños que nos dieron para comer eso que llamaban repostería. Se había olvidado de su impaciencia, y de pronto parecía muy contenta y no dejaba de llamarme «querida».

—Perdóname, querida, si me he impacientado un poco contigo, pero es que me parecía que se nos iba la tarde y tenía muchas ganas de darte un capricho —dijo. Me sentí bastante bruta y desagradecida, y traté de animarme. Dije que me encantaban los cuernos de crema, aunque la masa se me pegaba en la garganta.

Un gato enorme, atigrado, se sentó a mi lado en una silla, y le acaricié la cabeza en forma de bala. Estaba atenta a su ronroneo, débil y ronco, cuando oí que Rosa decía:

—¡Vaya! ¡Pero si es el señor Cuthbert! ¡Qué sorpresa! ¿Quiere sentarse a tomar una taza de té con nosotras? Ésta es mi amiga, Alice. —Y allí estaba ese hombre tan descarado, con el pelo embadurnado de brillantina, al que yo había visto con una librea verde, solo que esta vez llevaba un traje azul marino, a rayas. Me arrebató la mano, la sacudió con fuerza y de repente la rozó con los labios. Rosa empezó a reírse a carcajadas. Todo el mundo nos estaba mirando. Aparté la mano y noté que me ponía como un tomate y se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Eres tímida, no hay duda! —exclamó el aterrador Cuthbert.

Soporté varios minutos la conversación del desconocido, pero, al notar que me acariciaba el muslo, me levanté y le dije a Rosa que quería irme a casa. Al principio se enfadó conmigo. Luego intercambió una mirada con Cuthbert y se tranquilizó.

—Muy bien, querida, como quieras. Podemos ir todos juntos —dijo. Y salimos del salón de té.

Echamos a andar por High Street. Yo iba cabizbaja y avergonzada, como prisionera entre Rosa y aquel hombre repugnante. Cuthbert me pellizcó un brazo.

—Eres tímida, ¿eh? —volvió a decir. Yo no era tímida, solo tenía vergüenza. Entramos en otra calle muy concurrida.

—¿Por qué no echamos un vistazo al hotel donde trabaja el señor Cuthbert? —propuso Rosa.

Llegamos a la puerta de un bar grande, pintado de marrón oscuro. Una arcada recorría la mitad del edificio hasta unos establos. Las ventanas estaban cubiertas por una malla de alambre muy bonita, con carteles dorados que indicaban: «Aseos», «Comedor» y «Salón». Pasamos por debajo de la arcada.

—¿Por qué venimos aquí? —pregunté—. Quiero irme a casa.

—Espera un momento, querida —dijo Cuthbert—. Solo quiero enseñarte a la

cotorra. Tiene los ojos muy azules y es una parlanchina muy graciosa. —Temí que fuese a ocurrir algo terrible, pero entramos en un patio tranquilo, rodeado de establos, y vi un caballo de aspecto amable que asomaba la cabeza gris por la puerta de la cuadra. Tenía la garganta seca y tirante y no podía articular palabra. Rosa me cogió de un brazo con mucha fuerza y Cuthbert del otro.

Llegamos a la jaula de la cotorra. Estaba dando brincos, como cualquier pájaro, y, aunque tenía los ojos azules, no dijo ni media palabra. Habíamos llegado al fondo del patio. Por una puerta abierta vi una cuadra donde guardaban las sillas de montar, y un fuego encendido. Nos quedamos delante de la jaula, en silencio. Cuthbert le ofreció a Rosa un cigarrillo y encendió una cerilla con los dientes, usando solo una mano. Rosa me soltó el brazo bruscamente, y estuve a punto de caerme al suelo, porque me temblaban las piernas. Casi no me di cuenta de cómo ocurría, pero Cuthbert me había arrastrado hasta la cuadra y estábamos allí los dos. Rosa se había ido. Intenté abrir la puerta y no pude.

Cuthbert se echó a reír.

—Vamos, no te andes con remilgos —dijo. De pronto vi su cara repugnante, muy cerca de la mía. Empezó a besarme y a arrancarme la ropa. Me tiró al suelo y nos quedamos allí enredados. Quise gritar, pero no me salía la voz. Entonces empecé a morderle en la cara hasta que noté el sabor de la sangre. Me dio un golpe en la cabeza, pero seguí mordiendo hasta que me vi libre. Dejó de tocarme y descubrí que podía gritar. Me tapó la boca con una mano y volví a morderle. Se levantó y empezó a darme patadas mientras yo seguía en el suelo, chillando con todas mis fuerzas—. ¡Calla, maldita idiota! —murmuró. Luego abrió la puerta y salió corriendo.

Me quedé en el suelo. Tenía tanto miedo que no podía moverme, pero él no volvió. Al final conseguí levantarme. Me dolía mucho la cabeza y me costaba enderezar la espalda; tenía un hombro dislocado. Me pareció que la oscuridad se llenaba de luces brillantes, como las chispas gigantescas de los fuegos artificiales. No noté el dolor hasta que empecé a andar, aunque tenía todo el cuerpo magullado. Estaba agotada y me sentía sucia. Busqué los guantes a tientas en la oscuridad: mi cinturón había desaparecido, y también una parte de mi blusa. Mientras buscaba los guantes empecé a recitar la tabla del doce, aunque nunca había llegado a aprenderla de memoria. Me acordé del colegio al que iba con Lucy. Había un seto de laurel muy cerca de la ventana, y un globo terráqueo que en realidad era una lata de galletas. Hasta me pareció notar el olor de los cuadernos y la tinta, y recordé el orgullo que sentí cuando aprendí a escribir el número ocho sin hacer un círculo más pequeño encima de otro un poco más grande, sino con un trazo retorcido, muy bonito.

Me llevé una mano a las mejillas. Las tenía acartonadas, manchadas de sangre seca de Cuthbert, y también tenía los labios hinchados. Me toqué los dientes, porque me dolían y creí que estaban rotos, pero seguían intactos y bien sujetos. Pensé: «No

tengo esperanza... no tengo la más mínima esperanza». Y las lágrimas lentas se mezclaron en mis mejillas con la sangre sucia. Me arrastré como pude y no sé cómo llegué a la calle. Las farolas estaban encendidas, iluminando mi desgracia, y al ver que la gente me miraba volví la cabeza hacia la pared y me oculté con el pelo. Había perdido el sombrero negro que llevaba, y me alegré, porque era de Rosa y seguramente estaría roto y aplastado.

Me quedé parada en la puerta de casa. Vi a mi padre a la luz del candil. Estaba de pie, junto al escritorio de fuelle, como gruñendo para sus adentros. No me atrevía a entrar en casa sucia y magullada y me quedé en la calle hasta que vi que Rosa entraba en la clínica, con su sonrisa radiante y falsa. Se acercó a la ventana. Quizá solo iba a cerrar las cortinas, pero me asusté y corrí a esconderme en la oscuridad. Anduve por callejuelas oscuras hasta que llegué a la calle donde vivía la señora Churchill. Me acordé de que había dicho que era mi amiga, y fui a su casa. Oí música dentro y pensé que debía de ser su Vera, tocando el piano. La música dejó de sonar cuando llamé a la puerta, y los perros empezaron a ladrar. La señora Churchill salió al recibidor oscuro y me hizo entrar en la casa. Me llevó a la salita, donde su hija Vera estaba sentada al piano, con una blusa rosa. Vera gritó al verme, y la señora Churchill exclamó: «¡Ay, Dios mío!». De repente noté humedad alrededor de la boca, me pareció que de mi garganta salí una especie de canto, y sentí que me caía.

Dijeron que me había desmayado. Me desperté acostada en un sofá rojo y clavé las uñas en los asientos. La señora Churchill me estaba lavando la cara con una toalla que desprendía un olor ácido, y Vera estaba a mi lado, con una taza de té. Los dos perros más gordos que había visto en mi vida estaban tumbados al lado de la chimenea, jadeando y arañando el suelo. Me tomé el té para complacerlas, aunque me costó mucho, porque al incorporarme me dolía la cabeza una barbaridad. Hacía mucho calor en la salita, y las dos eran muy cariñosas; hasta los perros tenían una expresión bondadosa. Les conté lo que había pasado con Rosa y el horroroso Cuthbert y la cotorra de ojos azules, aunque no me atreví a decirlo todo, porque me daba mucha vergüenza; por más que me bañase, nunca volvería a sentirme limpia. Me prestaron un camisón muy grande, de la señora Churchill, y me dejaron dormir en el sofá, debajo de unas mantas oscuras. Hacía mucho calor. Oía sus voces en la habitación contigua. Una vez oí gritar a un niño y pensé que sería el hijo de Vera; otra vez oí la voz profunda de «papá», que sonaba como si hablase a través de un bombín grasiento.

Por la noche me desperté flotando. Cuando empecé a elevarme, las mantas cayeron al suelo. No sentía nada debajo de mí, y tampoco encima, hasta que me acerqué al techo y me costó respirar. «Espero no romper la lámpara», pensé. La toqué con cuidado y noté en las manos algo muy ligero. Era la camisa de cristal, que se había roto. Me quedé suspendida en el aire, muy quieta, para no romper más cosas en

aquella salita abarrotada, y entonces sentí que empezaba a bajar muy despacio. Junté las manos sobre el pecho, me puse recta, y volví a quedarme tendida en el sofá. No me dio miedo; estaba muy tranquila y en paz. Por la mañana supe que no lo había soñado, porque las mantas estaban en el suelo, la camisa de la lámpara estaba rota y tenía las manos manchadas de yeso.

Capítulo X

Al día siguiente volví a casa de mi padre, pero la señora Churchill había ido antes que yo: Rosa se había marchado. Mi padre abrió la puerta. Volvió la cabeza al verme la cara magullada y entró en la clínica. Rosa ya no estaba acurrucada junto a la chimenea del comedor, protestando, riéndose y volviendo a protestar. Subí a su habitación. Todo seguía siendo rosa, pero la cama estaba deshecha y Rosa no estaba. Abrí el armario, con miedo a que estuviera allí y saliera dando un salto, pero estaba vacío; solo quedaba un lazo sucio y unas bolas antipolillas. Se había ido de verdad, aunque seguía notando su olor. Abrí la ventana para que entrase la tarde oscura. Oí un portazo en la entrada y supe que mi padre había salido y que estaba sola.

Pasaron los días. Intenté cuidar bien de mi padre, para que Rosa no volviera. La señora Churchill venía todas las mañanas, y volvimos a sentarnos en la cocina a tomar una taza de té, aunque ya no me hablaba de su jardín. Solo hablaba de la Navidad.

—Tienes que ver las novedades que he comprado, tienes que verlas. Y los vestidos que he hecho para las muñecas de las niñas. Al hijo de Vera vamos a regalarle una peonza, y a mi otro nieto unas esposas. De juguete, claro, pero así se acostumbrará a ellas. Nunca se sabe lo que puede pasar en la vida, ¿verdad?

Por lo visto siempre se reunían casi cincuenta personas en su casa, por Navidad, y a todos les daban de comer, de beber y un regalo. Yo pensé en lo tristes que eran las Navidades en mi casa, sin amigos, sin tarjetas de felicitación; al buzón únicamente llegaban unos calendarios enormes de propaganda de pienso ganadero y de medicamentos para los animales.

Escribí una carta a Ojitos. Aunque no era muy larga, tardé dos semanas en escribirla porque nunca había escrito ninguna, nunca había tenido a quién escribir. Le contaba que hacía buen tiempo para esa época del año, que los cachorros de setter se habían ido y que Rosa también se había marchado. Le contaba que había estado a punto de ocurrirme una desgracia en un establo, pero la señora Churchill decía que seguía siendo una buena chica, y aunque de noche tenía sueños muy desagradables, ya no eran tan frecuentes como al principio. Terminaba diciendo que estaba bien y que era su amiga. No era una carta larga, pero me costó mucho escribirla, y después me arrepentí de no haber suprimido la parte del establo y pensé: «Ahora ya no querrá que yo sea Alice Peebles».

Hacía la compra todas las mañanas y, aunque las calles estaban llenas de gente, me daba miedo encontrarme con Cuthbert. A veces me parecía verlo, y entraba corriendo en una tienda, con el estómago encogido y temblando de pies a cabeza, pero me asomaba a la puerta y no estaba. Supongo que eran imaginaciones mías. La señora Churchill dijo que mi padre había ido a quejarse al hotel donde trabajaba, y

que lo habían despedido, pero me preocupaba que no lo hubieran mandado suficientemente lejos.

Casi había oscurecido cuando salí a echar la carta de Ojitos. Me acordé del día que vi a Cuthbert vestido de verde detrás del buzón rojo, y decidí ir a otro buzón que estaba un poco más lejos. Me llevé a un perro blanco, para que me protegiese. Se lo habían dejado a mi padre, porque tenía las orejas levantadas como velas, en vez de dobladas a los lados de la cabeza. Le pusieron en las orejas unas pesas de plomo pegadas con cola de zapatero, y ahora le colgaban de una manera muy triste; el pobre perro no paraba de sacudir la cabeza y trataba de quitarse las pesas con las patas.

Alguien se me acercó en la penumbra. Noté el perfume de Rosa, y allí estaba, envuelta en el aire gris. Me rozó. Le vi la cara perfectamente y pensé: «Es como una negra blanca». Puso esa cara de payaso triste y me habló con su voz refinada, retorciendo las vocales.

—No sabía si volvería a verte, querida. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, y quería hablar contigo.

—No, no, no quiero hablar —grité, e intenté liberarme de los dedos que me sujetaban. Pero sabía que no podía escapar. El perro también debió de darse cuenta, porque se sentó a mis pies y sacudió las orejas.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a ese perro en las orejas? —murmuró Rosa. Enseguida se recompuso—: Sé que estarás un poco enfadada conmigo, querida. Pero ¿cómo iba yo a saber que el señor Cuthbert solo era un portero? De haberlo sabido no le habría dado esperanzas, pero me dijo que era jefe de camareros, y tengo que reconocer que entendía mucho de vinos. Nos engañó a las dos. Además estaba casado; tenía mujer e hijos en Birmingham, aunque a mí me dijo que estaba soltero y pensé que era un buen mozo para ti... ¡que te animaría un poco! —Movié la cabeza a un lado y a otro y se le formaron arrugas alrededor de los ojos—. Pero era muy divertido. ¿Viste cómo encendió las cerillas con los dientes?

Di media vuelta, pero volvió a agarrarme del brazo.

—No te vayas, Alice. Siento mucho lo que pasó. Mi intención era buena. ¿No podemos ser amigas, ahora que el señor Cuthbert ya no está? Dile a tu padre que me has visto y que volvemos a ser amigas. Dile que lo echo de menos y...

De repente empezó a toser con una tos ronca que le sacudía todo el cuerpo. No podía sujetarme los brazos y conseguí zafarme de ella. Me quedé quieta un momento. Luego eché a correr y la dejé en la penumbra, todavía tosiendo. Me avergoncé de dejarla así, indefensa y retorcida, pero tenía que huir. Cuando llegué a casa, los gritos del loro me saludaron desde el vestíbulo. Me acordé de cuando Rosa lo desterró al lavabo, y de lo abatido que estaba el pobre, picoteando el suelo hasta que lo llenó de agujeros. Cerré las cortinas del comedor, avivé el fuego, me quedé mirando la butaca en la que Rosa se sentaba a protestar y me alegré de verla vacía y de que ella

estuviera en la oscuridad, tosiendo sola.

No le conté a mi padre que me había encontrado con Rosa. De todos modos, casi nunca hablábamos, solo de vez en cuando, de los animales y de las comidas. A veces comíamos juntos sin decir una sola palabra, y cuando yo iba a la cocina a buscar el pudín, me ponía a hablar sola, de lo tensa y nerviosa que estaba. Hasta le hablaba al pudín. «Vamos, Postrecito de Manzana, ahora tenemos que comerte. Espero que sepas mejor de lo que aparentas. ¡Pero, bueno, Plato, no me sirves! ¿Sabes que tienes una desportilladura muy grande? Aquí hay uno mejor. Aunque ahora que te veo bien resulta que tienes mostaza seca. ¡Mira que eres granuja! Aquí estás, Bandeja, es hora de trabajar un poco para variar». Volvía al comedor y veía a mi padre recostado en la silla, mordiéndose el bigote y dando golpecitos con los dedos cuadrados encima de la mesa. Siempre se ponía la servilleta en el cuello, y la cara parecía muy amarilla en contraste con la servilleta blanca. Últimamente daba la impresión de que le había encogido la cara. La verdad es que había encogido todo él, y yo esperaba que no fuese por culpa de mis comidas.

Le conté a la señora Churchill que había visto a Rosa.

—¡Esa sinvergüenza! —dijo—. Seguro que quiere volver, ¿verdad? —Se puso a frotar el suelo de la cocina, muy enfadada, con gesto enardecido y fiero. Estaba arrodillada en un charco de agua sucia, con el volante de las bragas rosas asomando por debajo de las rodillas, musitando como para sus adentros—: No le dejarán volver a La Trompeta, y le está bien empleado: la gente ya sabe demasiadas cosas de ella. Tendrá que buscar trabajo al otro lado del río. ¡Adiós y hasta nunca! —Después sonrió mientras sumergía el cepillo en el cubo, antes de volver a enjabonarlo—. ¿Sabes que en el escaparate de una farmacia de Lavender Hill han puesto a Blancanieves y los siete enanitos? Es una preciosidad. ¡Imagínate el roce de la barba de un enanito! —Así nos olvidamos de Rosa y volvimos a centrarnos en las «novedades» navideñas.

Esa noche Lucy vino a verme. Mientras Rosa estuvo viviendo en casa, su madre no le dejaba venir, pero ahora venía a menudo, y nos sentábamos en la cocina a hojear libros de moda pasados de moda y a charlar con las manos. Oí que llamaban a la puerta, pero mi padre fue a abrir. Alguien entró en la clínica y la puerta se cerró.

Capítulo XI

Cuando terminé de desayunar fui al comedor a retirar los restos de los arenques ahumados de mi padre. El sol entraba por la ventana y se reflejaba en la repisa de la chimenea, donde antes estaba el cráneo del mono. Arrimé un tronco húmedo al fuego recién encendido. La madera chisporroteó, y una cochinilla echó a correr frenéticamente por la corteza humeante. Me daba pena dejar que se quemara y la recogí con una cuchara: era gris y bastante asquerosa. Subí la ventana con una mano y con la otra mano dejé la cochinilla en el alféizar; se arrastró dejando un pequeño reguero de té entre las semillas del plátano que se habían posado en la ventana. El aire invernal cortaba como un chuchillo y la calle estaba muy tranquila. Solo vi pasar a un par de mujeres pálidas, con bolsas de redecilla negras. Una hoja seca susurraba debajo de la verja. Pensé: «Son estas cosas pequeñas las que nunca se olvidan».

Oí chirriar el pomo de la puerta, y mi padre entró en el comedor. Me acerqué corriendo a la mesa para recoger los restos del desayuno, y me fulminó con la mirada.

—Si quieres tener la ventana abierta, ¿para qué narices enciendes el fuego? — Corrí a cerrar la ventana y, cuando estaba de espaldas, me dijo a gritos—: Te vas de aquí. Vivirás con la madre de Peebles. Lo acordamos anoche. Hoy mismo vendrá a hablar contigo.

Di media vuelta y me quedé mirándolo, atónita.

—Me voy —farfulló, y se fue dando un portazo. Minutos más tarde lo vi salir con el maletín en la mano y el bombín echado hacia atrás. La verja de acero se cerró con un chasquido metálico. Aunque no se hubiera ido, no me habría atrevido a preguntarle por qué me despachaba de ese modo.

Pasó la mañana y Henry Peebles no vino. Empecé a pensar que no era verdad, que al final no tendría que irme. Al principio me dio miedo dejar mi casa para vivir con una desconocida, pero enseguida me di cuenta de que en ninguna parte estaría peor que en casa. Si la señora Peebles era como su hijo, seguro que sería amable. Me pregunté dónde viviría y me acordé de la dirección que me había dado Ojitos: era en Hampshire, en una isla. Habría sido maravilloso que fuera en Gales, para poder ver la granja donde vivía mi madre. Yo había pintado un cuadro en mi imaginación de esa zona de Gales. Siempre era primavera y todo era muy verde; el sol centelleaba en las cascadas y en los tejados de pizarra húmeda; había montañas muy altas y cabras salvajes con unos cuernos enormes. Traté de imaginar la isla de la señora Peebles, pero apenas veía estampas de islas desiertas con palmeras, y Ojitos no tenía pinta de venir de un sitio así.

Por la tarde hice un bizcocho de pasas, pero, como tenía otras cosas en la cabeza, las pasas se quedaron en el fondo, el bizcocho se pegó al molde y al sacarlo se me rompió. Estaba contemplando el desastre cuando llegó Henry Peebles.

—¡Qué olor tan divino! —dijo—. ¡Huele a bizcocho de Navidad! —Y entró derecho en la cocina. Mientras fui a abrir la puerta el pobre bizcocho había sufrido aún más desgracias y ahora estaba partido por la mitad.

—¿Qué narices voy a hacer con un bizcocho así? —pregunté, muy enfadada.

—Solo se puede hacer una cosa —contestó Ojitos—. Comerlo antes de que se enfríe.

Preparé un poco de té y nos tomamos el bizcocho roto. Yo esperaba que dijese algo de lo de ir a casa de su madre, pero tardó mucho, no dijo nada hasta que casi nos hubimos comido el bizcocho entero, y ya empezaba a arrepentirme de haberme hecho ilusiones. Por fin anunció que iría a hacerle compañía a su madre. Tenía otras personas a su servicio, pero se ocupaban de la casa, no de hacerle compañía. Al parecer era una mujer un poco rara, ausente, y a veces estaba deprimida, pero mi presencia sería un aliciente para ella, nos cuidaríamos mutuamente y todo saldría de maravilla. Ojitos me lanzó una mirada radiante y parpadeó con sus ojos redondos, y yo dije que esperaba gustarle a su madre.

—Claro que le gustarás —exclamó—. Le encantarás. —Me acarició el brazo con mucha dulzura y comprendí que aún seguía queriendo que yo fuese Alice Peebles.

Cuando mi padre volvió a casa, no había nada para acompañar el té; solo los restos del bizcocho, amazacotado y frío.

Todo estaba arreglado. Me iría de casa en menos de una semana. Mi padre se volvió casi agradable conmigo, ahora que me marchaba: mi partida era un gran alivio para él. Seguramente yo le recordaba a mi madre y, además, no soportaba sentirse responsable de una persona a la que despreciaba. Yo pensaba muchas veces que debía de ser despreciable y mezquina, de lo contrario él no me trataría así. Otras veces sentía que su propia rabia se apoderaba de mí y me daban ganas de gritarle: «¡Eres tú quien es despreciable! Yo estaría muy bien lejos de aquí. ¡Maldito seas!». Pero, como es natural, nunca me atreví a decírselo. Seguro que es un pecado horrible maldecir a un padre, aunque también debía de serlo que un padre maldijera a su hija. Se mostraba impaciente y brusco, aunque también reflexivo y sensato, y a veces hasta me hablaba cuando comíamos juntos. Una vez, cuando estábamos comiendo hígado, me dijo de repente:

—Hará frío en el campo y tendrás que comprar ropa de abrigo... un abrigo, un vestido... qué sé yo... Dile a la señora Churchill que repase tus cosas y que haga una lista. Nada de negro. Yo no pago ropa de luto.

La señora Churchill se alegró mucho al saber la noticia. Por una parte me molestó —todo el mundo se alegraba de que me fuera—, pero sabía que se alegraba por mi bien.

—¡Qué bueno es el señor Peebles! —decía a todas horas—. Hasta me dan ganas de besarlo, fíjate lo que te digo. Es muy bueno, para ser un hombre. —Me reí al

imaginarme la sorpresa que se llevaría Ojitos si la señora Churchill le diera un beso y deseé que cumpliera su amenaza. Cada vez que Ojitos llamaba a la puerta, la señora Churchill lo recibía muy sonriente. Hasta mi padre parecía apreciarlo. Yo también, aunque a veces me agobiaba un poco, quizá porque no estaba acostumbrada a la amabilidad. Lo veía mirarme con esos ojos dulces y sentía que me ahogaba. Pero no paraba de decirme: «Tengo que estarle agradecida». Y entonces nos sentábamos en el envarado comedor, Ojitos amable y yo agradecida.

Me contó que iba a asociarse con un veterinario al otro lado del río, en un sitio que se llamaba Earl's Court^[1]. A pesar de su nombre, allí no había duques, pero sí ancianas con perros pequeños y gatos grandes necesitados de cuidados constantes. Dijo que se haría muy rico y luego se retiraría al campo, y entretanto, se quitaría el sombrero cada vez que recibiera a un pequinés.

Mi padre le dio dinero a la señora Churchill para que me comprase ropa nueva, pero ella se negó a «cruzar el agua» y tuvimos que comprarla en Brixton. Me dio lo mismo, porque me compré un abrigo precioso, verde oscuro, con un ribete trenzado, de corte militar. Llevaba un sombrero a juego, y era tan caro que solo quedó dinero para una falda verde, un par de blusas de franela, para las mañanas, y otra de seda auténtica, para las tardes. No había para ropa interior, así que tuve que apañarme con la que tenía.

—Que no se entere el Bigotes de que llevas esos harapos por debajo, o nos hará devolver ese abrigo tan bonito —dijo la señora Churchill—. ¡Es tonto de remate! Un buen abrigo es mucho más importante para una chica que unas bragas de lana, te lo digo yo.

La señora Peebles no me escribió. Me habría gustado recibir una carta de bienvenida, pero Ojitos decía que me estaba esperando y que ya había preparado para mí la que había sido su habitación cuando era pequeño: «Aunque hubiera preferido que te diera la que tiene vistas a la ría». Yo no estaba segura de lo que era una ría, así que me daba igual verla o no verla desde mi ventana. Me preocupaba mucho más gustarle a su madre.

El último día que pasé en casa vino el vivisector, con sus zapatos amarillos de punta fina. Unas nubes grises y grandes como hongos cubrían el cielo, y estaba lloviendo. Los clientes de mi padre, mojados, esperaban su turno en un banco del vestíbulo, con sus mascotas mojadas. El loro temblaba en su percha. Nunca había vuelto a ser el mismo desde que lo desterraron al lavabo, y últimamente le había dado por arrancarse las plumas y estaba lleno de calvas. Se le veía la piel clara y cubierta de escamas.

Guardé mi ropa en un baúl negro que era de mi madre. Cada vez que entraba en mi habitación y lo veía con sus etiquetas atadas en las asas, me sentaba en la cama a mirarlo y me preguntaba en qué hogar estaríamos al día siguiente, mi baúl y yo. La

señora Churchill, con gesto de fastidio en su cara de bulldog y la gorra ya puesta, tuvo que limpiar por tercera vez las huellas de barro en el suelo del vestíbulo. Después se puso la gabardina, manchada de grasa alrededor del cuello, y se marchó.

El siguiente en marcharse fue el pequeño Hank. Salió de la clínica, pálido y con aspecto cansado. Me dio pena lo agotado que estaba el pobre chiquillo desnutrido y le dije que viniera a la cocina. Entró despacio, arrastrando los pies, como si esperase recibir una regañina porque se había dejado algo sin hacer, y le ofrecí una rebanada de bizcocho de frutas. Yo pensaba que se abalanzaría sobre ella, pero la cogió muy despacio y la miró con mucha atención. Me sorprendió mucho, y le pregunté por qué no se la comía. «Porque quiero mirarla bien para recordarla cuando ya no esté», murmuró. Se quedó en la puerta, comiéndose el bizcocho a mordisquitos. Cuando terminó recogió las migas del suelo y se las comió una a una. Luego dio media vuelta y se marchó sin decir palabra.

Cuando fui a recoger la cena de mi padre, lo encontré con las manos cuadradas apoyadas en la mesa a ambos lados del plato manchado de restos de comida. Puse la porcelana sucia en una bandeja. Casi no me atrevía a retirar el plato, porque estaba entre sus manos aterradoras. Hasta las manos las tenía cubiertas de vello negro. Por suerte se levantó bruscamente y fue a sentarse en la butaca de cuero. Vi que me estaba mirando y me temblaron las manos al recoger la mesa. De buenas a primeras me gritó: «Date prisa, chica. ¡Y deja de temblar, por Dios!». Al final conseguí llevarme la bandeja a la cocina, pero al volver al comedor, con los nervios, sin querer di un golpe a la puerta, y los perros empezaron a ladrar. Mi padre seguía mirándome. Me quedé en la puerta, con la mano en el pomo, para escapar deprisa en caso necesario. Cogió una pastilla de regaliz de la cajita de plata de su reloj de cadena y empezó a masticarla sin dejar de mirarme; el olor dulce de la pastilla, que yo relacionaba con mi padre, me asustó todavía más, aunque seguramente para otros sería un olor inofensivo. De pronto empezó a hablar, como si hubiera ensayado sus palabras.

—Hay cosas que tenemos que decirnos, y es el momento de hacerlo. Lo principal es que mañana te vas de esta casa. Espero no volver a verte nunca más. Ese joven, Peebles, parece que se ha encariñado contigo, y por mí puede hacer lo que quiera. Nunca has sido hija mía. ¿Sabías que no aprendiste a andar hasta los dos años? Me ponía enfermo verte arrastrándote de culo en vez de andar como una niña normal. Eres pálida y enfermiza como un trapo viejo, y no tienes ni una pizca de carne. Pero, aunque eres una cosa miserable, aunque no eres mi hija, ¿te he privado de algo alguna vez? ¡Dímelo!

—No, padre —susurré.

Me miró con unos ojos fulminantes y siguió diciendo:

—¿Sabías que me casé con tu madre por cien cochinas libras? Si hubiera

esperado un año, incluso menos de un año, habría conseguido diez veces más, pero tu madre me atrapó con esas miserables cien libras. Podría haberla perdonado si me hubiese dado un hijo, pero ni siquiera de eso fue capaz. Sus hermanos la llamaban «la ratita cantarina», entre otras bobadas por el estilo, pero yo no tardé en cerrarle la boca, y bien que se lo merecía. Eso sí, nunca le faltó nada. —Dejó de mirarme y cambió de voz, como si hablase con otra persona—: Nunca te faltó nada, aunque para mí eras menos que una criada. Podría haberte echado, por tus engaños y tu empalagosa forma de ser, pero te dejé quedarte aquí y ser la señora Rowlands, aunque me asqueaba verte, a ti y a esa hija tuya tan remilgada. Ahora estás muerta y es mejor para los dos. Te estás pudriendo por culpa de una enfermedad repugnante; estás mejor muerta, te lo digo yo. Nunca te faltó nada; eras tú la que se privaba de todo. Te di un buen ataúd. ¿Qué más quieres? Y a esa hija tuya...

No se dio cuenta de que salí de la habitación.

Capítulo XII

Llegó la mañana en que me iba de casa. El triste sol de noviembre entraba por la vidriera del vestíbulo dibujando unas formas horribles sobre la figura de mi padre, que estaba al pie de las escaleras esperando a que yo me marchase. Henry Peebles vino a buscarme en un coche para acompañarme a la estación con mi baúl negro, y mi padre le dio dinero para el billete de ida que iba a llevarme lejos de allí. El taxista cargó mi baúl al hombro y salió por la puerta doblado por el peso. Era el momento de partir.

—Adiós, padre —dije.

—Adiós, Alice —contestó.

Era la primera vez que le oía llamarme por mi nombre. Cuando ya estaba saliendo, me volví a mirarlo. Seguía en el vestíbulo, con la alfombra turca a los pies, y ahora que la puerta estaba abierta, el sol lo iluminaba por completo. Fue así como me fui de casa y Ojitos me dejó en el tren.

Durante un buen rato vi pasar imágenes de Londres al otro lado de la ventanilla, y después un paisaje verde, aunque sin árboles, con vacas y ovejas en los prados. No sabía que hubiese tantos tipos de vacas, de tantos colores; algunas ni siquiera tenían cuernos, y vi un toro que tenía un antifaz horrible en la cara. Estas imágenes, y la preocupación por mi baúl, que se lo había llevado un mozo, me tuvieron ocupada al principio del viaje. Luego empecé a fijarme en los demás pasajeros.

Ojitos me había instalado en un compartimento de segunda para señoras, aunque yo habría preferido uno de primera para fumadores. En la otra esquina iba una mujer escuálida, con un vestido rosa como un helado. Antes de que terminara el viaje me contó que se parecía a la reina Alejandra. Me sorprendió mucho. Me pidió que le cambiara el asiento, porque se mareaba si se sentaba de espaldas a la locomotora. No quería que se marease, así que se lo cambié, aunque lo veía todo al revés cuando miraba por la ventanilla. Una mujer canosa y enorme, con los labios caídos, empezó a preguntarme por mi familia y mi destino. Crujía cada vez que se movía, porque iba embutida en un corsé. Era la mujer de un concejal de Wimbledon, y se comportaba como si la mujer de rosa no estuviese allí. Había otra ocupante en el compartimento, una solterona muy menuda que sonreía para sus adentros. Iba haciendo toallas para la cara con trozos de toallas viejas, y las decoraba con un ribete de ganchillo de colores. Dijo que eran regalos de Navidad, y se me ocurrió escribir a la señora Churchill, para que se enterase de otras «novedades». Aunque lo cierto es que no conseguía imaginarme a la señora Churchill haciendo algo tan limpio.

Llevaba en un paquete los bocadillos que la señora Churchill me había preparado esa mañana, pero me daba vergüenza comer en el tren, delante de aquellas mujeres extrañas. A las dos aún no me había atrevido a sacar el almuerzo, y ya estábamos

llegando al final del viaje, al menos de la parte en tren. Empecé a sentirme mareada, y pensé si no sería por ir de espaldas a la locomotora. Dejé el paquete con los bocadillos debajo del asiento, pero la mujer del concejal me dijo que no despreciara la comida, que me arrepentiría cuando tuviese hambre, así que tuve que agacharme y recogerlos.

Cuando bajé del tren estaba muy preocupada por mi baúl, y me quedé en el andén sin saber qué hacer, mordiéndome los dedos de los guantes y mirando el vapor de la locomotora. Probablemente mi baúl había desaparecido con todas mis pertenencias, y me había quedado con lo puesto y un billete de tren usado. Cuando el tren se marchó y todo quedó en silencio oí el zureo de unas palomas y vi a mi lado un carrito lleno de cestos con pájaros dentro. Algunos llevaban una etiqueta en la que se pedía a la gente que los abriese a determinadas horas. Me imaginé la grata sorpresa que se llevarían las palomas al ver que la tapa de la cesta se levantaba: parpadearían un momento, con los ojos brillantes, dejarían de zurear y alzarían el vuelo todas juntas, como una nube bajo el sol.

Pensar en las palomas me tranquilizó un poco. Abrí el paquete de los bocadillos, eché unas migas a los cestos y me comí el jamón. Miré alrededor y vi un grupo de gente arremolinada con un mozo junto a un montón de equipaje. Entre los bultos estaba mi baúl, más grande que los demás. Me acerqué, empujando a otras personas de muy malos modos, lo agarré de un asa y dije: «Es mío», pero nadie me hizo caso. Las otras maletas no tardaron en desaparecer, y cuando el mozo me preguntó si necesitaba ayuda, negué con la cabeza, porque no sabía qué podía pasarme. Un hombre que se llamaba Povey el Cochero me preguntó si era Alice Rowlands. Me pareció maravilloso oír mi nombre, aunque no fuese una voz familiar la que lo pronunciaba.

Povey el Cochero me sacó de la estación. Enseguida llegamos al agua, pero la marea estaba baja, y aquello no era el mar, era una especie de río que cruzamos por encima de un puente. Había algunos barcos inclinados en el barro, bajo el sol dorado de la tarde. La isla era muy bonita, precisamente por lo llana que era, aunque yo esperaba que tuviese montañas. El aire era muy fresco y, de pronto, me sentí llena de esperanza y libre de preocupaciones. Pensé en lo contento que estaría el espíritu de mi madre por mi buena suerte. El viento doblaba las hierbas altas y una hilera de árboles desnudos flanqueaba los caminos estrechos. Nunca había visto el campo. Aunque me gustó la vista desde la ventanilla del tren, no era lo mismo verlo pasar tan deprisa, al otro lado del cristal, como si fuera un cuadro. Ahora estaba en el campo de verdad, y lo oía además de verlo: los gritos de las aves marinas y el siniestro graznido de los grajos cuando pasamos por debajo de una colonia de nidos grandes y desaliñados. Dejamos atrás una granja en la que había unos pájaros con el cuerpo muy grande y la cabeza muy pequeña que se pusieron a cantar al vernos. Una mujer

estaba junto a una cancela llamando a sus vacas, y todas se acercaron en majestuosa procesión sin que nadie las guiara. Un faisán se sobresaltó al vernos, lanzó un grito y salió volando de un arbusto; se le desprendió una pluma de la cola y cayó por el aire flotando suavemente. Yo le preguntaba a Povey el Cochero por casi todo lo que veíamos. Él me contestaba despacio, como si hablara con una extranjera o una niña pequeña, y siempre empezaba con una pregunta: «¿Es que en Londres no hay faisanes?» o «¿Es que tu padre no tiene un ganso? Son muy buenos perros guardianes». Creo que se sorprendió mucho cuando le pregunté cuánto tardaría el poni en convertirse en un caballo.

Íbamos por caminos muy estrechos y retorcidos como culebras. Por fin llegamos a una granja que estaba al lado de una laguna, y bajamos por un camino tan estrecho que no parecía llevar a ninguna parte, aunque resultó que terminaba en casa de la señora Peebles. De pronto apareció la casa, mucho más grande de lo que yo esperaba. Era oscura, porque estaba cubierta de hiedra, y tenía delante unos árboles muy raros, de color verde claro, con forma de percheros. Alrededor de la puerta principal habían construido un porche feo, de madera oscura, que le daba a la casa un aspecto sombrío; parecía un lugar deshabitado.

Cuando estaba bajando del carro, la puerta del porche se abrió de repente, y apareció una mujer regordeta, con un mandil enorme y sucio. Llevaba en la mano una escoba despeluchada y, al verme, plantó las botas negras a los lados de la escoba y empezó a dar saltos de alegría. Pensé: «¡Dios mío! Ésta no puede ser la madre de Ojitos», y me acerqué horrorizada. Me miró fijamente a través de unas lentes con montura de acero.

—Soy la señora Gowley —anunció—. También soy de Londres. Mi marido y yo nos ocupamos de la casa, si es que se le puede llamar casa. —Y empezó a mondarse de risa. Miré a Povey el Cochero y me hizo un guiño tranquilizador, así que me dije: «No pasa nada, solo está un poco chiflada». Decidí no hacerle caso. Se quedó mirando mi baúl mientras Povey lo metía en la casa, y a mí mientras subía los escalones. Y dijo—: Tienes poca chicha y estás paliducha. La señora Peebles y tú haréis buena pareja.

Crucé el porche y entré en un zaguán grande, con el suelo de baldosas. Lo primero que me llamó la atención fue lo rara que era la luz: no veía ninguna ventana, pero la luz del día entraba por el techo. Alcé la vista y vi que el techo era una rejilla de hierro muy complicada, y que la luz entraba por una claraboya. La escalera también era de hierro forjado. Seguí a la horrible señora Gowley, que parecía un duende maligno, por las ruidosas escaleras. Tenía que andar con mucho cuidado para que los tacones no se me engancharan entre los hierros; ella iba delante con aquellas botas enormes. Cuando llegamos al rellano miré el zaguán entre la rejilla y tuve una sensación de inseguridad muy extraña al ver cómo subía la luz.

Seguimos traqueteando por el pasillo hasta otro tramo de escaleras alfombradas, más ancho y más corto, que llevaba a tres puertas blancas alrededor de otro pasillo. El suelo estaba cubierto de linóleo en esta zona, y delante de cada puerta había una alfombra de piel. La señora Gowley se acercó a una de las puertas, miró por la cerradura, con todo el descaro, y llamó con fuerza. No oí ninguna respuesta, pero ella abrió la puerta de par en par.

—Ha llegado la señorita, señora Peebles. Aquí está —dijo la señora Gowley. Se sentó en una silla, sin que nadie la invitase, y anunció—: El señor Gowley y yo saldremos esta tarde, así que tendrá que hervirse usted el agua, o pasarse sin ella. Eso nos trae sin cuidado. No entiendo para qué quiere tanta agua caliente.

Una mujer altísima y delgada se levantó de un sofá colocado junto a la ventana. Miró con desdén a la temible Gowley y le ordenó que se marchara. La mujer regordeta se quedó un buen rato sentada en la silla, con las piernas separadas y una mueca odiosa. Por fin se levantó y sacudió la cabeza con fingido asombro:

—Muy bien —dijo—. Solo espero que hagan buenas migas. Y acuérdesse de que vamos a salir. —Se rió para sus adentros mientras salía de la habitación. Oí que se paraba en la puerta, y me pareció ver el horroroso brillo de sus lentes en la cerradura.

—No se ha ido —dije, con la vista en la puerta—. ¿Sabe usted que mira y escucha por la cerradura? —Me volví a la señora Peebles y vi que estaba llorando, encogida en el sofá. Era tremendo verla en ese estado, parecía muy alta, muy alta y muy triste. Me acerqué con intención de ponerle una mano en el hombro flaco y tembloroso, pero me apartó bruscamente.

—¡No me toques! —gritó—. ¡Déjame en paz! —Me quedé helada, incapaz de moverme. Aunque consiguiera salir corriendo, tendría que pasar por delante de la temible señora Gowley, bajar por la escalera de hierro y cruzar el zaguán.

La señora Peebles hizo un esfuerzo para incorporarse, me miró con los ojos llenos de lágrimas y habló con voz trémula.

—Me han dicho que eres hija única. Ven, siéntate aquí conmigo, querida, y disculpa mi absurdo comportamiento. Es que esa mujer me aterra. Desde que me ocurrió esa desgracia siempre ha vivido conmigo algún ser repulsivo, pero ella es la peor de todos... me espía y es muy grosera. Y todavía no has visto a su marido. Es de lo más siniestro, bizco, y estoy segura de que bebe. Mi hijo los contrató precipitadamente, porque no quería dejarme sola... y el médico es igual. —Apartó la cabeza y exclamó—: ¡Ay! ¡Cuánto me gustaría estar sola!

La miré, sin saber si tenía que marcharme, pero me dirigió una sonrisa muy dulce y me pidió que me sentara a su lado.

Nos quedamos sentadas mientras la oscuridad iba envolviendo la habitación, y nos hicimos amigas. Me contó que Henry le había dicho que yo corría peligro en casa, y supuse que se refería al horroroso Cuthbert. Confiaba en que Ojitos no le

hubiese hablado del incidente; si lo hizo, ella no dijo nada. Parecía obsesionada con los Gowley y tener esperanzas de que yo la protegiese.

La habitación estaba casi a oscuras, solo se veía el resplandor del fuego, y yo quería cerrar las cortinas y encender la luz. Me pareció ver el destello de un candelabro de bronce y unas velas en la repisa de la chimenea, esperando a que las encendiesen. La voz, remota y triste, siguió diciendo:

—Mi marido aún vivía cuando se incendió la casa. Nunca olvidaré cómo gritaba la pobre Floss. No pudimos salvarla, porque estábamos atrapados en esta misma sala y el humo entraba a chorros por debajo de la puerta. Henry estaba a salvo, en la habitación contigua, pero la pobre Floss murió, y también la criada que teníamos entonces (creo que se llamaba Alice, como tú); encontraron su cuerpo calcinado en el rellano. Pensé que estaría negra como el papel quemado, pero tenía un color horrible, marrón rojizo. ¡Pobre niña! A veces creo que el fuego ha sido el causante de todos mis males.

No paraba de hablar. La habría escuchado con interés, de no haber sido porque estaba agotada y tenía mucha hambre. Por fin me atreví a interrumpirla cuando me estaba contando la historia de un oso que tenían como mascota y que solo comía hogazas de pan; un día se escapó y entró en la iglesia. Creo que fue la alusión al pan lo que me dio valor. Le pregunté si quería que preparase un poco de té.

—No especialmente —dijo, y siguió un rato hablando del oso, hasta que de pronto preguntó—: ¿Y tú?

—¿Yo, qué? —contesté, desconcertada.

—¿Te apetece un poco de té?

—La verdad es que sí.

—¡Ay! ¡Qué descortés he sido! Tenía que haberte ofrecido un té en cuanto llegaste, y ahora ya es de noche. No podremos prepararlo a oscuras. —Se levantó del sofá y buscó las cerillas en la repisa de la chimenea. Vi unas astillas de colores en un jarrón y encendí el fuego con una. Las velas no tardaron en iluminarnos con su luz temblorosa y suave. Yo necesitaba más luz. Encendí la lámpara y esperé con impaciencia a que la camisa de cristal se calentara antes de subir la llama. La señora Peebles intentaba cerrar las cortinas de terciopelo gris, pero no acertaba. Las cerré y avivé el fuego. Me fijé entonces en lo elegante que era la sala: había una alfombra azul claro con dibujos de rosas y nudos de trébol; una vitrina de cristal llena de porcelana fina; unas sillas y unas butacas muy bonitas, con las patas curvadas; y unas figuritas de cristal preciosas, parecidas a campanillas, en la repisa de la chimenea. Era la sala más grande y más bonita que había visto en mi vida.

La señora Peebles cogió una lamparilla. Salimos al pasillo y pasamos por delante de varias puertas de madera oscura. Me pregunté dónde habrían encontrado exactamente el cuerpo calcinado de la otra Alice. Al final del pasillo entramos en una

habitación transformada en cocina. Tenía dos puertas, y más tarde supe que una de ellas daba a dos habitaciones completamente quemadas. Los restos de los muebles seguían allí, olvidados, entre las paredes negras. Había una cama, con el cabecero de hierro forjado retorcido como un esqueleto torturado, y en las ventanas, sin cristales, colgaban los jirones de las cortinas chamuscadas y negras.

Desde la cocina de la señora Peebles se oían voces quejumbrosas en el piso de abajo. Aunque el suelo estaba cubierto de linóleo, tenía agujeros, y la luz, además de las voces, se colaba por la rejilla de hierro. Vi a los Gowley en su cocina sucia y noté el olor rancio que llegaba entre los huecos. La señora Peebles puso el hervidor al fuego en un hornillo de alcohol y sirvió un té muy claro en una tetera de plata; lo tomamos en unas tazas de flores muy frágiles, sentadas en un comedor de muebles sólidos.

Capítulo XIII

Esa noche me acosté por primera vez en mi cuarto, encima del zaguán. La cama era comodísima, y ya estaba empezando a quedarme dormida cuando ocurrió una cosa muy rara: me pareció que flotaba. Busqué el colchón con las manos y no lo encontré. Estaba flotando, y las mantas se caían. Empecé a elevarme en la oscuridad, aunque tenía la sensación de que me había dejado el estómago en la cama y creo que casi llegué a rozar el techo. No intenté tocarlo porque tenía las manos, no sé por qué, unidas en el pecho. De pronto me sentí mareada. Y pensé: «Esto es mareo de cama, no mareo de mar». Me pareció muy ingenioso y, al reírme, empecé a descender muy despacio y volví a la cama, pero las piernas se quedaron colgando por la parte de abajo del colchón. Me quedé un rato quieta, pensando cosas extrañas. Entonces me di cuenta de que tenía mucho frío y volví a hacer la cama. Metí bien las sábanas y las mantas por debajo del colchón, me acosté, y esta vez creo que no volví a flotar, porque me despertaron los ruidos de la mañana.

Era casi de día cuando abrí los ojos, y calculé que debían de ser alrededor de las ocho. Estaba calentita y adormilada, pensando en el extraño suceso de la noche anterior, y me acordé de que me había pasado algo parecido la noche que dormí en la curiosa salita de la señora Churchill. Pensé que solo yo entendía cómo era posible flotar de una manera tan desconcertante. Quizá Rosa tuviera razón y yo era un poco simplona. De repente me sentí muy sola y muy triste. Oí a los Gowley en el piso de abajo, gruñéndose el uno al otro.

Salí de la cama y exploré mi habitación, que solo había visto a la luz de la vela cuando ya era de noche. Tenía aproximadamente el mismo tamaño que mi antiguo dormitorio, y las paredes eran de un color mantequilla que me gustó mucho. Había una estantería de pared a pared, pero los libros eran decepcionantes, todos infantiles. Busqué en vano a Ellen Wood, a Ouida y a Marie Corelli. Me lavé, me vestí y abrí las cortinas. Vi los árboles con forma de percheros en los que me había fijado a mi llegada, pero ni rastro del mar: solo campos llanos. No parecía una isla en absoluto, y di la espalda a la ventana, muy desilusionada.

Me fijé en que el linóleo del suelo tenía dibujos de Pedro Melenas, casi borrados en algunas zonas, aunque todavía reconocibles. Vi al propio Pedro Melenas, con el pelo y las uñas muy largas, al Pequeño Chupadedo, al Cazador Desalmado y a Gaspar el Melindroso. Algunos dibujos tenían agujeros, y me asusté mucho al ver que el suelo de mi cuarto también era una rejilla de hierro. Estaba tumbada en el suelo, mirando las baldosas grises y blancas del zaguán por un hueco, cuando la puerta se abrió de golpe, sin que nadie hubiese llamado, y apareció la señora Gowley, con una mueca burlona. Llevaba un puchero de agua humeante.

—Aquí está tu agua. Aunque no la querrás porque ya te has vestido, así que se la

daré a la señora Peebles.

Me avergoncé de que aquella mujer me viese tumbada en el suelo y me levanté a toda prisa. Cuando se fue me dijo que el desayuno estaría listo en cosa de media hora. Pensé que, si ella iba a preparar el desayuno, podía salir a dar una vuelta para ver qué había detrás de la casa; a lo mejor veía el mar.

Abrí la puerta y oí a la señora Gowley dando golpes en la cocina de arriba. No había señal de la señora Peebles. Eché a andar, procurando no hacer ruido, pero las escaleras hacían un estruendo de aúpa; seguían resonando cuando llegué al zaguán. Me fijé en las puertas oscuras, pero no quise abrir ninguna, para no encontrarme con otros Gowley; lo mismo eran una familia completa. En un extremo del zaguán había una vidriera con un retrato en color de William Shakespeare y pasajes de *Como gustéis* grabados en el cristal. Me quedé un rato leyéndolos y admirando la vidriera antes de abrir la puerta. La vidriera daba al esqueleto de un invernadero sin cristales. No tenía flores: solo macetas vacías y parras secas que trepaban por todas partes. Encontré otra puerta que daba al jardín.

Acababa de salir el sol y había mucha luz. El jardín era grande y abierto, y al fondo estaba el agua, centelleando entre los pinos. Un sendero se adentraba por un bosquecillo, y lo seguí hacia la orilla. Así es como yo esperaba que fuese la isla, pero resultó ser mucho más bonita. La marea no estaba del todo alta, y las gaviotas descansaban en la arena encharcada, ligeramente azuladas por el resplandor del cielo. A un lado se extendían los prados cubiertos de hierbas altas, acunados por la brisa, y a mi izquierda se encontraba el mar abierto, con barcos que pasaban muy despacio. Seguí andando hasta el mar. El sendero pasaba por un huerto lleno de árboles viejos y raros, retorcidos y tapizados de un musgo gris verdoso, pero llegaba un punto en que los juncos y los árboles casi cerraban el camino. Vi un embarcadero de madera construido sobre el agua. Le faltaban algunas tablas, pero llegué hasta la punta para examinar un bote anegado que estaba amarrado a los postes. Todo estaba en calma. Solo se oían los gritos de las gaviotas y, de vez en cuando, la detonación de un cañón a lo lejos.

Me quedé muy quieta, abrumada de paz y felicidad, sin darme cuenta de que hacía frío. Al cabo de un rato volví a la casa paseando. Me pareció más clara por detrás que por delante, como si el sol y el mar hubiesen lavado la piedra. En el piso de abajo había una terraza, y los restos de las flores y las plantas trepadoras colgaban de una celosía. Entré por donde había salido y empecé mi primer día como acompañante de la señora Peebles.

Ese primer día, la señora Peebles estuvo tranquila y contenida. Con el tiempo supe que aquél era su estado normal, y que las lágrimas y las confidencias de la noche anterior eran relativamente raras. Era muy educada y muy atenta conmigo, aunque notaba que le molestaba tenerme siempre a su lado. Se alegraba de que yo estuviera

allí para hacer de recadera con los Gowley y, como ella nunca salía de casa, a veces me pedía que fuese a comprar algo, aunque la mayoría de los tenderos pasaban a vender por la casa. A ella le interesaba muy poco la comida, y creo que antes de mi llegada los Gowley se aprovechaban de eso, porque estaba casi famélica; pero, como era amable y generosa, se sentía en la obligación de alimentarme como es debido, y las comidas, aunque mal servidas, estaban bien cocinadas y eran bastante frecuentes. A veces la señora Peebles veía que el plato tenía polvo, y salía corriendo, sollozando de vergüenza, pero otras veces no parecía darse cuenta de que los tenedores estaban llenos de yema de huevo incrustada.

Yo tenía muy poco que hacer, y veía que ella se impacientaba si le preguntaba a todas horas: «¿Qué hago?». A veces zurcía la ropa, y la verdad es que mis remiendos duraban mucho. También encendía las lámparas cuando oscurecía y preparaba el té, pero la señora Peebles se sorprendía mucho si yo sugería limpiar algo. La señora Gowley se esmeraba lo justo con la limpieza, por decir algo. Se limitaba a merodear por delante de las puertas de las habitaciones en las que estuviéramos, y a barrer el suelo enrejado tirando el polvo al piso de abajo, sin molestarse en recogerlo después. Descubrí que los Gowley vivían en la antigua cocina de piedra. Lo que había sido el comedor, y las demás habitaciones de la planta baja, nunca se usaban y estaban casi vacías. Al entrar en ellas se oía un eco muy extraño. El polvo y la humedad se habían apoderado de todo, y las mariquitas somnolientas se refugiaban allí del invierno.

En el bosquecillo de pinos había una vieja caravana de gitanos que en su día debió de estar pintada de colores muy vivos, aunque ya solo quedaba un poco de rosa y verde pálido. Poco a poco me fui apropiando de la caravana. Encendía el hornillo con piñas y ramas, y los días de sol abría la hoja superior de la puerta y me apoyaba a contemplar el mar. Cuando llovía o hacía frío, bajaba la cama y me tumbaba a soñar y a comer las manzanas que había encontrado en un cobertizo verde, al lado de la puerta de atrás de la casa. A veces leía los libros infantiles que había en mi habitación. En la caravana había libros de veterinaria, pero me parecían muy deprimentes, sobre todo las ilustraciones: los dibujos de cabezas de terneros con el cerebro deshecho y de gallinas con las patas lisiadas. Me alegré de que mi padre no tuviera casos así.

Un día, cuando estaba allí soñando, la cara de la señora Gowley apareció en la puerta, inquisitiva y fea, con las gafas de acero en la nariz respingona.

—Qué bonito es vivir sin hacer nada —dijo, con sorna. Si alguien me hubiera dicho eso antes de mi llegada a la isla me habría dado mucha vergüenza y me habría levantado de un salto; pero me quedé muy tranquila, perezosa, y contesté sin molestarme en volver la cabeza.

—Usted tampoco hace gran cosa, ¿o sí?

La horrible cabeza empezó a moverse arriba y abajo, y por un momento me

pareció que iba a saltar por encima de la puerta, que, por suerte, yo había tomado la precaución de cerrar con pestillo.

—¡Tiene gracia, la verdad! ¡Que eso lo digas tú precisamente! No tardarán en sacarte de aquí de una oreja. ¡Ya verás cuando venga el señor Peebles y se entere de cómo has tratado a su madre! A nosotros nos eligió porque sabía que somos de fiar, y escuchará lo que le digamos... ¡se lo contaremos todo! —La temible cabeza desapareció, y oí que la mujer bajaba los escalones soltando una risa falsa: «¡Je, je!». Yo me reí de verdad, porque estaba segura de que podría convencer a Ojitos para que despidiese a los Gowley, y me acordé de que me había contado que los contrató sin haberlos visto siquiera.

La señora Peebles me desconcertaba cuando hablaba de su desgracia. Yo pensaba que se refería a la muerte de su marido o al incendio de la casa, pero, según los Gowley, había intentado suicidarse hacía unos años. La encontró el panadero, colgada del cobertizo verde, entre las manzanas, y tuvo la presencia de ánimo de cortar la cuerda con unas podaderas y desatarle el nudo del cuello. A veces, cuando la miraba, no podía dejar de preguntarme si siempre habría tenido los ojos tan saltones. Quisieron internarla, pobre mujer, tan indefensa y triste, en un asilo, pero su hijo Henry prometió que se responsabilizaría de ella y que nunca viviría sola.

A veces, cuando estaba en la caravana, de pronto me preocupaba por ella y volvía corriendo a casa. La encontraba sentada, mirando por la ventana, con la mirada perdida. Si se daba cuenta de que estaba allí, preguntaba: «¿Sí, querida? ¿Qué quieres?». Yo contestaba que iba a encender el fuego, incluso le decía que había ido a hacerle compañía. Pero ella nunca quería compañía. De vez en cuando hacía un esfuerzo y se comportaba como una anfitriona.

—Siéntate, querida. Temo que esto sea muy aburrido para ti. No conozco a personas jóvenes, pero mi hijo Henry vendrá pronto por Navidad, y lo pasaréis muy bien. Ya no falta mucho. A lo mejor te apetece jugar a las cartas, ¿al whist?, por ejemplo... Hay una baraja por ahí, en una caja de carey, en alguna parte... Creo que está encima del sofá.

Yo buscaba las cartas y jugábamos al whist solemnemente mientras la luz de la tarde se iba apagando, pero el esfuerzo de concentrarse era excesivo para ella, y abandonábamos la partida cuando las lágrimas empezaban a salpicar los naipes.

La señora Peebles guardaba en algún lugar de su pensamiento cosas que se sabía de memoria. Era capaz de recitar los nombres y las costumbres de centenares de insectos, o los nombres y las cifras de población de distintos estados de la India. A veces me describía religiones y cultos antiguos, y yo disfrutaba escuchándola, pero casi siempre se interrumpía de golpe y se olvidaba de lo que estaba diciendo justo cuando estaba a punto de llegar a lo más interesante.

Los días pasaban como en un sueño en la isla, se alejaban poco a poco. Me

llevaba una sorpresa enorme cuando algo del mundo exterior rasgaba esa bruma tan apacible. Creo que debió de ser unas tres semanas después de mi llegada cuando recibí una carta de la señora Churchill. Me arrepentí mucho de no haberle enviado siquiera una postal para anunciarle que había llegado bien. Me quedé un rato con el sobre rosa en la mano, sin valor para leerlo, pues sabía que me recordaría la fealdad de la casa que había dejado para adentrarme en aquel sueño. Me senté en el alféizar del comedor, de espaldas a la ría, abrí el sobre con cuidado y leí:

Mi querida niña:

Siento no haber tenido noticias tuyas, y espero que estés bien. Por aquí todos bien. Creo que tu padre bebe mucho y, aunque a mí no me dice nada, a veces me parece que habla solo. Ya no sale con Rosa Fisher, porque está en el hospital y he oído que está muy mala. La verdad es que me da lástima.

Mi pobre Nell murió, ese blanco y negro tan grandullón, y el veterinario dijo que lo había matado yo de tanto mimarlo, así que no me dio tanta pena. ¡Bien rollizo que estaba ese perro! Aunque ya casi estamos en invierno, todavía hay crisantemos en mi jardín y el acebo está dando frutos este año.

Vi a tu amiga la muda, y tengo que decirte que iba un poco exagerada. Me sorprendió que su madre se lo consintiese. Si la vieras ahora, no creerías que es muda.

Bueno, querida, tengo que dejarte. Escribe, por favor, y cuéntame cómo estás. Vera te manda muchos recuerdos.

Tuya,

A. CHURCHILL

Pensé en mi padre, que «hablaba solo» y «bebía mucho», y me acordé de que a veces lo oía pasar de noche, dando tumbos, por delante de la puerta de mi dormitorio. Me acordé del calor que hacía en la salita de la señora Churchill y de los dos perros gordos y jadeantes.

Luego me acordé de que había flotado hasta el techo y había roto la camisa de la lámpara. ¿Había ocurrido de verdad? Me pasó algo parecido la primera noche en la isla, aunque esa vez no llegué tan alto, quizá porque me entró la risa. ¿Les pasaría lo mismo a los demás cuando dormían en camas ajenas? Quizá ocurría con frecuencia, pero nadie hablaba de eso... como de las hemorroides, que yo había visto en un anuncio: «¿Por qué sufrir en silencio?». Claro que eso eran cosas generalmente feas, mientras que flotar podía ser muy agradable una vez que te acostumbrabas.

Volví a leer la parte de la carta en la que la señora Churchill me contaba que Rosa

estaba en el hospital. Me acordé de cuando la dejé en la calle, con esa tos espantosa, y me arrepentí de no haber sido más amable. Rosa a veces ponía una cara de payaso triste, pero siempre se aferraba a la alegría; ahora siempre tendría la cara triste, menos cuando los médicos pasaran a verla. No entendía qué significaba eso de que Lucy iba «exagerada». ¿Se pondría polvos en la cara o llevaría un peinado muy llamativo? «No cambies, Lucy —pensé—. Sigue siendo la Lucy callada de siempre, con la cara verdosa y el pelo suelto».

Contesté inmediatamente a la señora Churchill, porque sabía que en cuanto echase la carta al correo mi vida de siempre volvería a quedar muy lejos; pasarían semanas antes de que recibiese otra carta. Tuve que andar medio kilómetro por el camino para echarla al buzón. El viento sacudía las copas de los árboles, y las últimas hojas flotaban por el aire. Vi unas gallinas blancas muy raras, muy gordas, con plumas en las piernas, escarbando al lado de un seto. Un hombre que estaba afilando una guadaña en la puerta de un cobertizo me dijo que eran gallinas vietnamitas, que eran muy astutas y pesaban tanto que no podían volar. Me acerqué a una y le acaricié las plumas. Se quedó muy quieta; solo movió los ojos, que eran muy pequeños.

—No son buenas comedoras —dijo el hombre—. La grasa se les acumula donde no debe. ¡Mira ésa! —Señaló el cuerpo reventado de una gallina, colgada del cobertizo. Estaba casi desplumada y apenas le quedaban unas cuantas plumas en la cabeza. Tenía en el pico una gota de agua que parecía una cuenta de cristal. La imagen, triste y obscena, me hizo pensar en la señora Peebles colgada en el granero, pero ella al menos era delgada y estaba vestida. Le di los buenos días al hombre, con mucha educación, antes de marcharme. Seguramente estaba tan acostumbrado a las gallinas que no se daba cuenta de lo deprimente que resultaba aquel cuerpo tan gordo y tan pálido balanceándose con el viento.

Al final del camino me encontré con un hombre que llevaba un caballo enorme, con el cuello arqueado y cintas trenzadas en las crines. Una joven muy guapa, que también estaba echando una carta, me explicó:

—Es Finstal Ryman... el semental. Viene todos los años a la isla. —Y se fue a hablar con el hombre. Se veía que eran viejos amigos, porque enseguida empezaron a reírse y a charlar muy animados. El caballo tenía una estampa majestuosa, con el sol y el viento formando ondas en su pelaje.

Crucé el camino para comprar hortalizas en una granja, y la mujer me invitó a tomar una taza de té mientras su marido iba al granero a por las cebollas y la calabaza. Nos sentamos en una cocina llena de cacharros y tomamos un té con leche condensada mientras ella me hablaba de su bebé. Estaba acostado en una cuna de mimbre, al lado del fogón, y no paró de perseguir con los ojos, increíblemente azules, a un grupo de moscas que bailaban en círculos cerca del techo. Su madre también levantó la vista.

—Este año las moscas están durando mucho —dijo—. Pero las heladas pronto acabarán con ellas.

El marido volvió con mis hortalizas. La calabaza era muy gorda y ya empezaba a ponerse dorada. Cuando salí de la cocina toda la familia estaba contemplando el baile de las moscas.

Capítulo XIV

Ya casi estábamos en Navidad cuando llegó la primera helada. El agua que se había acumulado en las rodadas de los carros se convirtió en hielo muy blanco, y a mí me gustaba romperlo con los pies. La laguna que había en lo alto del camino también se cubrió con una capa de hielo que los niños llamaban «hielo de gato», aunque era tan fino que a mí no me parecía que pudiera soportar siquiera el peso de un gato. Por la mañana, cuando miraba por la ventana de mi dormitorio, los árboles y los prados aparecían cubiertos de escarcha, y en el cristal se formaban unos dibujos preciosos. Nunca me había gustado el hielo, pero ahora me encantaba. Además de la belleza estaban los sonidos: el crujido de una rama al quebrarse, el rumor seco de una hoja helada o el chasquido de una placa al romperse. Hasta los gritos de los pájaros parecían más agudos y más intensos.

Ojitos vino por Navidad. Fueron días muy felices para todos. Incluso la señora Peebles parecía casi alegre, feliz de tener a su hijo en casa. Preparamos la cena de Navidad los tres juntos y les dimos el día libre a los Gowley. Fue maravilloso verlos alejarse por el camino, entre los árboles con forma de perchero, ella unos pasos por detrás de su marido, como hacía siempre. No volvieron hasta el día siguiente. Ella con un cristal de las lentes roto, y él con un ojo morado.

Ojitos trató de convencer a su madre para que viniese a dar un paseo con nosotros, pero se negó en redondo a salir de casa, ni siquiera quiso bajar las escaleras. Estaba muy contenta de todos modos, encantada con los regalos que le había hecho su hijo, y se mostró muy razonable cuando hablaron de la clínica que iba a poner en Earl's Court. Hasta estuvo de acuerdo en que debería irse a vivir allí con él más adelante. Todos sabíamos que era muy poco probable, pero a los dos les hacía ilusión hacer planes.

El día anterior a que Ojitos se marchara fuimos a dar un paseo muy largo, hasta la costa desierta. El viento helado nos entumecía la cara, pero al ponernos de espaldas al mar notábamos un cosquilleo en la piel cuando empezaba a entrar en calor. Encontré un ave marina muerta, con las patas verdes y brillantes, y la enterré en las dunas. Desde su tumba, contemplé el mar, y vi a lo lejos una isla entre la bruma. Ojitos me explicó que era la isla de Wight. De vuelta a casa cruzamos una zona baldía. Había gente patinando en una laguna helada. Algunos no sabían patinar y llevaban escobas para apoyarse, incluso sillas, pero otros daban unas vueltas muy elegantes, y había un hombrecillo muy atildado que patinaba mejor que nadie, a pesar de que llevaba a una niña —casi un bebé— sentada en una de las botas y agarrada a su pierna. Las gaviotas sobrevolaban en círculos a los patinadores, y en la orilla de la laguna había un montón de botas y de zapatos abandonados. Los niños se deslizaban con las punteras de hierro de las botas y abrían en el hielo unos surcos blancos, como si

fueran trineos (los llamaban velas romanas, porque a veces saltaban chispas). Los perros parecían muy sorprendidos y perseguían a sus amos sin parar de ladrar. Aunque no estaba sola, me sentí sola, y pensé que me gustaría estar patinando en vez de viendo patinar a los demás.

Empezaba a oscurecer y volvimos a casa por caminos estrechos. Henry me llevaba cogida del brazo. Yo sabía que le gustaba mucho cogirme del brazo, aunque para mí no significaba nada; la verdad es que prefería andar por mi propio pie.

Le pregunté si era normal que la gente flotara por el aire cuando estaba tumbada en la cama, sobre todo en camas extrañas. Se lo pregunté porque había oscurecido, y me costaba menos decírselo en la oscuridad. Parecía muy poco probable que Henry flotase en su dormitorio de noche —pesaba lo menos noventa kilos—, pero quizá tuviera amigos a los que les hubiera pasado y se hubieran atrevido a contarlo. Tardó mucho en entender lo que le estaba diciendo. Eso era una de las cosas que a mí me sacaban de quicio, lo lento que era. Cuando por fin comprendió lo que intentaba decir, contestó con mucho énfasis que nadie se elevaba de la cama y flotaba hasta el techo, aunque quizá podía tenerse esa sensación al soñar, o al marearse, o al delirar. A mí me pareció muy razonable: al marearse, uno siente que no pesa nada y parece como si estuviera flotando. Pero mi sensación era muy real, y había roto la camisa de la lámpara. No le gustaba hablar de esas cosas, así que cambiamos de tema y hablamos de su casa en Earl's Court, de sus habitaciones grandes y vacías.

Cuando llegamos al camino de la casa, distinguimos las siluetas de los Gowley, él por delante, como siempre, cargado con una escalera de mano. Parecían sospechosos, como ladrones que vuelven de hacer un trabajo. Saludaron entre dientes, con un hosco «Buenas tardes», y los dejamos atrás.

A la mañana siguiente, antes de volver a Londres, Ojitos me dio una clase de patinaje en la laguna. Me puse unas botas de la señora Peebles y unos patines oxidados que Ojitos encontró en el cobertizo. Las botas estaban verdes, cubiertas de moho —la verdad es que parecían muy bonitas, tan verdes y puntiagudas— aunque se volvieron de un negro reluciente en contraste con el hielo oscuro, que se agrietaba y crujía mientras Ojitos tiraba de mí. Los patos nos observaban desde la orilla, sin parpadear, aunque no llegué muy lejos con esa primera lección. Patinaba como una japonesa, muy erguida, avanzando a pasos muy cortos. Por lo menos aprendí a caerme sin hacerme daño, y por la tarde volví a la laguna con una escoba y conseguí dar una vuelta entera, aunque iba muy tiesa y con mucho cuidado. Me asusté al ver una turba de niños que se acercaron muy deprisa y pasaron gritando: «La señorita no sabe patinar».

Volví a casa para encender las lámparas. La señora Peebles estaba llorando, a oscuras, porque su hijo se había marchado. Intenté consolarla con palabras amables y una tostada con mantequilla, y hasta nos sentamos al lado del fuego a jugar al

dominó, pero las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas marchitas.

Al día siguiente vino una viuda de Portsmouth y comimos pavo picado con el oportuno que había sobrado de Navidad. La señora Peebles estaba eufórica, porque nunca recibía visitas, y yo sabía que por la tarde estaría agotada y se metería en la cama llorando y temblando. Siempre le pasaba lo mismo cuando había un mínimo cambio en su rutina.

Después de comer me pidió que las dejara solas. Las dejé junto a la chimenea, hablando de un baile que se había celebrado en un barco hacía veinte años: dos siluetas negras que vivían en el pasado, aunque la señora Peebles al menos tenía a su hijo.

Fui a la laguna bajo el sol del invierno, con los patines debajo del brazo. Temía que el hielo se hubiera derretido, pero el crujido de los patines y las voces de los patinadores resonaban claramente en el aire frío. Al llegar a la laguna vi que buena parte del hielo se había fundido en las orillas. Me dio miedo acercarme sin caer al agua. Además, no había llevado la escoba, por orgullo, y me resultó casi imposible dar una vuelta sin su ayuda. Dos colegialas enormes, que eran hermanas y parecían aún más grandes con los patines puestos, vinieron a socorrerme. Me cogieron cada una de una mano para dar una vuelta. Tenía tanto miedo que casi no me atrevía a mover las piernas y a separar los pies. Me dieron muchos consejos, seguidos de un animoso empujón en la espalda que me hizo girar sobre el hielo. Luego me dejaron sola.

Aterricé a los pies de un joven que llevaba un jersey blanco. Me levantó con mucho cuidado, como si fuera una muñeca de cera, y me sacudió el hielo del abrigo. Le di las gracias, pero casi no me atrevía a mirarlo, porque era muy guapo. Parecía envuelto en un aura de felicidad; yo nunca había visto de cerca a nadie que tuviera ese aspecto. Dijo algo, pero no lo oí porque las gaviotas estaban graznando por encima de la pista. No sé cómo empezamos a deslizarnos juntos, y no me puse nerviosa. Lo único que sentía era exaltación. El aire helado nos daba en la cara, y parecía como si no hubiera nadie más que nosotros. La tarde pasó en un suspiro, y me senté en el bonito abrigo del joven mientras él me desataba los patines. Al sacar un pie de la bota, me rodeó el tobillo con los dedos de una mano, y me alegré de tenerlo tan esbelto.

Nos fuimos juntos de la laguna. En vez de volver a casa, echamos a andar hasta el cementerio de la iglesia, al abrigo de los tejos. Me dijo que se llamaba Nicholas, que estaba en la marina y que había venido a pasar unos días de permiso en casa de sus padres, que vivían en la isla, cerca del campo de golf. Me contó que su padre era médico. Yo le dije que el mío era veterinario y que en nuestra casa vivían animales de toda clase. También le dije que era de Londres, porque pensé que eso sonaba muy bien.

—Sí, se te nota en la forma de hablar, mi querida *cockney* —contestó.

Yo protesté muy indignada que no era *cockney*.

—Ni siquiera he oído las campanas de Bow^[2], y he ido a un colegio privado. Y si tuviera algún acento sería galés.

De todos modos, él seguía pensando que yo era *cockney*. Me dolió mucho y dije que tenía que volver a casa de la señora Peebles para encender las lámparas. Pero me animé cuando dijo que le gustaría volver a verme, aunque tuviese acento *cockney*, y quedamos en la laguna al día siguiente. Él insistió en que el hielo nos estaría esperando, y aseguró que, aunque las orillas se hubieran derretido, volverían a helarse por la noche.

Nos despedimos en la puerta de la iglesia. Creo que yo esperaba que me besase, pero solo me abrazó un momento. De pronto empezó a reírse de una lápida que asomaba en la penumbra. Yo ya la había visto y admirado, pero él no conocía el cementerio. Se detuvo delante del mármol sin dejar de reírse y, para horror mío, hasta intentó sentarse encima. Luego encendió una cerilla para leer la inscripción: «Madre, descansa por fin». Y se rió tanto que me contagió la risa.

Por la mañana, mientras ayudaba a la señora Peebles a abrillantar la plata, me habló de la visita de su amiga el día anterior.

—Figúrate, querida: las dos nos prometimos el mismo día, después se nos infectó un uñero a las dos el mismo día. Hubo que sajarlo y me acuerdo de que perdí la uña. ¡Qué desagradable! —Pero yo no paraba de pensar: «¿Irá a la charca? ¿Volveré a verlo?». Hacía mucho frío en casa. No tuve ocasión de salir a ver si el hielo aguantaba, aunque por las ventanas todo parecía inmóvil y congelado.

Comimos cordero hervido con salsa de alcaparras. Ya era casi la hora de ir a la laguna y, cuando la señora Gowley recogió la mesa, casi le di un empujón a la señora Peebles para que se sentara al lado del fuego, con la esperanza de que pasara la tarde dormitando. Me sorprendió mucho que protestara y se negara a sentarse. Se quedó de pie junto a la ventana, jugando con el cordón de la cortina.

—¿Qué le apetece hacer esta tarde? —pregunté.

—No sé; estoy muy aburrida —dijo—. ¿Podemos jugar al *snap*? —añadió, con voz casi ilusionada.

Yo pensé: «¿Por qué tengo que pasarme la tarde jugando con una vieja medio chalada, en vez de volar sobre el hielo con Nicholas?». Le propuse que escribiera una carta a su hijo. Si la escribía esa misma tarde, yo podría echarla al buzón después de cenar. Podía contarle que había estado con su amiga, que habían crecido juntas, y lo de los uñeros. Él se alegraría mucho de recibir una carta tan pronto.

—Sí, es una buena idea —asintió. Y nos acercamos al escritorio—. Pero no hay tinta. Seguro que no queda ni una gota en toda la casa. —La tranquilicé en ese sentido, mientras desplegaba las cuartillas, los sobres y el papel, y, al ver que no

había sellos, propuse ir al pueblo a comprarlos.

—¿Le molesta si de paso me quedo un rato viendo a los patinadores? —No le molestaba. De pronto parecía tener mucho interés en escribir esa carta, porque había encontrado en el cajón un cálamo del que ya no se acordaba, con una pluma larga, de un azul muy intenso. La dejé escribiendo y, camino de la laguna, hasta me acordé de comprar los sellos. Me sentía muy agradecida por mi libertad.

La laguna seguía helada, tal como Nicholas había predicho, y hasta estaba mejor que otras veces; incluso las orillas habían vuelto a congelarse. Esa tarde no había tanta gente. Vi a lo lejos a Nicholas, con su jersey blanco, patinando solo y mirándome. Casi se me derrite el corazón. Se me llenaron los ojos de lágrimas, al verlo tan radiante y tan guapo. Pensé si él sentiría lo mismo por mí. Entonces me acordé de que me había llamado *cockney*. Era evidente que no me veía como una diosa ni nada por el estilo; simplemente le caía bien y le hacía gracia. Por eso, cuando llegó a mi lado, yo estaba triste y me sentía muy poca cosa. Pero me ayudó a ponerme los patines y volví a sentirme como una reina, y así seguí sintiéndome el resto de la tarde. Como no podía quedarme mucho rato, Nicholas me acompañó a casa. Cuando llegamos al camino de la señora Peebles me cogió del talle, y una vez acercó tanto su cara a la mía que nos rozamos las mejillas. Fue solo un instante, pero me bastó para comprender el significado de la palabra «éxtasis».

Capítulo XV

Llegó el aguanieve, se convirtió en lluvia, y ésta se llevó la mayor parte del hielo. Lo poco que quedaba estaba sepultado bajo una capa de varios centímetros de agua. A pesar de todo yo seguía yendo a la laguna, que ahora tenía un aspecto muy desolado. Iba andando bajo la lluvia, pero no veía ni rastro de Nicholas; todo estaba completamente desierto. La hierba aplastada y húmeda, salpicada de cáscaras de castañas, era lo único que quedaba de los patinadores, y me acordé de cuando le compramos castañas al anciano que las asaba en un brasero. Se me cayó una castaña al hielo y dejó un agujero pequeño.

Al tercer día pensé: «No volveré a verlo nunca. Terminará su permiso y volverá a Portsmouth». Aun así, no dejé de ir a la laguna. El sol dorado del invierno iluminaba los arbustos, y me dije: «Seguro que eso es lo que vio Moisés —una zarza resplandeciente bajo el sol— y lo tomó por la llama sagrada». Al final del camino de la señora Peebles, vi a Nicholas solo y aburrido, con las manos en los bolsillos. No me lo esperaba, y me dio tanta alegría que casi estuve a punto de tropezar con él. Me saludó muy tranquilo. Dijo que estaba esperando, con la esperanza de verme. Iba camino del astillero, que estaba cerca, y se lo ocurrió que quizá me gustaría acompañarlo. Acepté sin dudar, aunque ni sabía nada de barcos ni me interesaban en lo más mínimo; en realidad nunca había estado en un barco. Así que fuimos al astillero, que estaba en la ría. Yo me había fijado alguna vez en los barcos y en los cobertizos negros, pero nunca caí en la cuenta de que era allí donde se construían. Era como una fábrica de barcos. Olía a madera que daba gloria, y había varios hombres trabajando en los cascos de unos veleros y reparando otras embarcaciones más grandes. Nunca me había parado a pensar en lo hondos que eran los cascos de los barcos, ni en la forma tan elegante y tan bonita que tenían. Fui a dar una vuelta por los astilleros mientras Nicholas charlaba con los hombres y les pedía consejo sobre el velero que quería construir. El pelo rubio le cubría un ojo, y me fijé en que, aunque era muy guapo, tenía la nariz un poco torcida, y no sé por qué eso hizo que me gustara todavía más.

La tarde pasó muy deprisa. Era horrible volver a casa de la señora Peebles cuando podía seguir con Nicholas. Tenía la sensación de que siempre me estaba despidiendo de él: a veces no volvía a verlo hasta pasados dos días, y eran días perdidos para mí.

Una vez, cuando llegué al final del camino con la esperanza de encontrarlo, solo vi un coche gris. Pero, al mirar mejor, resultó que Nicholas estaba al volante. Pasamos la tarde recorriendo la isla y fue sencillamente maravilloso, muy distinto del paseo en carro con Ojitos. Y así llegó el día en que fui a casa de Nicholas. Quería enseñarme el barco que estaba construyendo en un cobertizo, al lado de la playa. De momento no era más que el esqueleto de un velero muy pequeño, y no significaba

demasiado para mí, salvo que era obra de Nicholas. Pero quería darle a entender que me interesaba, dije «¡Ajá!» de vez en cuando, y creo que con eso bastó. Me enseñó los lienzos de las velas y me preguntó si podría coserlas si él las cortaba, para dentro de una o dos semanas. Le dije que sí, naturalmente. No paraba de pensar qué diría la señora Peebles cuando me viera coser un lienzo tan grande, y lo duro que era el lienzo, pero sería un honor coser para Nicholas.

Cuando por fin se decidió a salir del cobertizo fuimos a su casa por el jardín. Entramos por la cocina y pasamos por delante de dos doncellas con cofia y delantal blanco que estaban cosiendo, en una mesa muy larga. La parte principal de la casa no se parecía a nada que yo hubiera visto: los suelos eran claros y estaban relucientes, y había alfombras orientales, un fuego resplandeciente y las sillas más cómodas en las que me había sentado nunca, tapizadas con raso de flores. Era todo de un lujo indescriptible, aunque las paredes estaban pintadas, en vez de empapeladas, y apenas había adornos, solo un cuadro encima de la chimenea. Serví el té en una tetera de plata. El azucarero y la jarra de la leche también eran de plata. Nicholas dijo que era plata muy vieja, la había traído un tío suyo de la India, estaba oxidada y había que hervirla una vez a la semana para conservarla limpia. Comimos barquillos con mermelada junto al fuego resplandeciente, y me imaginé que estábamos casados y que ésa era nuestra casa.

Entonces volvió la madre de Nicholas. Se detuvo en el centro del salón, alta y tranquila, para quitarse los guantes. Nicholas nos presentó, y ella no pareció sorprendida de encontrarse con una desconocida en su casa.

—Toca la campanilla para que traigan más té, querido —le dijo a Nicholas, tras destapar la tetera y asomarse a mirar en su interior—. Éste ya está pasado. —Dejó el abrigo y el sombrerito en una silla y se sentó en otra. Me dejó pasmada al ver que le pedía a su hijo un cigarrillo. Se sentó y se puso a mirarnos entre el humo y a tirar la ceniza en la chimenea mientras esperaba el té. Al final conseguí levantarme y dije que tenía que volver a casa.

—¿De verdad tienes que irte? —preguntó la madre de Nicholas—. Vuelve otro día. —Pero yo sabía que se olvidaría de mí en cuanto saliera por la puerta. Me marché cuando la doncella llegó con el té. Nicholas me acompañó hasta la cancela del jardín.

—Sabrás volver a casa, ¿verdad? —dijo. Me dio una palmadita muy cariñosa y volvió con su madre. Oí que la puerta se cerraba de un portazo.

Volví mitad andando, mitad corriendo en la oscuridad. Sabía que era muy tarde, y que la pobre señora Peebles se las estaría viendo y deseando para encender las lámparas. A lo mejor estaba sentada a oscuras, llorando junto al fuego agonizante. Resultó que había conseguido encender las lámparas, pero el fuego se había consumido y, por supuesto, no había tomado el té. Se enfadó conmigo por primera

vez. No me gritó ni me echó un sermón, pero estaba muy fría y muy distante, y yo sabía que me lo merecía. Me eché a temblar mientras encendía el fuego y lo avivaba con papel de periódico. Me sentía profundamente desgraciada, aunque poco antes estaba feliz.

La tarde siguiente me quedé con la señora Peebles. La verdad es que ella no quería mi compañía —solo quería dormir—, pero al menos estaba allí para prepararle el té y con eso me perdonó. Cuando fui a la cocina, la señora Gowley debió de oírme cruzar el pasillo. Oí que las escaleras crujían, y poco después vi asomar su cara de duende maligno en el umbral de la puerta.

—¿Estás haciendo el té de la señora? —preguntó con sorna—. Ayer por la tarde estuviste con tu amigo, ¿verdad? Al señor Peebles no le gustará enterarse de que descuidas a su madre para pelar la pava con un chico en un cobertizo. A lo mejor no lo sabes, pero el señor Gowley os vio entrar en el cobertizo ayer por la tarde. Se quedó horrorizado. —Me sentí mal y me entró miedo, aunque solo un momento. Entonces me acordé de cómo hablaba la madre de Nicholas a las criadas.

—Con eso es suficiente, señora Gowley. Puede retirarse. —Se quedó muy sorprendida, y se puso colorada.

—Eso sí que es bonito —me gritó—. ¿Quién te has creído que eres? Me haces reír. —Y se marchó fingiendo una horrible carcajada: «Jo, jo».

Un par de días más tarde salí al jardín a contemplar las hojas rizadas de las primulas, con la esperanza de ver alguna yema, porque había oído decir que en la isla florecían muy pronto, sobre todo las púrpuras. Se palpaba la primavera en el ambiente, y los andarríos brincaban por la arena embarrada con sus gritos extraños. Oí pasos a mi espalda. Era el señor Gowley. Se me acercó y me miró con aquellos ojos aterradores que se movían cada uno por su lado.

—Bueno, Alice. Hace tiempo que no tengo ocasión de hablar contigo. Eres muy ladina, de eso no cabe duda, pero no volveremos a hablar de ese asunto. Mi mujer y yo vamos un poco atrasados con los pagos de la manutención de mi pobre padre, que es muy mayor, y he pensado que quizá querrías ayudarnos. Una libra significaría mucho para él. —Se me acercó mucho, sonriendo y enseñando los dientes amarillos y desiguales. Me dio muchísimo miedo, miedo de la maldad que irradiaba. Me quedé unos momentos sin saber qué hacer, rompiendo un palo que tenía en la mano; luego di media vuelta y me marché muy erguida. Aunque tenía frío, noté que estaba sudando.

Volví a casa con intención de pensar. La señora Peebles se sentó a mi lado a ordenar botones y empezó a quejarse: estaba segura de que tenía un juego de botones azules, y tampoco encontraba los de acero. Me tranquilicé poco a poco al ver la que estaba montando la pobre mujer por esos absurdos botones. Llegué a la conclusión de que no tenía ningún motivo para temer a los Gowley. En realidad no podían hacerme

daño: como mucho podían escribir una carta a Ojitos, por despecho, pero él no les creería. Ya había tomado la decisión de despedirlos en cuanto llegase la primavera, y no sería tan difícil encontrar gente dispuesta a trabajar en la casa, aunque estuviera tan aislada. La primavera ya casi estaba allí, y los Gowley se irían muy pronto. Los imaginé murmurando y maldiciendo al salir con sus cajas de cartón llenas hasta los topes, el uno delante de la otra.

Escribí una carta a Ojitos. Me costó mucho, pero tenía que protegerme. Le dije que los Gowley estaban más desagradables de lo normal, y que el señor Gowley había intentado chantajearme, si a eso se le podía llamar chantaje. Le conté que había estado patinando con un marinero que se llamaba Nicholas, y que había pasado una tarde viéndolo construir un barco en un cobertizo; esperaba que no le molestase y que no pensara que por eso había desatendido a su madre. La verdad es que me sentía culpable de no haber cuidado bien de la señora Peebles, y no quería que Ojitos supiera que la había dejado sola tanto tiempo.

La tarde siguiente volví a dejarla sola. Nicholas se presentó por sorpresa en el coche de su padre y aparcó delante de la casa. Yo estaba en el jardín de atrás. En cuanto oír el motor, supe que era él y salí corriendo. Estaba en el umbral de la puerta, tocando la campana, muy elegante con su abrigo de motorista. Era su último día de permiso y quería llevarme a dar un paseo. Subí corriendo a preguntarle a la señora Peebles si podía salir. Dijo que por supuesto. Parecía muy emocionada con el coche y casi se precipitó a la ventana de la cocina para verlo desde allí. Me vestí y bajé a toda prisa. Nicholas estaba mirando el motor, y los Gowley merodeando alrededor de la puerta. Llegué justo a tiempo de oírle decir al señor Gowley, con mucho descaro:

—¿Quién te ha dado permiso para venir con eso, eh?

Nicholas ni siquiera se inmutó, pero yo sentí que la sangre me subía a las mejillas y se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Ah, ya estás aquí. ¡Qué rápida eres! —dijo al verme. Y, para que los Gowley se enterasen, añadió—. A la señora Peebles no le molesta que venga. —Me abrió la puerta del coche, y, una vez instalada, miré hacia la ventana para decirle adiós con la mano a la señora Peebles. Me respondió con el mismo gesto. Nos alejamos dejando una mancha de aceite en el suelo y pasamos una tarde gloriosa; al menos para mí lo fue.

Capítulo XVI

Nicholas se marchó y yo volví a mis sueños y a mi vida solitaria. Me pasaba las horas en la caravana, unas veces leyendo, otras veces solo pensando en Nicholas: en sus ojos sonrientes y azules y en el flequillo que le cubría la frente; en cómo encogía ligeramente las puntas de los pies cuando estaba sentado; en su nuca, tan limpia e indefensa. Recuerdo que la noche de su partida estuve llorando hasta que me quedé dormida, aunque nos despedimos muy felices y él me dijo que esperaba regresar pronto. Pero no soportaba la idea de no volver a verlo al día siguiente, de que pasaría semanas sin tener nada que esperar.

Esa noche volvió a ocurrirme lo mismo: floté definitivamente. La luz de la luna entraba por la ventana en haces blancos y las cortinas se mecían con el viento de la noche. Me había despegado de la cama, y toda la ropa, menos una sábana, estaba desperdigada por el suelo. Floté por toda la habitación. A veces llegaba casi hasta el techo, pero no quería tocarlo, por miedo a caer. Cuando me acercaba a un objeto, a una pared o al guardarropa, por ejemplo, un sexto sentido me hacía cambiar de rumbo, como había oído que hacen los murciélagos, y esta sensación me infundía confianza. Algo me decía que tenía que ponerme recta, aunque relajada. Empecé a elevarme en horizontal, primero los pies, y me tranquilizó ver que la ventana solo estaba entreabierta y no corría peligro de salir volando.

No sé cuánto tiempo pasé en el aire; creo que unos siete minutos. Luego me invadió una sensación de agotamiento y quise volver a la cama. Di la orden y empecé a descender muy despacio; solo sentía el aire alrededor, hasta que entré en contacto con el colchón tibio. Me quedé un rato quieta, casi desmayada de cansancio, y por fin conseguí levantarme para recoger las mantas. Después me sumí en un sueño profundo y no soñé nada.

Me despertaron las sacudidas en el suelo cuando la señora Gowley pasó por delante de mi puerta. Estaba tan cansada que me parecía imposible salir de la cama, pero hice un esfuerzo, me asomé a la ventana y me sentí renovada al darme en la cara el sol de la primavera. Me quedé mirando las gaviotas que volaban en círculos, y a un anciano que estaba arando, y unas gallinas que picoteaban entre los arbustos de nuestro jardín. Oí vocear a los patos y sentí la nostalgia de un hogar que nunca había tenido.

Mientras desayunaba con la señora Peebles, un café sorprendentemente bueno que la señora Gowley había preparado, apenas dijimos una palabra. Yo no paraba de pensar en mis experiencias nocturnas. Ahora sabía que Ojitos se equivocaba, que lo mío no era mareo, que había ocurrido de verdad. Probablemente les pasaba a cientos de personas, pero nadie lo decía. Pensé en contárselo a la señora Peebles, porque la pobre mujer no parecía sorprenderse de nada.

—Señora Peebles —dije, pero no me contestó. Estaba masticando un trocito de cáscara de huevo que se le había metido en la boca—. Señora Peebles —repetí, en voz más alta, y me miró un poco aturdida—. Señora Peebles, ¿alguna vez ha oído hablar de alguien que flotara por la habitación... que se elevara del suelo y flotara por el aire?

Siguió masticando la cáscara de huevo con aire pensativo. Al momento se le iluminó la cara.

—Sí, supongo que te refieres a la levitación. Creo que era bastante común en otra época, aunque no recuerdo cuándo. Me parece que una vez oí hablar de un monje que se llamaba José de Cupertino... ¿O eso es el nombre de un pueblo de Italia? Por lo visto hacía cosas muy raras y no le dejaban sentarse en el coro, porque se elevaba y se quedaba suspendido en el aire, y causaba tal revuelo que alteraba el servicio. Le siguió pasando muchos años, y el pobre monje no podía salir de su celda; le habilitaron allí una pequeña capilla privada. Se decía que practicó el ayuno y la mortificación, pero no le sirvió de nada. ¡Pobre hombre! ¡Le daba mucha vergüenza! Mi madre también hablaba de un hombre llamado Home, que trabajaba un club de caballeros. Entraba y salía flotando por las ventanas de una mansión de Londres... Ashley House, creo que se llamaba. Ahora ya no se habla de esas cosas.

La escuché, fascinada. Era verdad: yo había flotado o levitado, o lo que fuese.

—¿Usted ha flotado alguna vez, señora Peebles?

—No —dijo, bastante molesta—. Yo nunca haría una cosa así. Yo no soy peculiar.

Siguió masticando la cáscara de huevo, que al parecer se resistía, y yo volví a mis pensamientos. Estaba claro que algunas personas flotaban —no todo el mundo, quizá tantos como zurdos había—, pero era una cosa «peculiar», de la que no convenía presumir; había que guardárselo para dentro y practicarlo cuando no hubiese nadie cerca. Pensé si ocurriría también de día, o al aire libre. Sería maravilloso flotar en un bosque, entre los pájaros, si no hubiera peligro de caer entre los árboles y enredarse en las ramas.

Estaba pensando en esto cuando la señora Peebles de repente se levantó y dijo que los Gowley estaban intentando envenenarla, que estaba segura. Tuve que llevarla corriendo a su salita para que no se encontrara con la señora Gowley cuando viniese a recoger la mesa, y la acusara de toda clase de horrores. A veces pasaban cosas que daban mucho miedo. La señora Peebles se ponía a chillar como loca, y los Gowley intimidaban y amenazaban a la pobre mujer demente. Protestaban a gritos, decían que eso era una injusticia, y hablaban de la policía y de testigos, como si se tomaran sus acusaciones muy en serio. Entonces la señora Peebles me pedía ayuda. Yo no tenía más remedio que intervenir en la discusión, y toda la vehemencia de los Gowley se volvía contra mí. Eran repulsivos.

Por suerte conseguí llevarme a la señora Peebles antes de que la señora Gowley viniese a traer unas cartas. Una era para mí, de Ojitos; y había otra para su madre, que gracias a eso se tranquilizó un poco. Ojitos respondía a la carta en la que yo me había quejado de los Gowley. Me fijé en el sello del envío y vi que la habían retenido un día. La carta contenía poco más que amabilidad, cariño y la promesa de despedir al matrimonio por haberme insultado. Ojitos ya tenía en mente a una pareja casada que se quedaría libre en Semana Santa, gente mucho mejor, con una niña pequeña. No decía una sola palabra de reproche para Nicholas; al contrario, le estaba agradecido por haberme enseñado a patinar. Vendría a casa en Semana Santa y entonces despediría a los Gowley; quería estar presente cuando se marcharan, para asegurarse de que no se llevaban nada que no les perteneciera. A su madre también le decía que los Gowley se marcharían pronto. Se puso loca de contenta y dijo que, en cuanto se hubieran ido, podría sentarse en el jardín, incluso dedicarse un poco a la jardinería, volver a las cosas que había abandonado años antes de que los Gowley vinieran a vivir con ella.

Esa tarde la dejé al lado de la ventana, viendo subir la marea y disfrutando de la tibieza del sol en el cristal. Era un precioso día de primavera y las nubes surcaban el cielo a gran velocidad. Empezaba a notarse en los campos un verdor leve y fresco. Las yemas de los árboles estaban hinchadas, con las puntas como flechas, y en los arbustos ya asomaban las candelillas, como orugas muy animadas. Pasé por delante del hombre que criaba las gallinas vietnamitas.

—Venga a ver esto, señorita —dijo. Tenía en el cobertizo una gallina blanca, muy grande e hinchada, y cada minuto asomaba un polluelo debajo de sus alas—. Son los primeros pollos que nacerán en la isla este año —anunció con orgullo. Me dio vergüenza reconocer que eran los primeros pollos que yo veía. El anciano se agachó para tensar la cuerda con la que se sujetaba los pantalones por debajo de las rodillas, seguramente para que le resultaran más cómodos. Le costó un poco enderezarse, porque tenía mucho reuma en la espalda. Lo dejé moliendo maíz para los polluelos. Ya se había olvidado de mí por completo cuando seguí mi camino.

Me sentí muy sola debajo de los tejos, que suspiraban con la brisa, y salí del cementerio para dar un paseo al sol. Dos jinetes se acercaban por el camino. Pasaron a medio galope por el borde de la hierba y no me vieron. Una chica iba en cabeza. El jinete que la seguía era Nicholas. Al verlos pasar tan altos, con el sol reflejado en el pelo castaño de los caballos, pensé: «¡Qué altivos parecen! ¡Tan hermosos y tan libres!». Hasta el arnés chirriaba con orgullo.

Se alejaron hacia el mar y seguí andando hasta un bosquecillo que conocía bien. En un claro había un abedul caído, donde a veces me sentaba y me quedaba muy quieta, para que los pájaros se acercaran a mí. Ese día me tumbé en el árbol y sentí que la tristeza y la soledad me invadían como olas. Las lágrimas resbalaban despacio

y me hacían cosquillas en las orejas. Pensé: «Hasta mi forma de llorar es humilde y vulgar; se me meten las lágrimas en las orejas». Pero las lágrimas humildes y vulgares me consolaron, y quise creer que Nicholas había regresado a la isla ese mismo día, y que aquella muchacha tan encantadora sería una prima o una amiga de la infancia. Al día siguiente vendría a verme a casa de la señora Peebles, quizá en el coche de su padre, y a lo mejor me llevaba las velas de su embarcación para que las cosiera.

Casi llegué a convencerme de que sería así, aunque no del todo. Después me animé al pensar que al menos no estaba siempre pegada a la tierra, como la mayoría de la gente. Me quedé tumbada en el árbol caído, muy relajada, y traté de flotar intencionadamente. Esperé un rato, pero no pasó nada, aunque me sentía adormilada, suelta y ligera. Entonces me elevé por el aire, apenas unos centímetros. Los ruidos del bosque cesaron de repente, y se hizo un gran silencio, como si el mundo se quedara impresionado al ver violadas todas las leyes de la naturaleza. Me asusté y me dio tanto miedo que me puse rígida. Caí de golpe sobre la hierba, temblando, aunque no me hice daño. Y sentí un ligero escalofrío de victoria. Podía flotar cuando quisiera: no era un sueño ni una enfermedad. Podía levitar. Volví a casa cuando empezaba a oscurecer, sintiendo un orgullo desconocido.

Capítulo XVII

El día siguiente a mi experiencia en el bosque empezó mal. No me llevaron agua caliente a mi habitación, y me sirvieron para desayunar una simple tostada con un té aguado y frío. La señora Gowley sorbía mucho por la nariz cuando vino a recoger el frugal desayuno, y comprendí que había caído en desgracia. Quizá habían recibido una carta de Ojitos en la que les anunciaba que estaban despedidos. A la hora de comer nos plantaron delante un plato frío, de muy malos modos. Di gracias por que la señora Peebles estuviera ese día muy distraída, como le ocurría a veces, ajena a todo y encerrada en sí misma. Por la tarde la dejé al lado del ventanal que miraba a la ría. Estaba clasificando sus botones con expresión ausente y no puso ningún reparo a que la dejara sola, aunque era más tarde de lo normal para dar un paseo. Tenía la vaga esperanza de que Nicholas pasara por la casa y, al ver que no venía, me entró la impaciencia de salir. Pensé que quizá me estaría esperando al final del camino.

Allí no había nadie más que un niño pescando en la laguna. Llevaba un pañuelo atado en la cabeza y tenía la cara hinchada, como si tuviera paperas o un flemón. Le pregunté si había visto pasar a un caballero por allí, andando o en un coche a motor. Se ajustó el pañuelo y me miró con aire distraído.

—No sé —dijo—. Tengo un bulto en la garganta. —Me dio la espalda y siguió pescando. Fui a la pista de patinaje, pero también estaba desierta. Hasta el agua de la marea había desaparecido. Luego, sin proponérmelo, eché a andar hacia las dunas que estaban detrás de casa de Nicholas.

Me hundía en la arena, con el viento en la cara. Un hombre pasó a caballo, pero no era Nicholas. Seguí las huellas de los cascos en la arena sin levantar la mirada hasta que oí voces en el viento. Miré en esa dirección y vi a Nicholas inclinado sobre un bote, pintándolo, quizá. Llevaba puesto un jersey de pescador muy sencillo y tenía la frente tiznada de alquitrán o algo por el estilo, pero estaba radiante, y creí que iba a derretirme de asombro. Me quedé muy quieta, hasta que oí la voz de una muchacha y volví la cabeza. Era la misma del día anterior, la que iba a caballo. Tenía el pelo como la vara de oro cuando empieza a marchitarse, con muchos reflejos del sol, suelto y alborotado por el viento. Llevaba la blusa desabrochada en el cuello y la chaqueta de Nicholas echada sobre los hombros. Estaba fumando un cigarrillo, sentada en un cubo vuelto del revés, con la misma elegancia que si fuera un trono, me pareció. Le dijo algo a Nicholas con una voz sonriente y relajada. Inclino la cabeza hacia atrás, y el cuello, precioso, asomó por el escote de la blusa.

«Van vestidos como un par de vagabundos», pensé. Pero irradiaban elegancia a pesar de su descuido. No me atrevía a acercarme. Di media vuelta, avancé unos pasos y eché a correr hacia casa.

Llegué sin resuello. Las puertas estaban abiertas, como si un vendaval las hubiera

forzado, aunque todo había vuelto a la calma. La señora Peebles me llamó con voz triste y apagada, y se acercó al rellano mientras yo subía las escaleras. Estaba llorando.

—Alice, se han ido. ¡Los Gowley se han marchado sin decir palabra! ¿Qué dirá mi hijo?

Procuré tranquilizarla. Le dije que habrían decidido pasar la tarde fuera y que, si de verdad se habían marchado, era un motivo de alegría; le recordé los disgustos que le daban. Pero ella estaba empeñada en que su hijo se enfadaría mucho.

Bajé y abrí las puertas de las habitaciones que ocupaban los Gowley. Encontré por todas partes botellas vacías y trozos de pan mordisqueados, mugre y periódicos viejos, pero ni rastro de la pareja. Puse el hervidor al fuego y abrí las ventanas, para que se fuera el olor. De repente oí gritar a la señora Peebles. Los gritos venían del comedor. Estaba señalando la repisa de la chimenea. Yo no notaba nada raro, solo que el papel pintado parecía un poco más claro en una zona. Entonces vi que faltaba algo: el reloj dorado con la estatua de Cupido había desaparecido. Tampoco estaban los candelabros de plata en el aparador. Abrimos juntas el cajón de la cubertería. Solo quedaba el tapete verde: la plata se había esfumado. La señora Peebles había dejado de gritar. Ahora temblaba y sacudía los hombros delgados como una pobre marioneta. Propuse ir al pueblo y avisar a la policía, pero no me dejó.

—Ya avisaron una vez a la policía; no quiero que la gente vea que la policía viene a casa. Pero ¿qué dirá Henry? Se han llevado el reloj de su padre y toda la plata.

Conseguí llevarla a la cama. Para entonces yo estaba medio muerta de cansancio y de preocupación, además de asustada de la responsabilidad de hacerme cargo de la señora Peebles sin ayuda de nadie. Antes de acostarme escribí una nota apresurada a Ojitos para pedirle que viniera enseguida. Quería contarle que los Gowley se habían marchado con la plata. Estaba demasiado cansada para echarla al correo esa misma noche, y decidí que se la daría al lechero por la mañana.

Me desperté con un gran cargo de conciencia. Fui derecha a la habitación de la señora Peebles para ver si necesitaba algo. Estaba en la cama, muy quieta, ausente, en un estado muy extraño. No quiso que le llevase el desayuno a su dormitorio, y comimos juntas sin decir palabra. Estaba como ida. Había un silencio muy extraño en la casa sin los ruidos de los Gowley. La señora Peebles se pasó la mañana sentada en el sofá, muy recta, con los ojos muy abiertos, pero sin mirar nada. No me hacía gracia estar sola con ella, aunque no me daba ningún trabajo. Era evidente que le pasaba algo malo. A veces susurraba para sí, en voz demasiado baja para que pudiese oírla.

Por la tarde la obligué a descansar. Cuando me pareció que se había quedado dormida fui al pueblo en busca de alguna mujer que quisiera instalarse en la casa para echarme una mano. De camino me encontré con el anciano de las gallinas vietnamitas. Estaba haciendo una colmena con un trozo de madera de color claro y

tenía un montón de virtudes alrededor de los pies. Fui a la granja donde compraba las hortalizas, pero no sabían de nadie que quisiera trabajar para la señora Peebles; la mujer me dio con la puerta en las narices, para dejarme bien claro que nadie querría trabajar en esa casa.

En la tienda del pueblo, con el escaparate lleno de postales de verano de muchos colores, como una cortina, me pasó lo mismo, a pesar de que compré cerillas para armarme de valor antes de pedir ayuda.

—Ah, no, señorita —la mujer se apartó del mostrador y me miró con reproche a través de unos lentes de montura de acero que eran casi cuadrados—. No encontrará a nadie que quiera trabajar en la casa quemada. —Le dije que la casa ya no estaba quemada, que vivíamos en la planta de arriba, pero ella negó con la cabeza—: Será mejor que ponga un anuncio en los periódicos de Londres si necesita ayuda. —No volvió a mirarme, y tuve la sensación de que me estaba echando.

Al salir de la tienda oí que un coche se acercaba y pensé que podía ser Nicholas. No soportaba verlo con esa chica tan rubia y tan adorable. Estaba solo y pensé que quizá iba mi casa. Lo saludé con la mano frenéticamente, olvidándome de mi timidez, y eché a correr sin dejar de mover las manos. Se detuvo y me preguntó si quería dar una vuelta.

—Iba hacia tu casa —dijo. Subí al coche.

—Qué horrible si hubieras ido cuando yo no estaba —contesté.

Nicholas tardó un buen rato en responder.

—No iba a verte exactamente —explicó—. Estoy buscando a un granjero para que me preste unos caballos, y me han dicho que vive en el mismo camino, aunque esperaba verte. —Me miró mientras decía estas palabras. Supe que no decía la verdad, y mi breve felicidad se esfumó por completo.

Bajamos del coche y cruzamos un campo. Aunque Nicholas me hablaba con la misma naturalidad de siempre y me gastaba las mismas bromas, todo había cambiado entre nosotros, y me alegré mucho cuando encontramos al granjero. Era un hombre moreno y llevaba varios hurones en un bolsillo; parecía más bien un cazador furtivo. Se pusieron a hablar y yo me senté en una paca de heno a la que le faltaba un buen pedazo. Era un asiento cómodo, desprendía un olor dulce, y estando allí se me ocurrió una idea: «Le enseñaré a Nicholas que soy capaz de hacer cosas que otros no hacen».

Oí que el granjero se alejaba y Nicholas se acercaba por detrás. Cerré los ojos para concentrarme. Me llamó por mi nombre, pero me quedé muy quieta hasta que noté que me elevaba. Sonreí para mis adentros: me sentía ligera y libre. Sabía que Nicholas estaba detrás de mí.

Entonces le oí susurrar, muy asustado:

—¡Madre mía! ¡Para, para, te lo ordeno!

Abrí los ojos y volví la cabeza por encima del hombro. Teníamos la cara a la

misma altura, solo que la mía estaba en posición horizontal. Nicholas estaba blanco y parecía horrorizado, como si me considerase infame y vil. Me dejé caer en el montón de heno y me quedé muy quieta. Nos miramos un momento. De pronto dio media vuelta y me dijo entre dientes:

—Mejor que vengas, si es que vas a venir —dijo. Le contesté que no, que quería quedarme un rato allí, y se fue sin mirar atrás. Oí que el coche arrancaba y se alejaba, hasta que el ruido del motor se apagó por completo.

La última vez que vi a Nicholas fue al día siguiente. Iba a caballo con su amiga, por el borde del bosquecillo. Los observé desde el camino y, aunque estaba bastante lejos, los vi trotar al sol y a la sombra.

Ojitos apenas había tenido tiempo de recibir mi carta, pero yo seguía esperando que viniese a ayudarme. Salía al camino todas las mañanas, para ver si venía, pero siempre lo encontraba desierto, y, al volver a casa, su madre seguía sentada como una estatua, con la mirada perdida, a veces hablando sola. Llegó a hacérseme repulsiva, como una flor marchita, y una tarde no pude soportarlo más. Me fui corriendo a la caravana y me tumbé a escuchar los andarríos y las gaviotas. Ni siquiera podía llorar, de tanto como me despreciaba. Al cabo de un rato me pareció oír llorar a otros. La verdad es que su tristeza me molestó, como si yo fuera la única que tuviera derecho a estar triste, pero enseguida me avergoncé de ser tan egoísta y abrí la puerta de la caravana para escuchar mejor. No volví a oír el llanto y pensé que habían sido figuraciones mías. Me incliné sobre la mitad de la puerta y vi que la marea estaba subiendo y el agua cubría ya la mitad de la ría. El viento de la primavera me apartaba el pelo de la cara y me hacía sentirme limpia y fresca.

Volví a casa campo a través. La señora Peebles había dejado de parecerme repulsiva. Quería olvidarme de mí y consolarla un poco. La imaginé inmóvil, marchita y triste. La puerta del invernadero estaba abierta, y también la vidriera que comunicaba con la casa. La cara de Shakespeare se balanceaba adelante y atrás, y la luz de la claraboya iluminaba el zaguán. Me acerqué a las escaleras.

Tintín, tintín, empiezo a subir; tintín, tintín, cruzo el rellano. Todas las puertas están abiertas. Encuentro un zapato suelto de la señora Peebles, atrapado entre los hierros. Por las puertas abiertas veo que las ventanas de las habitaciones también están abiertas, y la casa parece un zoológico del que todos los animales se han escapado. No hay nadie. «Señora Peebles, ¿dónde está?». ¿Dónde está? Ni arriba ni abajo, ni en el jardín, porque no sale nunca. ¿Dónde está? La busco por todas partes, hasta en el cobertizo verde, pero no está colgada del techo con la soga ceñida al cuello marchito.

Dejo la casa con todas las puertas y las ventanas abiertas, salgo corriendo por el camino y me encuentro con el hombre de las gallinas vietnamitas; las veo brillar, blancas y enormes, en la oscuridad del cobertizo. Le digo que no encuentro a la

señora Peebles. Al principio no me entiende. Por fin contesta, despacio.

—¿No querrás decir a la que se ahorcó... esa que está chiflada?

—Sí —respondo.

Se queda pensativo.

—Mala cosa. ¿Quieres que te ayude a encontrarla?

—Sí —repito. Y viene conmigo a la casa quemada.

Buscamos por todas partes, aunque yo ya haya buscado antes. «¿Dónde está, señora Peebles?»: la llamo en voz alta, pero no hay respuesta.

—Mala cosa —vuelve a decir el hombre. Se queda pensativo, masticando tabaco, y escupe saliva marrón. Me deja sola y se va al pueblo a pedir ayuda. Me quedo en la casa por si ella vuelve, quizá con un solo zapato.

Voy a la ría y miro hacia el embarcadero. No está allí, y tampoco la veo acercarse por el camino de la orilla. Echo a andar por el embarcadero para mirar desde el extremo, pero todo está desierto y solitario, y el viento se ha vuelto frío. Vuelvo despacio. Tropiezo con una cosa negra. Es el otro zapato, el zapato puntiagudo de la señora Peebles, el compañero del que he visto en el rellano. Eso quiere decir que va descalza y así no ha podido llegar muy lejos. Quizá no ha llegado más lejos. Me asomo a mirar en el agua, pero está oscura y vacía, con pequeñas olas encrespadas. Plas, plas, las olas chocan contra la barca y los postes que soportan el embarcadero, y siguen resonado en mi cabeza cuando ya me he alejado de allí. «Plas, plas. ¿Dónde está, señora Peebles?».

La señora Peebles estaba muerta: muerta y ahogada. Los vecinos la buscaron por todas partes, aunque antes no habían querido ayudar. La encontraron debajo del agua. Yo estaba en casa, con un policía muy amable que me hizo muchas preguntas, de ella y de los Gowley.

—¿Le molesta si fumo? —preguntó. Y me quedé con el policía mientras los vecinos sacaban del agua a la señora Peebles. Me consoló y me dijo que era mejor que se hubiera ahogado a que se hubiese ahorcado, pero, aunque tenía mucha razón, yo sabía que no la había ayudado lo suficiente. Se la llevaron al hospital, a pesar de que ya estaba muerta, y el policía me llevó a su casa, de ladrillo rojo, muy limpia. En una caja, junto a la chimenea, guardaba las palomas que no habían sabido volver a casa, a la espera de que sus dueños las reclamaran.

Pasé la noche en casa del policía. Al día siguiente Ojitos llegó a la isla, triste y abatido, sin una sola palabra de reproche para mí; solo se reprochaba a sí mismo y a los Gowley. Hubo una investigación y tuve que comparecer. Aunque me permitieron que me sentara al declarar, me puse a temblar y me castañeteaban los dientes. Oía el alboroto de los gorriones fuera de la sala. Intenté concentrarme en eso, pero en lo único en que podía pensar era en la señora Peebles y en que no había sabido consolarla. Me pregunté si cuando la encontraron en el agua estaría doblada o tendida

y en paz.

Capítulo XVIII

Ojitos me llevó en tren a casa de mi padre. Dijo que me estaba esperando. ¡Qué miedo me daba que mi padre me estuviera esperando! Yo hubiera preferido que me esperase cualquier otra persona menos él. Me acordé del día en que se puso a hablar con mi madre cuando ella ya había muerto, me acordé de sus manos fornidas y crueles, de su cabeza grande y tozuda como la de un toro, y pensé que era un hombre terrible. El tren me acercaba poco a poco hacia él. Apenas hablamos durante el viaje. Ojitos iba muy erguido y no paraba de suspirar. Tenía un remiendo en forma de diamante negro en la manga de la gabardina. Me pareció una falta de consideración ponerme a leer las revistas que él me había comprado, así que las dejé encima de las rodillas y me puse a mirar por la ventanilla. En todas partes se notaba la llegada de la primavera. En casa no habría ninguna señal de primavera; solo el mirlo estaría cantando en el acebo sucio.

En la estación cogimos un coche que nos llevó despacio y a tumbos. Llegué a casa y, en cuanto abrí la puerta, me recibió el mismo olor de siempre, el olor de los animales. La señora Churchill me esperaba con un aire muy triste, como si se hubiera frotado la cara con ceniza como se hace el miércoles de ceniza, aunque ese día era viernes. Me dio la bienvenida, pero parecía disgustada por algo. Ojitos y el taxista me siguieron hasta el recibidor, y la señora Churchill le dio seis peniques al taxista para que subiera el baúl a mi dormitorio. Nos quedamos en el vestíbulo viéndolo forcejear con el bulto negro. Pregunté dónde estaba el loro. Me extrañó no oír sus gritos de recibimiento; quizá había muerto. La señora Churchill torció el gesto.

—Ella lo ha echado; dijo que no lo soportaba. Y yo me voy mañana. No nos soporta, ni al pájaro ni a mí —explicó.

O sea que «ella» había vuelto. «Ella» solo podía ser Rosa. Nos quedamos callados en el lúgubre recibidor. Momentos después, la señora Churchill se fue a la cocina, sollozando y sacudiendo los hombros. Ojitos me pasó un brazo por la espalda y quiso abrazarme. Me quedé tiesa como un palo mientras él murmuraba en mi pelo.

—Lo siento mucho, Alice. Es una desgracia. Pero vendré dentro de unos días, como máximo una semana. Tengo que volver a casa para el funeral de mi madre, aunque ya no puedo decir que sea mi casa. Adiós, querida niña. —El brazo enfundado en la gabardina me estrechó un poco más, y supe que a su regreso me pediría que me casara con él, y que viviríamos en Earl's Court, lejos de mi padre y de Rosa. Allí estaría a salvo, con Ojitos y las ancianas de los pequineses, y tendríamos visillos de encaje, para que la gente no nos viera desde la calle.

«¡Ay, Nicholas! —pensé—. ¡Ojalá me hubiera casado contigo. Habríamos salido a pasear a caballo bajo el sol y a navegar en tu velero, y, cuando tú estuvieras en el mar, yo te habría esperado en esas sillas tapizadas de flores pensando en ti!». Ahora

tenía que casarme con Ojitos y verlo dando vueltas de acá para allá con esos tirantes que llevaba siempre; una vez le había visto los brazos desnudos, y eran fuertes y peludos. Me quedé llorando cuando se marchó, y él pensó que lloraba porque no volvería a verlo hasta dentro de una semana. Incluso los hombres humildes son un poco engreídos a veces.

Rosa salió del comedor cuando oyó que Ojitos se había marchado. Parecía una negra blanca más que nunca y tenía el pelo más rubio que antes. Sonrió y taconeó suavemente contra el suelo.

—¿Verdad que no esperabas verme? —dijo.

—No —contesté, mientras me secaba las lágrimas.

—Seamos amigas, ¿de acuerdo? Es lo mejor, porque tu padre va a casarse conmigo. Sí, nos vamos a casar, y seré tu nueva mamá. —Asomó la lengua entre los dientes, hizo un círculo con los ojos y me dio un empujón amistoso.

Tomamos el té juntas, en la mesa de la cocina, y la verdad es que estuvo muy simpática conmigo. Yo temía que me preguntara por la muerte de la señora Peebles, pero el principal tema de conversación fue la boda.

—Ya se han leído las amonestaciones. Tu padre quería que nos casáramos en el registro, pero yo he insistido en que sea en la iglesia. Llevaré un traje precioso, color vino, con una chaqueta muy larga. ¿Sabes una cosa? Puedes ser mi dama de honor, para que veas que no te guardo rencor. ¿No te gustaría? —Me limité a asentir con la cabeza, y ella siguió diciendo—: Creo que tu padre me va a regalar una boa de plumas; tengo que reconocer que se está portando muy pero que muy bien. ¡Uy, qué tarde es! No quiero estar aquí cuando venga tu padre. No está preparado para que vuelvas a casa. Ha dicho que te iba a romper hasta el último hueso. Lo decía en broma... ya sabes cómo son los hombres.

Rosa se fue y me quedé esperando a que mi padre viniera a romperme hasta el último hueso. La señora Churchill también se había marchado. Oí salir al pequeño Hank de la clínica, y un portazo a continuación. Me senté a esperar en el comedor. Enseguida oí el ruido de la llave en la cerradura. Luego oí que dejaba el maletín en la mesa del vestíbulo, vi girar el pomo de la puerta y corrí a refugiarme en un rincón. Allí estaba mi padre, con las manos enfundadas en los guantes amarillos.

—¿Dónde estás, zorra llorona? —gritó, como un genio maligno.

Salí despacio del rincón y me acerqué poco a poco, aunque estaba muerta de miedo. Miré los guantes amarillos y pensé: «No puede pegarme con los guantes puestos; no podrá». Me cogió del brazo, se acercó a mí, con la cara hinchada y apestando a vino, y me habló en voz muy baja.

—No quiero saber nada de ti ni de tu madre... nada, ¿lo entiendes? —Me dio un golpe en la boca y pensé que me iba a romperme los dientes, como le hizo a mi madre. Me protegí la boca con las manos y empecé a gritar entre los dedos.

—¡No, por favor, no!

—Cállate —rugió. Y me empujó con tanta violencia que me tiró al suelo. Se quedó de pie a mi lado, tambaleándose, con un aspecto horroroso; estaba muy borracho y decidido a romperme hasta el último hueso del cuerpo, y yo no tenía escapatoria. «¡Dios, ayúdame!», grité. Y fue como si Dios me oyera.

Estaba tirada en el suelo, junto a las aterradoras botas de mi padre, y al momento empecé a flotar muy recta, por encima de él, con los pies apuntando a la puerta y la cabeza a la ventana. Al principio no me atreví a mirar al suelo, por miedo a caerme; luego ladeé un poco la cabeza y miré por el rabillo del ojo.

Vi a mi padre arrodillado en el suelo, como si estuviera rezando. Tenía los ojos en blanco, no se le veían las pupilas y estaba echando saliva por la boca. Me habló con una voz muy débil y quejumbrosa.

—Alice, no quiero hacerte daño. Estaba borracho y no sabía lo que hacía. Ven aquí, sé buena. ¡Perdóname, Alice!

Me desplacé a otro lado de la habitación, y sus ojos me siguieron.

—Alice —suplicó. Sabía que me estaba quedando sin fuerzas y que tenía que descender; así que me relajé, cerré los ojos y bajé muy despacio. Me quedé un momento en el suelo, completamente exhausta. Creo que nunca había pasado tanto tiempo flotando. Cuando abrí los ojos, seguía estando un poco mareada. Al principio no vi a mi padre. Me levanté con cuidado, y entonces lo vi, desplomado en una silla. Supe que, al menos de momento, había pasado el peligro de que me rompiera hasta el último hueso. Mi padre ya no era un hombre feroz, solo era un viejo abatido.

Subí a mi antigua habitación, en el primer rellano. Todo estaba como siempre, menos por la presencia del baúl grande y negro. Me tumbé en la cama hasta que oí volver a Rosa. Me incorporé y me senté en el borde, sin saber qué pasaría a continuación. Oí que le gritaba a mi padre, muy enfadada, y minutos después me llamó para que bajase. Entramos juntas en la cocina y preparamos algo de comer para nosotras, nada para mi padre.

—Deja que duerma la mona ese cabrón —dijo.

A la mañana siguiente, antes de empezar a trabajar, mi padre me llamó a su consulta. Entré temblando de miedo. Estaba sentado delante del escritorio de fuelle, masticando una pastilla de regaliz, y tenía una expresión pensativa; no parecía enfadado. Me quedé en la puerta, para poder escapar si las cosas se ponían feas.

—Siéntate, Alice —dijo, casi con educación, en un tono en el que nunca se había dirigido a mí. Me senté en la silla que tenía más cerca y esperé en un silencio siniestro, solo roto por los ladridos de los perros en la habitación contigua. De pronto me miró y empezó a hablar—. Lo siento. Ayer, cuando volviste, no era yo; lo siento mucho. —Hizo una pausa y se mordió las uñas—. Alice, ayer hiciste una cosa muy rara... eh... muy peculiar. —¡Peculiar! Otra vez esa palabra—. Me pareció que te

levantabas del suelo de una manera extraordinaria y que flotabas por el aire. Me interesaría mucho que volvieras a hacerlo. ¿Por qué no te tumbas en la alfombra y me enseñas lo que sabes hacer?

—No, padre, no quiero hacerlo. Ya sabe que a la gente no le gusta. Les parece muy raro. ¡Por favor! ¡Yo no quiero ser peculiar!

Noté que se enfadaba, y estuve a punto de levantarme.

—¡Siéntate! —me ordenó—. Dime, ¿alguien ha visto esa extraña habilidad que tienes?

—Solo una persona. Solo me levanté un poco del suelo y se quedó horrorizada. Nunca volví a hablar con ella, pero estoy segura de que no le gustó. Le desagradó mucho.

—¿Quién es esa persona?

—Pues... un joven que vivía en la isla. No había nadie más en ese momento... aunque no sé si el hombre del hurón también me vio.

—Ah, bueno, eran lugareños... ¿Qué iban a ser? Desde luego que es para asustarse, si uno no está preparado; es para asustarse. Supongo que te diste cuenta de que me alarmé mucho al verte. En fin, me gustaría que te tumbaras en la alfombra y me lo enseñaras otra vez.

Me levanté de mala gana y me acerqué a la alfombra.

—¿De verdad quiere que sea peculiar? —le pregunté a mi padre.

—Completamente —contestó—. Y date prisa. Me estoy cansando de tanto titubeo. —Eructó y se pasó el pañuelo por la frente—. Algo me ha dado indigestión, aunque no he comido nada. —Y al instante repitió con fiereza—: ¡Vamos, date prisa!

Me tumbé en la alfombra, que olía a desinfectante, y me concentré para elevarme. Cada vez me resultaba más fácil, pero no sé por qué me sentía culpable y hubiese querido no haber flotado nunca. Subí bastante deprisa y me quedé muy quieta, casi rozando el techo con la cara. Siempre había oído decir que el calor sube, y era muy cierto; aunque hacía bastante frío, yo notaba un calor increíble allí arriba, y confiaba en que mi padre no me hiciese quedarme mucho tiempo. Lo miré. Seguía sentado y me miraba con mucha atención.

—¿Puedes moverte? —preguntó—. Quiero decir, ¿desplazarte a otro lado de la habitación?

Me alejé todo lo posible de la ventana, para que la gente que pasaba por la calle no me viera. Después le pregunté si podía bajar. Era agotador, y si encima tenía que hablar me cansaba todavía más. No esperé su respuesta. Bajé tan bruscamente que me hice daño en la espalda y me quedé un rato en el suelo, con los ojos cerrados. Cuando abrí los ojos, mi padre estaba a mi lado y me ayudó a sentarme en una silla.

Capítulo XIX

En los días que siguieron, se convirtió en costumbre que mi padre me ayudara a sentarme en una silla. Hubo otras cosas que no se parecían en nada a lo que había sido mi vida en casa hasta entonces. Por ejemplo, Rosa me llevaba el desayuno a la cama todas las mañanas. Al principio le fastidiaba, y se quedaba a los pies de la cama, mirándome con rabia, con el pelo lleno de rizadores de hierro. La boda se había aplazado unas semanas por alguna razón. Ella se enfadó mucho, como es natural, y me echaba la culpa a mí. Luego, de buenas a primeras, se volvió de lo más dulce, y se deshacía en sonrisas conmigo. Me preparaba platos deliciosos, me obligaba a beber mucha leche, porque necesitaba alimentarme, decía; me hizo la manicura y me cepilló el pelo apagado hasta que se volvió reluciente. Siempre que salía de casa venía conmigo, como si no pudiera perderme de vista.

Yo quería ver a Lucy, pero sabía que a su madre no le gustaría que me presentara con Rosa, así que pasábamos de largo por delante de su casa. Un día me llevé un susto de muerte, al ver en el jardín un cochecito de bebé y oír los gritos de un recién nacido. Rosa me dijo que era el bebé de Lucy. Dije que no sabía que Lucy se hubiera casado, y Rosa soltó una carcajada.

—¡Qué casarse ni qué ocho cuartos! ¿Quién va a querer casarse con una sordomuda medio retrasada? No. Ese mocoso es un bastardo. Y, para que lo sepas: tu padre no quiere que vuelvas a ver a Lucy.

Así que la dulce Lucy tenía un bastardo, como las chicas vulgares. Me costaba creerlo, pero no tenía a quién preguntárselo, ahora que la señora Churchill ya no venía a casa. Y entonces pensé: «Bueno, si es verdad, al menos Lucy tiene a su bebé. A mí también me habría gustado tener un bebé de Nicholas, aunque no estuviésemos casados». Luego me asusté de tener pensamientos tan malos.

Comía y cenaba siempre con Rosa y con mi padre.

—¿Te apetece un poco de carne blanca, querida? —me ofrecía Rosa. Y mi padre me servía un vaso de vino tinto.

—No hay nada como el vino para ponerse fuerte —decía.

—Ahora sube y descansa un poco —decía Rosa cuando terminábamos de cenar—. Luego podemos ir a dar un paseo por el Common.

—Eso, eso —añadía mi padre—, el aire fresco le sentará bien. Pero, recuerda, que no salga de casa si amenaza lluvia. No vaya a mojarse.

Dos amigos de mi padre venían mucho por casa últimamente. Se llamaban Frink y Sully. Frink era un alemán de mediana edad, con el pelo liso, canoso y tieso como un cepillo de dientes sucio. Creo que era relojero. Sully era gordo, con muchas arrugas, mechones de pelo pajizo y una voz muy engolada. Tenía las manos húmedas y blandas, y siempre se ponía a toquetear a Rosa cuando mi padre no estaba delante.

Le acercaba la cara húmeda y fofa, y ella soltaba un gritito: «¡Ay, señor Sully, no haga eso!». Luego se tapaba la boca con la mano, temerosa de que mi padre la hubiese oído. El señor Sully era el dueño de un periódico. Según Rosa era un caballero muy importante y por eso tenía derecho a tomarse ciertas libertades. ¡Menos mal que conmigo no se tomaba libertades! Era respetuoso, aunque me seguía a todas partes con aquellos ojos pequeños y azules, y yo notaba que me miraba con una expresión extraña, como si estuviera calculando algo.

Por fin caí en la cuenta de que Sully y Frink venían a casa porque yo flotaba (aunque ellos lo llamaban por su nombre: levitación).

Una noche mi padre me hizo pasar a su consulta y dijo que sus amigos tenían mucho interés en ver lo que yo sabía hacer. Yo no quería que me mirasen con esas caras gordas y esos ojos hundidos, pero mi padre insistió en que tenía que hacerlo. Cerró las cortinas y me sentí atrapada en la consulta llena de humo, con la luz encendida. «Lo mejor es acabar cuanto antes», pensé. Me tumbé pero, como estaba incómoda y no podía relajarme, al principio no conseguí flotar. Los dos caballeros intercambiaron una mirada, y mi padre se enfadó y se acercó a mí con los ojos desorbitados de una manera aterradora y ladrando como un perro rabioso. Floté al instante. Me quedé con la cara pegada al techo, preocupada, porque me colgaba la falda y seguramente se me veían las bragas. Los dos hombres se quedaron perplejos. Sully sollozaba y Frink murmuraba en alemán para sus adentros. Mi padre estaba mudo, no por mí, sino por la actitud de sus amigos. Cuando volví al suelo aún no se habían repuesto. Los dejé con mi padre, que intentó reanimarlos con whisky y agua.

A pesar del extraño efecto que mi levitación había causado en estos caballeros, no se conformaron con lo que habían visto. No pararon de atosigar a mi padre para que hiciese otra demostración, y luego otra, aunque él dijo que no quería agotarme. Tenía razón. Yo estaba agotada. A veces, después de levitar para ellos, me quedaba dormida en el suelo lo menos una hora. Más de una vez, mi padre y Rosa tuvieron que subirme a mi cuarto, y me desperté acostada en mi cama. Por más que me alimentaban, siempre estaba cansada.

Una tarde, cuando casi había oscurecido, me hicieron flotar en el jardín. Yo tenía miedo, de la casa, de los muros altos y los ladrillos duros. Hasta las voces de los vendedores de periódicos y el ruido de la calle resultaban terribles en las alturas, casi en la oscuridad. Cuando terminé mi exhibición estaba tan agotada que me dieron vino tinto. Me desperté al notar que un líquido me resbalaba por la barbilla. Recuerdo que al bajar me hice bastante daño en la espalda, y no volví a enterarme de nada hasta que abrí los ojos en la cocina y el vino me corría por la barbilla. Pensé que me había hecho daño y que era sangre.

—Ya sabía yo que esto no traería nada bueno —dije, pero nadie me hizo caso. Frink estaba hablando con voz gutural de un tal señor Home, que también levitaba.

Sully le quitó importancia, porque ese hombre era un fanático religioso, y dijo que lo bueno de mi caso era que yo no era religiosa. Por lo visto pensaban que iban a hacerse ricos gracias a mí. Yo no sabía cómo, pero me daba cuenta de que no tramaban nada bueno.

Ojitos vino a casa. No me dejaron verlo, aunque oí su voz en el vestíbulo. Yo estaba en la cocina, y Rosa me obligó a meterme en la despensa y me encerró con llave. Empecé a gritar y a dar patadas, no porque tuviera ganas de ver a Ojitos, sino porque me sentía como en una cárcel dentro de la despensa húmeda, sin aire, con olor a pan rancio y a cucarachas. Oí voces masculinas airadas. Mi padre antes quería que Ojitos se me llevara y ahora no le dejaba verme. Debía de ser porque me había vuelto valiosa para él y sus amigos, por eso de la levitación. Me puse a pensar en estas cosas mientras seguía dando patadas a la puerta, y me asusté.

Rosa me dejó salir cuando Ojitos por fin se marchó. Dijo que ella no quería encerrarme, pero que mi padre se lo había ordenado, «si ese Peebles se presentaba por allí», aunque no sabía por qué. Yo le dije que Ojitos no significaba nada para mí, pero que siempre había sido muy bueno conmigo. Y entonces me sentí tan sola que le conté cuánto quería a Nicholas. Intenté describirle esa belleza tan natural que parecía envolverlo como un aura dorada y, al pensar en Nicholas, me olvidé de que estaba hablando con Rosa... hasta que me interrumpió con sus carcajadas y dijo que la iba a acabar matando. Fue extraño que dijera que yo la iba a acabar matando, porque en cierto modo así fue.

Tras la visita de Ojitos me convertí en una especie de prisionera, y Rosa en mi carcelera a su pesar. Incluso me obligaban a dormir en su habitación. Sully y Frink se pasaban el día entrando y saliendo, y yo tenía cada vez más miedo, porque sabía que venían por mí. Un día, Rosa me enseñó el periódico de Sully. Un cartel con letras grandes y negras anunciaba que la señorita Alice ofrecería una asombrosa demostración en Clapham Common, el sábado por la tarde. Indicaba la fecha y el lugar exacto donde tendría lugar la demostración, pero no decía lo que la señorita Alice iba a demostrar. Mi padre volvió a llamarme a su consulta. Me anunció que yo era la señorita Alice, que iba a flotar en el Common por encima de la gente, y dijo que me lloverían las ofertas para actuar en circos y teatros de toda Inglaterra, incluso del mundo entero.

«¡Flotar por encima de la gente en el Common y en teatros y en circos! Por favor, Dios, no lo permitas. Padre, no me hagas esto. Yo no quiero ser peculiar y diferente. Quiero ser una persona normal. Me casaré con Henry Peebles y me iré de aquí para que no tengas que volver a verme, pero no me hagas esto».

Le supliqué a Dios y a mi padre, pero el anuncio ya estaba impreso en el periódico de Sully y no había escapatoria.

Los días siguientes fueron como una pesadilla, irreales y terribles. Tanta

amabilidad y tantas atenciones inesperadas eran solo para cebarme antes del sacrificio. Como estaba preocupada y no podía comer, Rosa me tapaba la nariz y mi padre me metía pollo y ternera picada en la garganta. Terminé con la nariz hinchada y enrojecida por culpa de este tratamiento, y Sully dijo que no les dejaría en buen lugar con esa nariz, así que dejaron de alimentarme por la fuerza y empecé a tomar únicamente batidos de leche con huevos crudos. Sully y Frank querían que hiciese «un ensayo preliminar» en el Common antes del domingo, pero, por suerte, mi padre se negó. Creo que estaba seguro de que yo flotaría sin dificultad, y es lo que habría hecho de haber tenido la fuerza suficiente.

Pasaba las noches en vela, en el dormitorio de mi madre. Ahora era de Rosa, y todo era rosa. Me acostaba en la cama al lado de Rosa, que era bastante huesuda, y notaba en la almohada su pelo seco como la lana. No podía cerrar los ojos, y estaba tan rígida que me dolía la mandíbula, como si la tuviera paralizada. Creo que a veces me quedaba dormida, aunque las noches se me hacían interminables. No paraba de pensar qué pasaría en el Common. Vería un cielo blanco y luminoso y me dolería todo el cuerpo de cansancio, por tener que pasar tanto tiempo flotando en el aire encima de una multitud boquiabierta, desdentada, todas las narices apuntando hacia mí. Luego me parecía oír sus carcajadas. Otras veces me veía en el suelo, incapaz de elevarme, como si unas vendas elásticas me sujetaran; mi padre y Sully me metían prisa y Frink me observaba atentamente con una lupa. Si conseguía echar una cabezada, soñaba que me caía, y me despertaba sobresaltada, con el corazón desbocado. Sabía que, pasara lo que pasara en el Common, la vida sería horrorosa para mí a partir de ese día. Si no lograba levitar, me humillarían públicamente, y mi padre seguramente me mataría; pero si lo lograba me pondrían la etiqueta de «peculiar» y viviría siempre separada de las personas normales. Me convertiría en un pobre monstruo de feria, y la gente se agolparía para mirarme con la boca abierta.

Empecé a echar de menos a Ojitos y a la señora Churchill, sobre todo a Ojitos, porque sabía que tenía más poder para ayudarme. Recordaba la generosidad y la amabilidad con que siempre me había tratado, y la sensación de seguridad que sentía a su lado. Pensaba que, si viniera, me marcharía con él para siempre, muy contenta. Antes, cuando pensaba en él, lo llamaba «el soso ese», pero ahora me parecía casi un héroe, aunque fuese un poco gordo y corpulento. Me prometía a mí misma que, si me salvaba, le quitaría importancia a lo soso que era, y a que tenía los brazos muy peludos.

Esa noche, cuando Rosa se quedó dormida, le escribí una carta en el papel con que había forrado los cajones de mi cómoda.

¡Henry, sálvame! Quieren que flote en el Common y en teatros de todo el mundo. Yo quiero ser normal. ¡Por favor, sálvame, Ojitos!

Tuve que escribirla con el lápiz con el que Rosa se pintaba las cejas, doblar el papel y sujetarlo con un alfiler, porque no tenía un sobre. A la mañana siguiente, le di la nota al pequeño Hank para que la echase al buzón. Estaba preocupado, porque la nota no tenía sello, y me costó hacerle prometer que la echaría de todos modos, pero al final lo soborné con un trozo de pan con melaza y se fue con dos perros. Cuando volvió salí corriendo al vestíbulo y le registré los bolsillos para asegurarme de que había echado la carta.

Rosa entró dando voces.

—¿Qué estás haciendo con ese llorica?

Le dije que era muy buen chico y le pedí que le dejara tomar una taza de té con nosotras en la cocina. Nos sentamos los tres juntos, y Hank no abrió la boca. Yo estaba casi contenta porque sabía que, si Ojitos recibía la carta, estaría salvada.

Llegó el domingo por la mañana. Me desperté soñando que estaba sumergida en un pozo lleno de telarañas de barro frío y húmedo. Aunque Rosa ya estaba levantada, con su camisón largo y la luz de la mañana reflejada en los pómulos, mientras me espabilaba pensé: «Todavía estoy a tiempo de que Ojitos me salve. Solo tengo que conservar la calma hasta que venga».

Querían que me quedase en la cama toda la mañana. Me encerraron en la habitación y me trataron como a una novia que no quiere casarse. No me dejé llevar por el pánico. Me quedé allí tumbada, esperando a Ojitos.

Ojitos no vino.

Capítulo XX

Me dieron un ponche de jerez con leche y huevo batido. Me vistieron con un vestido largo y blanco que yo no había visto nunca, y unas medias de seda muy suaves. Rosa me puso un poco de colorete en las mejillas, porque estaba muy pálida. Una vez pintarrajeada y vestida de blanco, me ayudó a bajar las escaleras. Ella llevaba un sombrero muy grande, lleno de rosas, y un reloj de cadena que le había regalado mi padre. Dijeron que a mí también me regalarían uno si hacía todo lo que me pedían cuando estuviéramos en el Common. Yo no quería un reloj, ni me interesaba el tiempo. Esperé en el vestíbulo con Sully, Frink y Rosa hasta que un carruaje llegó a la puerta. Un eructo acompañó a mi padre cuando abrió la puerta de la clínica para unirse a nosotros. Casi me llevaron en volandas hasta el carruaje. Ya no había escapatoria para mí, y no tenía más remedio que seguir adelante.

Subimos por Lavender Hill, pasando por los comercios cerrados entre gente vestida de domingo. Íbamos muy deprisa, todos callados, menos Sully, que acercó su mejilla fofa a la mía.

—Tranquila, señorita; pero recuerda que todos dependemos de ti —me dijo.

Me aparté de él y me puse a mirar las casas grandes y grises de Cedars Road. Mi padre cerró las cortinas con gesto impaciente. Vi que estaba nervioso; tenía la cara empapada en sudor. Sully tampoco estaba contento, porque no paraba de hacer muecas con esa cara de bebé que tenía. Frink era el único que parecía tranquilo y ausente. Rosa iba jugueteando con su boa de plumas y los miraba a todos, desconcertada por su silencio. Ella nunca me había visto flotar, y la verdad es que no se lo creía; pensaba que era un truco de mi padre con el que todos nos haríamos ricos. Pero la tensión que se respiraba en el ambiente, como si fuéramos en una carroza fúnebre, terminó por ponerla nerviosa.

Dejamos el coche en un extremo del Common, cerca de la antigua iglesia con el reloj de esfera azul. Echamos a andar despacio por la hierba, salpicada de dientes de león en algunas zonas. Rosa me llevaba del brazo, como en un sueño, y los tres hombres con bombín nos seguían a poca distancia, discutiendo dónde montar el horrible espectáculo.

Había llovido seguramente, porque la hierba estaba muy húmeda. El cielo tenía un color plateado y soplaba un suave viento del este. Debíamos de formar un grupo extraño, porque la gente se volvía a mirarnos y algunos decían que íbamos de boda y que yo era la novia, con aquel vestido blanco y flores en el pelo. Había hombres y niños volando cometas, y temí que pudiera enredarme con las cuerdas al flotar. Llegamos al quiosco de música con la cúpula verde, y el viento nos trajo las voces de los oradores.

—Aquí hay demasiados árboles —le dijo mi padre a Frink.

Pasamos por delante de la caseta de los guardas y de los ancianos que jugaban al ajedrez debajo del cobertizo; por lo que yo recordaba, los mismos ancianos parecían jugar la misma partida de ajedrez allí todos los años, tanto en invierno como en verano. Por fin llegamos a un espacio abierto. Vi dos mansiones grises perfiladas contra el cielo plateado. Cuando era pequeña, creía que eran sagradas, como esas de la Biblia: «Hay muchas moradas en la casa de mi Padre».^[3] Ya había aprendido que no eran sagradas, pero su tamaño y su color me resultaban familiares y me tranquilizaban.

Rosa me pellizcó en el brazo de repente. Me volví a mirarla y vi que había puesto su cara de payaso triste, empolvada y contraída.

—Oye —dijo, con una voz muy débil y un deje *cockney* que nunca le había oído—. Oye, esto me está poniendo los pelos de punta.

Vamos a casa. No me gusta. —Me soltó el brazo y le dijo a mi padre en tono quejumbroso—: Euan Rowlands, llévanos a casa. Esto es horrible.

Mi padre no le hizo caso.

—Aquí está bien —les susurró a Sully y a Frink. Y nos detuvimos.

—Sí, aquí está bien —asintieron ellos—. Está lejos de los árboles y cerca de los oradores.

—No hay demasiada gente —murmuró Frink con voz gutural—. Tampoco nos conviene que se produzca una estampida.

Me obligaron a tumbarme en la hierba, a pesar de lo sucia y lo mojada que estaba.

—Mi vestido —susurré—. Mi vestido blanco ya no volverá a ser blanco.

—No te preocupes por eso —gruñó mi padre—. Tú tumbate y relájate.

Tuve que tumbarme, desesperada y humillada. La gente pensó que me había desmayado y no tardó en arremolinarse. Llamaba mucho la atención con aquel vestido. Más gente se acercó corriendo desde los extremos del círculo que escuchaba a los oradores. Era como cuando las gotas de agua se magnetizan y se pegan unas a otras. Rosa estaba llorando, de espaldas a mí, y veía cómo le temblaban los hombros delgados por debajo de la boa de plumas. Sully y Frink se habían apartado, con intención de salir corriendo si las cosas no salían bien. Solo mi padre estaba a mi lado, con una expresión aterradora.

—¡Vamos, hazlo, ya! —me ordenó, casi gritando—. ¡Por Dios no nos falles! ¡Date prisa!

Alguien se inclinó con intención de ayudarme, y podría haberme salvado, pero tenía a mi padre delante y me daba tanto miedo que, en el frenético intento de escapar, empecé a flotar sin querer, muy recta, a unos tres metros del suelo, y luego subí un poco más. Me quedé muy quieta, rodeada por un silencio sepulcral. Parecían todos muertos, de lo callados que estaban, y oí el zumbido de una abeja. El silencio duró apenas unos instantes. Enseguida estalló un rugido, y gritos, y alaridos: ruidos

animales. Bajé la vista y vi que no eran animales, sino cientos de personas. Unos gritaban y me señalaban y otros se habían arrodillado y estaban rezando. Algunos se alejaron corriendo, pero no en línea recta, sino en círculos.

Entonces distinguí dos siluetas corpulentas que se acercaban corriendo hacia la multitud. Me miraban con gesto angustiado, y reconocí a la señora Churchill y a Ojitos, que ya no llevaba la gabardina con un parche; iba completamente de negro, como un cura. ¡Mis amigos habían llegado demasiado tarde! A cierta distancia del gentío me pareció distinguir la cara dulce de Lucy, con un bebé en brazos.

Sentí una oleada de cansancio y descendí un metro aproximadamente. Muchas manos se levantaron para sostenerme, pero volví a subir, por miedo a caer encima de la gente. Conseguí alejarme de la multitud y flotar un rato en posición horizontal, pero, cuando volví a mirar al suelo, todos estaban otra vez debajo de mí. Estaba agotada y sabía que no resistiría mucho más tiempo. No tardaría en caerme encima de ellos. Noté que empezaba a perder el conocimiento y traté de indicar con una mano que iba a bajar.

Oí gritar a mi padre: «¡Apártense!». Y, mientras descendía, aunque tenía los ojos cerrados, me di cuenta de que la multitud se había separado para hacer sitio.

Volví al suelo entre la gente. Aunque estábamos al aire libre, el ambiente estaba muy cargado, y me mareé. Cuando abrí los ojos solo vi pies y piernas enfundadas en tela. Los gritos se reanudaron entonces, y los pies y las piernas empezaron a moverse y a empujarse, entre exclamaciones de protesta y gritos de dolor. El espacio empezó a estrecharse. Los que estaban detrás empujaban, y los pies se acercaban cada vez más. De pronto vi a un hombre de bigote anaranjado, que me miraba con un gesto de horror. Intenté sonreír, porque sabía que lo necesitaba, el pobre. Además, recordaba haberlo visto antes. Pero el hombre cayó al suelo, y la gente que intentaba avanzar se le echó encima. Traté de levantarme agarrándome a la falda de Rosa. ¡Pobrecilla! Estaba gritando y se cubría la cara con las manos. La gente debió de ver mi vestido blanco, porque muchas voces gritaron a la vez: «Ahí está», como una sola voz muy fuerte que me reventó los oídos. Rosa perdió el equilibrio con los empujones y, sin dejar de gritar, cayó encima de mí. Me pareció oír la voz de mi padre, pidiendo a la muchedumbre que se apartase, pero la gente seguía empujando, y los que estaban delante no podían resistir la presión. Conseguí volver la cabeza a un lado, pero estaba atrapada debajo del cuerpo de Rosa y no podía sacar las manos para protegerme la cara.

Los aterradores pies ya estaban allí, y no tenía ni una gota de aire. Seguí oyendo los gritos de Rosa mientras la gente me pisoteaba y se caía encima de nosotras, y sentí un dolor indescriptible. Después no sentí nada. Solo pensé: «Es esto; así es como uno muere». Rosa había dejado de gritar, y por primera vez en mi vida yo no tenía miedo.

La siguiente crónica periodística —una de las muchas que se publicaron—, alude al incidente reflejado al final de este libro:

Se ha abierto una investigación sobre la muerte de tres personas, aplastadas por una multitud en Clapham Common. Las víctimas son Alice Rowlands y Rosa Fisher, ambas de Battersea, y un hombre que hasta el momento no ha podido ser identificado.

Los testimonios afirman que Alice Rowlands fingió que era capaz de levitar, y el accidente se produjo cuando la multitud que asistía a la actuación se enfureció al sentirse estafada. La muchacha se presentó en el Common vestida como una novia, y varios testigos han asegurado que se elevó a una altura considerable del suelo.

La policía no ha logrado obtener ninguna información del padre de la joven, que está gravemente enfermo desde que presenció el suceso.



BARBARA COMYNS. (1909-1992), nacida Barbara Irene Veronica Bayley, vino al mundo en un pueblecito de Warwickshire, Bidford-on-Avon. Su padre era químico y fabricante de cerveza y su madre pertenecía a una gran familia irlandesa venida a menos. El matrimonio tuvo seis hijos (el mayordomo tenía entre sus funciones enterrar las placentas); la madre perdió el oído en su último parto y el padre, bastante despótico y aficionado a la bebida, murió cuando Barbara tenía quince años, dejando un montón de deudas que forzaron la venta de la casa y la dispersión de la familia. Esta infancia dickensiana sería reconstruida en el primer libro de la autora, *Sisters by a River* (1947). Barbara estudió arte, fue modelo y pintora y tuvo un negocio de coches antiguos. En 1945 se casó con Richard Comyns Carr, funcionario del Foreign Office a las órdenes de Kim Philby, con quien años más tarde tendría que huir de Inglaterra a Ibiza y luego a Barcelona, donde viviría 16 años.

Y *las cucharillas eran de Woolworths* (1950) es la segunda novela de su autora y reconstruye su matrimonio-relámpago con el artista John Pemberton en el Londres bohemio de los años 30. Otras novelas suyas son *Who Was Changed and Who Was Dead* (1955) y *La hija del veterinario* (1959). Su obra ha sido alabada por Graham Greene y Alan Hollinghurst. Murió en Shropshire en 1992.

Notas

[¹] El Patio del Duque. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*] <<

[2] En su obra satírica de 1600, *The Letting of Humours Blood in the Head-Vaine*, Samuel Rowlands habla de «un *cockney* de las campanas de Bow», por la iglesia de St. Mary-le-Bow, situada en la zona del este de Londres, donde se habla este dialecto con un acento peculiar. <<

[3] Juan, 14, 2 <<